

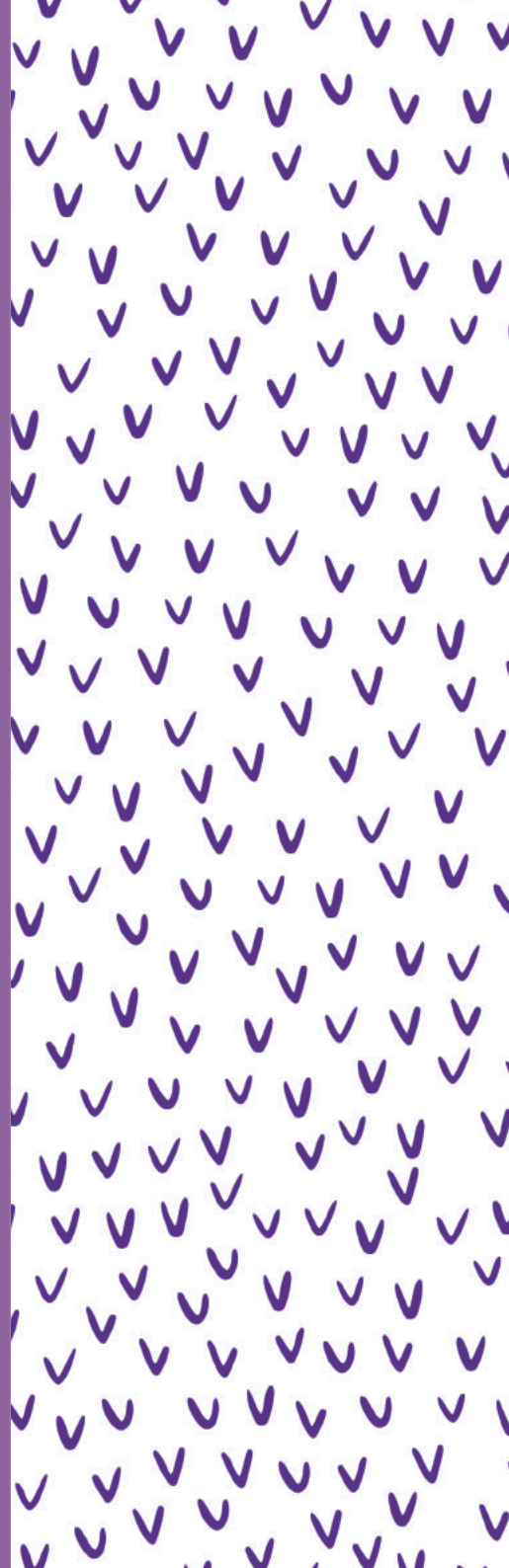
ELLAS NO FUERON CONTADAS

Historias de vida
de mujeres y diversidades
por autoras bonaerenses

Ellas no fueron contadas reúne los relatos ganadores del concurso literario propuesto por el Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual en el marco de las acciones por el Bicentenario de la Provincia de Buenos Aires. Se invitó a mujeres y LGTBI+ de todos los distritos a contar las historias de vida de mujeres y diversidades bonaerenses que dejaron huella en sus territorios, que hicieron y hacen historia.

La publicación en formato libro de los relatos seleccionados entre más de 80 participantes, forma parte del premio propuesto en las bases de la iniciativa.

Agradecemos a quienes participaron del Concurso, a las ilustradoras bonaerenses que embellecieron cada historia con su arte y asumimos el compromiso de seguir con la tarea de visibilizar, nombrar, reconocer a quienes forman parte de nuestra historia y nuestro presente.



Ellas no fueron contadas

Axel Kicillof

Gobernador

Verónica Magario

Vicegobernadora

Estela Díaz

Ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual

Lucía García itzigsohn

Directora Provincial de Planificación y Gestión Comunicacional

Soraya Polonara

Directora de Comunicación y Diseño Gráfico, Audiovisual y Digital

Edición

Lucía García Itzigsohn

Soraya Polonara

Sandra Russo

Paula Di Carlo

Cecilia Valdez

Paloma Sánchez

Diseño

Sara Guitelman

Ilustración de tapa

Julieta Longo

Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual

<https://www.gba.gob.ar/mujeres>

contacto@ministeriodelasmujeres.gba.gob.ar

@minmujerespba

(221) 422-2546 / (221) 421-4035

Calle 53 N°510 e/ 5 y 6 - La Plata (1900)

Febrero, 2021

Ellas no fueron contadas

Historias de vida de mujeres y diversidades por autoras bonaerenses

ÍNDICE

PRÓLOGOS

Igualdad y memoria, Estela Díaz 13

El acto de escribir, Sandra Russo 16

Decir el mundo, Claudia Bernazza 19

RELATOS

De barro y agua 23

María Laura Flores | ILUSTRACIÓN: PIERINA DI LASCIO

Yo, Isabel Pallamay 33

Zunilda Olga Quatrin | ILUSTRACIÓN: HEXICO

Las muchachas 43

María Eva Rey | ILUSTRACIÓN: GRACIELA BARRETO

Ni las únicas ni las últimas 55

Beatriz Eloísa Muglia | ILUSTRACIÓN: RO FERRER

La madre innatural: relatos de una vida revolucionaria 75

Ernesto José Ingrati | ILUSTRACIÓN: JULIA DUBRA

La paciencia de Graciana 91

Clara Fabiana Rey | ILUSTRACIÓN: DANIELA PILATTI

Memorias de una longko 107

María Martina Arburu | ILUSTRACIÓN: BEA SALORT

Bienvenida puérpera 117

Cecilia Adriana Basilico | ILUSTRACIÓN: JOSEFINA FERRARIS

Resurgiendo de las cenizas 135

Mayra Benítez | ILUSTRACIÓN: ANTONELA DI VRUNO

Lluvia de naranjas 143

María Belén Cano | ILUSTRACIÓN: PENÉLOPE MARIEN CHAUVIÉ

Una tal María Josefa 157

Catalina Celano | ILUSTRACIÓN: CAMILA DAOUD

Soy Sebastiana, volví para contar 171

María Cecilia Corda | ILUSTRACIÓN: PIBA CARLA

Emilia 185

María Soledad González | ILUSTRACIÓN: DANIELA FARINELLA

Mujer ígnea, encendida de coraje 195

Beatriz Zulema Grasso | ILUSTRACIÓN: FLORENCIA ROMANO

La abuela araña 203

Ivonne Geraldina Minuet | ILUSTRACIÓN: VALERIA LAGUNAS

Rosa. Una Historia contada por fuera de los espacios de poder 213

Aída Toscani | ILUSTRACIÓN: LUCRECIA RODRÍGUEZ

EL CONCURSO

El concurso literario *Ellas no fueron contadas* fue una iniciativa impulsada por el Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual en el marco de las acciones por el Bicentenario de la Provincia de Buenos Aires. Convocó a mujeres y LGTBI+ de todos los distritos, sin restricciones, a participar contando historias de vida de bonaerenses que dejaron huella, protagonizaron luchas y lideraron movimientos, marcando la memoria colectiva de sus territorios. El jurado del concurso fue integrado por Claudia Bernazza, Sandra Russo y Adriana Valobra.

La convocatoria se lanzó el 7 de mayo y cerró el 31 de agosto de 2020. La difusión se realizó a través de las redes sociales del Ministerio y de los dispositivos territoriales: coordinaciones regionales, áreas de género y mesas locales. Participaron del concurso 81 personas.

Las instancias de selección y premiación se dieron en el marco del ASPO (Aislamiento Social Preventivo Obligatorio) dictado por las autoridades sanitarias, por lo tanto, se realizaron en modalidad virtual.

Comunicación y difusión

La publicación en formato libro de los relatos seleccionados forma parte del premio propuesto, como también la realización de un mural en la localidad originaria del primer premio, en este caso, en dos. La participación de ilustradoras bonaerenses surgió como propuesta de algunas autoras de los relatos y se materializó luego del concurso. El 6 de octubre del año 2020 tuvo lugar, de manera virtual, el acto de premiación del concurso. La Ministra Estela Díaz y las juradas presentaron los resultados y dialogaron con las autoras y el autor de los textos seleccionados.

En el acto se destacó el aporte de cada uno de los relatos a la tarea de visibilización de historias de vida de mujeres y disidencias bonaerenses, su carácter reparatorio y de reconocimiento en el marco de la lucha por la construcción de un país y una Provincia con más igualdad y derechos para todas y todos.

El libro *Ellas no fueron contadas* será distribuido en formato papel y en su versión digital y se gestionarán los medios para su exhibición tanto en instituciones provinciales como en espacios culturales y sociales.

Cabe aclarar que para su edición se respetó la forma original de las biografías de ilustradoras, autoras y del autor, así como las distintas modalidades en las que las narraciones utilizaron, o no, el lenguaje inclusivo. Por ello, coexisten en la presente publicación formas heterogéneas de incluir a las mujeres y diversidades, dejando así asentada una marca propia de época en la que vivimos necesarias transformaciones en el lenguaje, que apuntan a visibilizar y equilibrar a las mujeres y colectivos marginados históricamente pero, sobre las que aún estamos construyendo consensos sociales.

EL DICTAMEN

Sandra Russo, Claudia Bernazza y Adriana Valobra, reunidas como Jurado, expresan su decisión sobre el conjunto de las 81 obras recibidas en el Concurso Literario de historias de vida *Ellas no fueron contadas*, organizado por el Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires. Esta premiación tuvo en cuenta los criterios previstos por el concurso, el valor de la historia presentada y la calidad literaria. En todos los casos, se valora su contribución al conocimiento de mujeres y diversidades bonaerenses. Los trabajos seleccionados para la premiación de los tres primeros lugares son:

Primer lugar, premio compartido: *De barro y agua*. Seudónimo: Auca - Yo, Isabel Pallamay. Seudónimo: Nonpacha

Segundo lugar: *Las muchachas*. Seudónimo: Flor de Cardo

Tercer lugar: *Ni las únicas ni las últimas*. Seudónimo: Carmela

El primer premio, compartido por dos contribuciones, pone en valor un texto de tipo literario y un ensayo, ambos referidos a mujeres del territorio históricamente silenciadas. En un caso, *De barro y agua* (presentado bajo el seudónimo Auca), el lenguaje sobrio y poético colabora con el conocimiento de la Baguala, que no es otra que Eulogia Sierra, descendiente de ranqueles, cuya figura -por momentos mítica- quedó enlazada a Gral. Belgrano y parece flotar aún en sus territorios, como si una y otra vez volviera a cruzar el río Salado. El ensayo *Yo, Isabel Pallamay* (presentado bajo el seudónimo Non pacha) nos permite conocer a las mujeres que conducen los destinos de sus pueblos, en este caso, de una comunidad originaria y la excepcionalidad de su conductora, Isabel Pallamay. Su temple se forjó en la reducción de Quilmes de Buenos Aires, en las formas de las resistencias frente a la opresión y en la búsqueda de reconocimiento no sólo a su pueblo sino, también, a su condición de mujer.

El segundo y tercer premio visibilizan comunidades femeninas que se abrieron paso en sociedades que no estaban preparadas para su protagonismo. En un caso, la historia de *Las muchachas* (presentado bajo el seudónimo Flor de Cardo) se vuelve colectiva, de mujeres anónimas con trayectorias muy diversas que, unidas en un momento histórico de contrastantes claroscuros, se encuentran y acompañan para iluminar sus vidas entre sí. En el tercero, *Ni las únicas ni las últimas* (presentado bajo el seudónimo Carmela), la historia de Beatriz Gayoso Rojas se abre paso en un mundo patriarcal que pocas habían podido interpelar. El texto nos presenta posibles diálogos en escenarios de la primera mitad del siglo XX, cuando se impedía el acceso de las mujeres a los ámbitos de conocimiento que se consideraban de dominio masculino. Superar esos escollos permitió también iniciar una tradición

familiar de mujeres universitarias que se acompasó con los procesos de transformación social.

Asimismo, las integrantes del jurado resuelven otorgar dos menciones especiales compartidas, recaídas en los siguientes textos:

La madre innatural: relatos de una vida revolucionaria. Seudónimo: La Ramera de Escarlata - *La paciencia de Graciana*. Seudónimo: Clara López.

Se trata de textos que aportan al conocimiento de la realidad de mujeres y diversidades. En el caso de *La madre innatural: relatos de una vida revolucionaria* (presentado bajo el seudónimo La Ramera de Escarlata), que presenta la historia de Mariela Muñoz, accedemos a un mayor reconocimiento de sus estrategias de empoderamiento. El texto nos sensibiliza frente a una historia de amor que fue penalizada en un tiempo gélido para los vínculos materno filiales que podía construir una mujer trans, pero que, más adelante, logró revertir el trasfondo prejuicioso. *La paciencia de Graciana* (presentado bajo el seudónimo Clara López) es un ensayo histórico riguroso que nos obliga a reflexionar sobre cómo la vida de una mujer anónima, con sus faenas cotidianas, concluye en un drama social penalizado. Esta historia hace visibles las profundas tramas de género y violencia que la atravesaron.

Finalmente, las menciones generales han sido otorgadas a los siguientes textos: *Bienvenida puérpera*. Seudónimo: Sheela; *Una tal María Josefa*. Seudónimo: Katiusha; *Mujer ígnea, encendida de coraje*. Seudónimo: Teté; *Lluvia de naranjas*. Seudónimo: Paloma; *Memorias de una longko - Homenaje a Liliana Inés Antimán*. Seudónimo: Marinikietá; *Rosa. Una Historia contada por fuera de los espacios de poder*. Seudónimo: Arroyeña; *Emilia*. Seudónimo: Elena Márquez; *Resurgiendo de las cenizas*. Seudónimo: @mika; *Soy Sebastiana, volví para contar*. Seudónimo: Erne Estrada; *La abuela araña*. Seudónimo: Curcuvita Nativa.

Los textos de las menciones generales, en todos los casos, ponen en evidencia las historias, realidades y huellas que dejan las mujeres y diversidades en la provincia. Cumplen, así, con la visibilización de su protagonismo: son mujeres no contadas, construidas al calor de los ritmos lentos o agitados de nuestra historia, escondidas en una esquina, soñando futuros en las páginas de una revista, solidarias en sus prácticas sociales, acompañadas para superar el dolor y la violencia, atreviéndose a contar sus experiencias a veces dolorosas, a veces luminosas, testimoniando pequeños instantes... Son historias que nos conmueven y el concurso, al elegir las, invita a dibujar un nuevo mapa de la trama social de la provincia de Buenos Aires.

La Plata, 28 de septiembre 2020
Claudia Bernazza, Sandra Russo, Adriana Valobra

Igualdad y memoria

Prólogo, Estela Díaz

Primero nació *Ellas no estaban pintadas*: en el inicio del año pasado, fuimos articulando con distintos distritos escolares la realización de murales participativos para recuperar experiencias individuales y colectivas del protagonismo de las mujeres en las localidades, como modo de reconstruir las historias de las mujeres bonaerenses que habían dejado huella en sus barrios o ciudades. Esa iniciativa surgió para acompañar la gran tarea que emprendió Educación para realizar obras de infraestructura en las escuelas. Luego llegó *Ellas no fueron contadas*. Ambas propuestas estuvieron inspiradas en el año del bicentenario de la provincia de Buenos Aires, aunque fueron ineludiblemente atravesadas por la pandemia, que trastocó todos los planes originales, pero que no nos detuvo.

Ellas no fueron contadas nació como oportunidad, como estímulo -más que como competencia-, para que fuera una convocatoria participativa y lo más abierta posible. Fue una convocatoria pensada desde la historiografía popular feminis-

ta, que propone reponer historias silenciadas, invisibles, que nos permitieran salir del lugar de subalternidad y subordinación, que siempre nos tuvo como actoras de reparto u objetos decorativos.

Lo que no se cuenta, lo que no se nombra, lo que no se escribe, lo que no se canta, lo que no se pinta, parecería que no existe, que no es, que no fue. Y nosotras sabemos que parte de la tarea que nos toca es construir estrategias para que se alcen esas voces, para que se reconozcan esas historias, para que se digan y se cuenten, se escriban, se pinten y se bailen en primera persona, como protagonismos reales y concretas de nuestra rica, profunda y diversa historia.

Siempre pensamos que las políticas culturales son centrales en el trabajo que nos toca como Ministerio: seguir horadando el patriarcado. Para tratar de armonizar las políticas públicas, la gestión y la arquitectura burocrático-administrativa, con el profundo proceso de transformaciones en las relaciones de género que viene produciéndose en la sociedad. De fondo, se trata de la batalla cultural, para la que hoy contamos con las herramientas que nos da la perspectiva de un gobierno popular.

Estar presentando esta primera edición del concurso es muy emocionante para mí en lo personal y un logro enorme para el Ministerio. Poder concretar esta iniciativa supuso mucha tarea. En la realización del concurso, el jurado maravilloso que trabajó comprometido e incansable, la gran cantidad de personas que se involucraron y escribieron, los equipos que trabajaron en la edición, con el plus de las magníficas ilustraciones que nos aportan artistas plásticas bonaerenses que nos enorgullecen.

Este libro que hoy ve la luz, contiene los textos seleccionados como ganadores y las menciones especiales, y nos permite recorrer narraciones de diversas escritoras de la Provincia que han elegido homenajear a mujeres de distintas épocas, distintos contextos, distintas problemáticas, pero que tienen en común la templanza y la valentía de haberse sobrepuesto a los prejuicios, la adversidad y el rechazo. Historias de mujeres de siglos pasados o mujeres contemporáneas que dieron cada una su pelea por aquello que creían justo, o aquello a lo que estaban seguras de que tenían derecho. Es, de alguna manera, un libro que reúne historias de mujeres pioneras. Estos textos fueron escritos individualmente, pero en el libro resuenan en conjunto, como una síntesis de voces y experiencias colectivas.

La marea no se detiene y ya vendrán próximas ediciones, porque estamos seguras de que hay muchas más historias de mujeres bonaerenses que hay que airear y conocer, y este es nuestro humilde tributo a quienes se nos adelantaron en la lucha por la igualdad de género. De eso se trata la construcción que nos convoca en el gobierno de la provincia de Buenos Aires. De la acción cotidiana, pero también de la memoria. ¡Muchas gracias!

El acto de escribir

Prólogo, Sandra Russo

La idea fue atrevida. No sabíamos qué respuesta tendría un concurso de historias de vida de mujeres bonaerenses planteado tan ampliamente como lo hizo *Ellas no fueron contadas*. No había restricciones de época, ni de personajes, ni de ámbitos, ni de estilos: precisamente queríamos saber qué tipo de mujeres habían quedado en la memoria de los barrios, qué clase de luchas iban a ser las que se reconocieran en los textos.

Tampoco sabíamos quiénes recogerían el guante, quiénes y cuántes se sentirían convocados a un concurso de textos propuesto por el flamante Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la provincia. Fue una botella tirada al mar que muchas manos recogieron en esta época en la que la escritura no está siendo cultivada en los medios de comunicación, y personas de todas las edades se sienten inclinadas a la frase corta del chateo, al parrafito que acompaña un posteo o directamente rendidas a la potencia omnipresente de la imagen.

Fue una gran alegría que la convocatoria tuviera una respuesta tan entusiasta, y que la galería de personajes que comenzaron a desfilar ante nuestros ojos, mientras leíamos cada historia de las que fueron enviadas, fuera tan abierta, tan disímil y tan rica. Nos encontramos con textos documentados, con otros evocativos, con algunos escritos en lenguaje inclusivo, con otros que palpitaban el presente y otros más que se hundían en el tiempo para rescatar figuras históricas muy poco frecuentadas por el público en general.

Pero sobre todo, y esto no es contradictorio, sino totalmente complementario a la idea original de este concurso, advertimos que muchas de las personas que habían mandado sus historias al concurso no frecuentaban talleres literarios ni pertenecían a los pequeños universos en los que escribir sigue siendo frecuente. Más bien, los textos, muchos de ellos, dejaban ver que atrás de esa historia elegida por una o mil razones, había mujeres o disidencias que se internaban quizá por primera vez en un concurso de textos, y que ese arrojo, ese impulso y esa decisión provenía de un clima de época en el que amplios sectores de nuestra sociedad bonaerense se sienten con deseo y derecho de hacer suya la escritura, que es una forma de dejar constancia.

Se ha dicho muy frecuentemente que la historia la escriben los que ganan, y es cierto. Más allá del sentido más fuerte de esa frase, que implica que en todas partes se enseña una historia que subraya nombres que merecen ser olvidados y olvida otros nombres que merecen memoria, que resume que lo que llamamos historia es muchas veces el recorte sesgado y manipulador de las elites que en nuestra región interrumpieron y

usurparon los procesos libertarios de hace más de doscientos años, hay otro sentido en esa frase.

Es el sentido de animarse a escribir, de la importancia de la escritura como acto personal y colectivo de rebeldía y de autoafirmación. La escritura es un acto antineoliberal, porque nos devuelve al universo del sentido. Porque se lucha para ganar, y si así ocurre, necesitamos personas dispuestas a escribirlo todo, para que se sepa que por cada derecho conquistado, hubo quienes pusieron su garra, su fuerza, su valentía y su constancia, y no somos espectadores, sino protagonistas de estas luchas.

El bello y necesario acto de escribir no puede quedar capturado en el ámbito de las bellas artes. La escritura de la que hablamos deviene de entender ese acto como fruto de la alfabetización, primero, y luego como el resultado de una actitud creativa e interesada en la realidad. El acto de escribir se ubica en el extremo opuesto a la fábrica de indiferentes y de alienados que regentan las derechas regionales.

Por eso el resultado de este concurso es más ético que estético; por eso estos textos vibrantes, caleidoscópicos y heterogéneos nos confirman que había y sigue habiendo mucho acerbo popular que guarda con amor en su seno la memoria de quienes, hace más de cien años o ahora mismo, persisten en representar con sus actos y su ejemplo los anhelos de muchas y muchos más. Escribir entre otras cosas sirve para eso. Para darle forma a la gratitud, la admiración, el afecto.

A las autoras y autor de los textos que compila este libro, y a los que participaron escribiendo y enviando los suyos, les agradecemos que se hayan sumado a esta iniciativa, y que nos hayan confirmado que la vara nunca es alta cuando se dirige al pueblo.

Decir el mundo

Prólogo, Claudia Bernazza

El origen del mundo es decir el mundo.

Ted Chiang

Cuentan que cuando las diosas, los espíritus o las brujas imaginaron el mundo, soplaron con todas sus fuerzas hasta hacerlo realidad. Su aliento creó este Universo y seguramente otros, inaugurando una aventura abrumadora. Herederas de este milagro, estamos llamadas a crear lo que falta.

En este proceso creador, nos acompañan las palabras. Con ellas, gritamos nuestro nombre y nuestras heridas, le damos contorno a los amaneceres, construimos el mundo que anhelamos. Y para que estos mensajes viajen más allá de nuestra voz, escribimos. Lo hemos hecho con sangre sobre la piedra. Hemos hundido el cincel en tablillas de barro, impregnamos con tinta la celulosa del papiro y el maguey. Ciframos poemas en las paredes de la Alhambra, en los nudos de los quipus. Marcas, marcas, marcas... en las cortezas sagradas, en la arena de Arica. Letras pintadas a mano en los códices de los monasterios, después la imprenta. Entonces el libro.

Las historias pueden atesorarse. Las marcas pueden descifrarse y la palabra se reproduce, una y otra vez. Los mensajes viajan alrededor del planeta y de los siglos, llegan hasta nosotras. Pero los varones, dueños de la guerra, impusieron el orden de las letras en la primera imprenta y en las que sobrevivieron. En el papel escrito, esclavos y mujeres dejaron pocas huellas y mucho silencio.

De libros y pantallas

No sé qué es un libro. Nadie lo sabe.

Marguerite Duras

El velador encendido, la cama fría pero acogedora, mamá del otro lado de la pared gritando que apague la luz. Yo allí, sin anteojos ni lupas, sin pasado ni futuro, un camisón de lanilla con ositos celestes, un ladrillo envuelto en diario y un libro. Bajo las sábanas, se abren ante mí las compuertas de “Mujercitas”. Detrás de las tapas amarillas de la colección Robin Hood, soy la joven Jo rebelándome contra los mandatos, buscando el amor y la escritura.

Pero un día del que no tengo el más mínimo recuerdo, empecé a leer pantallas. Computadoras y teléfonos nos ofrecieron, en el término de pocos años, cataratas de palabras, imágenes, sonidos. La escalada fue sutil y silenciosa. Cuando nos dimos cuenta, los pequeños chips ya albergaban todas las bibliotecas del mundo ¿Cuál fue el último libro que recorrí de principio a fin, mi nariz sobre su prólogo, sus letras y su olor?

¿Existieron alguna vez los libros? No conozco la respuesta, pero bajo las sábanas o frente al brillo del monitor, el deseo es el mismo. Lo que buscamos, desesperadamente, son historias. Las que cuenta el diario o una vecina, las que se cantan en aquel fogón, las que guardan las piedras lanzadas al Universo, las preocupaciones del beduino que atraviesa el desierto con sus cabras y camellos, las consignas contra el dictador de Roma o América. Buscamos conocer cada rincón de nuestras vidas. No queremos una historia, queremos miles.

La otra voz

En esta búsqueda nos proponemos encontrar, además, la voz casi inaudible de las mujeres. En un mundo de varones, Alfonsina Storni y Alejandra Pizarnik cantaron su tristeza. Esa belleza doliente aún nos acompaña. Silvina Ocampo escribió relatos inquietantes a la sombra de un escritor que opacó su literatura, hoy lo sabemos. Aurora Venturini fue reconocida al final de su vida. Con dificultad, y seguramente a destiempo, ellas se abrieron paso. Pero aún nos falta conocer miles de historias. Queremos traerlas a la superficie. Este es el desafío que asumimos en un tiempo donde los libros impresos conviven con las pantallas.

Sabemos que, bajo cualquier formato, un libro puede abrigar las historias que no fueron contadas. En hojas impresas, en pantallas o en tu celular, queremos que conozcas las identidades silenciadas, su sobrecogedora soledad. Sus rela-

tos buscan tus ojos, para iluminar tus pasos. Estas vidas han caminado tu territorio, se hundieron en tu barro, abrieron senderos. Entonces quizás esto no sea un libro, puede que sea un abrazo, o tal vez un soplido. El abrazo de las que te antecedieron, listas para acompañarte. O, quién te dice, el soplido de las diosas dispuestas a recrear, con vos, el Universo.

De barro y agua

María Laura Flores

MARÍA LAURA FLORES

Soy María Laura Flores, mamá de una niña y un niño, lesbiana, feminista. A veces docente, a veces periodista, a veces librera. Nací en San Nicolás pero vivo en General Belgrano desde hace poco más de seis años.

Me motivó a participar en este concurso el hecho de que se suscribiera solo a mujeres y a la diversidad sexual, dos colectivos que históricamente han sido relegados, sobre todo en la literatura.

Escribir sobre la Baguala es escribir sobre una mujer que vivió, y vive, en los márgenes del pueblo, literal y metafóricamente; es escribir una historia que sobrevive en el imaginario colectivo desde hace más de un siglo, y es, de alguna manera, intentar mantener a salvo la memoria de los personajes populares, los únicos que permanecen inmutables en la historia de un pueblo.

PIERINA DI LASCIO

Ilustradora / @pierina.di.lascio

Hace veintisiete años que construyo mensajes con imágenes. Corto, pego, desarmo y vuelvo a armar. Eso se transformó a lo largo de mi vida en una formación profesional. A los dieciocho decidí estudiar Artes Plásticas; tuve el privilegio de hacerlo en la hoy denominada Facultad de las Artes, UNLP. Luego de cinco años me recibí como Profesora en Artes Plásticas con Orientación en Grabado y Arte Impreso.

En ese trayecto, descubrí que lo que me motivaba a crear siempre era un “hacer con otras”. Ilustrar narraciones, acciones, eventos...en fin, unir elementos y contar con imágenes aquello que se relata en otros lenguajes y que nace en otras personas.

Desde que estoy recibida me desempeño formalmente como docente. Y de manera informal, realizo producción visual para redes, flyers para eventos, ilustraciones para libros y demás.

Soy belgranense, feminista, mamá, mujer, docente y compañera. Todo ello atraviesa necesariamente mi producción artística.



De barro y agua

Los baguales son potros indómitos que se han hecho rebeldes evitando la presencia humana a cualquier costo. Por eso, a ella le decían “la Baguala”, un poco risueñamente y otro poco con la ironía despectiva de quien no tolera la libertad de las mujeres que se asemejan a los animales salvajes. Por aquel entonces, las mujeres no podían ser indomables, no podían andar solas, ni fumar tabaco negro, ni pasearse en pulperías ni, mucho menos, ser conscientes de las restricciones sociales y, aun así, quebrarlas, porque había que llevar pan para el rancho, y cuando el hambre de los pibes se estampa en los ojos, no queda otra que arremeter contra todo, como los animales salvajes.

En el pueblo la empezaron a llamar “la Baguala”, pero su nombre era Eulogia Sierra, y aunque había nacido cerca del paraje La Paloma, en San Miguel del Monte bajo la presidencia de Bartolomé Mitre en 1864, la Baguala vivió la mayor parte de su vida en General Belgrano. Aquí se hizo mito, y el mito creció estampado entre paseos, alfajores, milongas y poemas,

y la leyenda se sostiene en el aire con los cuentos que Miguel Briante supo escribirle, como también queda en el aire la veracidad de esas historias, para que el viento las lleve y las traiga, y las arrastre entre los barrios y las vías del tren, y defina, por fin, la esencia impalpable de Eulogia Sierra.

Eulogia Sierra tenía las manos grandes, los ojos oscuros y hundidos, la mirada sombría, la nariz ancha y la boca fina, el pelo aglutinado a la cabeza como si hubiese emergido vertiginosamente del río una madrugada cualquiera de verano, cuando todavía está quieto y los bagres y tarariras aun duermen en el Salado.

“Hay que conocer el río” decía la Baguala, y ella lo conocía tanto como a sus propios hijos. Había armado su rancho de barro, paja y chalas en el paso de Carabassa, a orillas del Río Salado, río que antiguamente la población guaraní había nombrado “TubichaMini” (grande chico), por los constantes períodos de inundaciones y sequías que descontrolaban sus aguas. Aunque algunos peones de la zona cada tanto la ayudaban, la verdad es que la Baguala lo levantó casi sola, mezclando agua y barro, y paja y pasto, y sudor y tierra.

En el censo de 1895, el segundo realizado en Argentina, Eulogia figura con 27 años y un hijo, viviendo en General Belgrano, ciudad que fue creciendo a la orilla del Salado. Y es aquí donde su imagen comienza a nutrirse como potros salvajes y empieza a crecer el mito que narra la vida de esta mujer de quien todos conocen su nombre pero pocos conocen su historia.

Descendiente de ranqueles, la Baguala se había convertido en chasqui, oficio poco común para las mujeres de la época,

y entonces allá iba, mensajeando por los caminos húmedos, entre piedras, yuyos y restos de animales. Se decía que montaba un caballo negro, aunque nunca, nadie, podrá corroborarlo. Se decía que un ejército de perros le cuidaban las espaldas y los costados cada vez que llevaba un mensaje al pueblo. Se decía también, que, además de a caballo, se desplazaba en una canoa que ella misma había construido, y que muchas veces utilizaba para cruzar pasajeros de un lado a otro del río.

El paso de Carabassa, donde tenía su rancho, era, por sus características, paso obligado para las tropas de carretas y haciendas, y para baqueanos que cruzaban con sus carruajes y caballos. Allí siempre estaba la Baguala, con la mirada atenta y su escopeta de doble caño, por si las dudas. Ya todos sabían que la Baguala era la Baguala, y ninguno osaba hacerse el loco, ni siquiera mirar un poquito demás a alguna de sus hijas. Briante decía que “tiraba como si hubiese apuntado desde siempre; veía una perdiz, una liebre, y el tiro salía como si la hubiera visto toda la vida, y le conociera cada mañana, cada señal; uno sabía que le era imposible fallar”.

Cuando el río estaba crecido, suceso bastante común, los troperos que arreaban el ganado acampaban varios días en el lugar. Ya nadie, ni peones ni troperos, deberían preocuparse por si la crecida los agarraba de este lado del río, porque allí estaba la Baguala y sus hijas que se encargaban de cocinarles, atender las necesidades elementales y, con eso, completaban la economía familiar que se sumaba a lo ganado con el traspaso en bote de lado a lado, a su alquiler a pescadores, al oficio de chasqui, y a lo cosechado en la quinta, que de vez en cuando salía a vender a los habitantes orilleros.

La Baguala fumaba, tomaba bebidas fuertes, recorría las poquísimas pulperías del pueblo y siempre estaba rodeada de hombres, dicen; siempre vestida de negro, dicen, para mimetizarse un poco más con su caballo, el compañero que no sabemos si fue fiel o infiel, pero que fue leal, dicen.

No sabía leer ni escribir, pero no le hacía falta tampoco, se las arreglaba con la agudeza de su mirada y se movía a fuerza de facones, escopeta y de las destrezas que había adquirido en ese contexto de machismo naturalizado y soledad obligada.

De todos los hombres con los que se la veía, solo algunos accedieron al rancho. Dice la historia que quedó de este lado del río que, más de una vez, alguno de ellos le levantó puerta y ventana, comió tres días y luego se marchó; u otro, que rearmó la quinta, con alambres para que las gallinas no devoraran lo sembrado, y cuando apenas empezaban a crecer, también se marchó. Así pasaban los hombres por el rancho, del mismo modo que los pescadores buscaban las tarariras, o las lisas, o las carpas, las pescaban, y si estaban listas y saludables, marchaban a la fogata para ser alimento. Porque el río Salado supo ser el mayor distribuidor de peces, y entonces a sus orillas se encendían las fogatas, y entre vino y mate, la Baguala se las arreglaba para sacar algún rédito de esos pescadores.

No se sabe cuándo mudó su cuerpo pesado a estas tierras belgranenses, pero seguramente haya sido casi al mismo tiempo en que se creaba el partido de General Belgrano, en 1891. El pueblo y el mito crecían juntos, uno con sus historias formales, sus políticas y sus habitantes; el otro con narraciones informales, con voces que construyen historias y edifican los paisajes invisibles que laten en los pueblos.

Era diciembre cuando el Salado vivió la última tormenta de ese año, 1926. La lluvia empezó menuda al mediodía. La Baguala había venido al pueblo a comprar harina, azúcar y aceite; se quedó en un bar esperando que aflojara pero el agua no menguaba, y el calor subía, y la humedad le penetraba las alpargatas y las bombachas camperas. Para la tarde, aunque la lluvia no había parado ni un poquito y el calor era insostenible, decidió que ya era momento de regresar. Los 70 años no le molestaban para seguir montando y ahí subió a su caballo para volver al rancho. Nadie sabe si la tormenta le hizo más duro el camino, si el caballo aflojó las patas en algún momento, si la Baguala tuvo que andar entre el barro para llegar, si la crecida empezaba a mostrarse, nadie sabe si alguien la esperaba; pero ese día Eulogia Sierra apareció muerta. “Síncope cardíaco” diría su partida de defunción, “soltera, argentina, sin profesión conocida, domiciliada en la casa que falleció”.

Era 9 de diciembre, la Baguala se fue con 70 años, y nunca nadie pudo domarla, ni siquiera la última tormenta de verano.

Yo, Isabel Pallamay

Zunilda Olga Quatrin

ZUNILDA OLGA QUATRIN

Zunilda Olga Quatrin nació en Quilmes el 25 de febrero de 1951. Realizó sus estudios en escuelas públicas del distrito y luego en la Universidad Nacional de La Plata, de la cual egresa en 1995 como Licenciada en Antropología. En aquellos momentos, siendo estudiante, junto a tres compañeras de la universidad, comienzan a soñar con realizar un proyecto arqueológico en su propia ciudad, Quilmes. Para realizar la investigación tuvieron que leer muchísimo y concurrir a archivos nacionales y provinciales. Es en ese momento que encuentra el Juicio de Sucesión del Cacicazgo de Isabel Pallamay, y es con el análisis de ese juicio que aprueba su última materia. A partir de allí, Isabel comienza a ser nombrada, visibilizada.

Zunilda fue Directora del Proyecto Arqueológico Quilmes entre 1995 y 2003, año en que se va a vivir a Bariloche, volviendo en 2017. Siempre en contacto con las comunidades de pueblos originarios, es una integrante de la comunidad quien le cuenta sobre el concurso y la alienta a que se presente y cuente la historia de Isabel.

HEXICO

Ilustradora / @hexico_

Nací en Carhué, lugar que abandoné por las inundaciones y al que jamás volví pero que trato de acercarme a través de mis dibujos.



Yo, Isabel Pallamay

Ella se llamaba Isabel, como tantas Isabeles que pisaban y pisan estas tierras. Ella venía de una historia de mujeres indómitas de los Valles Calchaquíes, allá por Tucumán, en los 1.600 y pico. Ella era hija y bisnieta de caciques de su pueblo, los Quilmes. Sus antepasados fueron el pueblo que le opuso al conquistador 130 años de resistencia, los que fueron desterrados de su pacha, y llevados caminando desde Tucumán a Buenos Aires en 1666.

Pero ella nació acá, en Quilmes de Buenos Aires, en la Reducción de la Exaltación de la Santa Cruz de los Quilmes, (que en realidad era una Encomienda Real para tributar al Rey de España); no sabemos bien cuándo porque no encontramos los padrones de esa época, ni encontramos los libros parroquiales de los años de su nacimiento, suponemos que fue entre 1678 y 1684. Su bisabuelo, Martín Iquin, fue el cacique de los Quilmes cuando estaban en los valles y de la Reducción hasta 1671. Su padre, Francisco Pallamay, cacique de los Quilmes entre 1672 y 1686, había muerto en 1687, un tiempo después de casarse con María Chalpi, su madre.

Tuve dos hermanos del primer casamiento de mi papá, Juan, quien iba a ser cacique, y Petrona, que partieron jóvenes a encontrarse con el Tata Inti. Y tuve cinco hermosos hijos: Ramón, Ana, Gregorio, Francisca y Melchora. ¡Ay mis guagüitas!

Dicen que mi apellido, Pallamay, indicaría que un cacique recibió del Inca una mujer de su linaje como prenda de alianza. No sé, algunos dicen eso. Antes se usaba así. Yo soy Isabel Pallamay, india Quilmes y mujer quilmeña de aquellas épocas.

Cuando murió su padre, y como su hermano Juan aun era pequeño, ejerció como cacique interino su tío materno, Pedro, quien se puso el apellido Pallamay para dejar en claro, ante los españoles, su parentesco con Francisco.

Nosotros no aceptábamos cambiarnos nuestros nombres indígenas, otros sí. Entre tantos, aquel que reclamaba la sucesión del cacicazgo, que se llamaba Agustín Filca o de España ¿de España? Habrase visto traidor.

Agustín Filca (o de España) reclamó el cacicazgo en lugar de Pedro Pallamay el 28 de mayo de 1692, alegando ser descendiente de caciques por línea masculina, un argumento europeo... Cosa que al final consiguió el 30 de mayo de 1692.

¡¡¡Qué rápido se solucionaban las cosas para los hombres que aceptaban el dominio español!!! Tres días tardó el juicio, ¡¡¡tres!!! El que yo inicié, en cambio, tardó cuatro largos años.

La ceremonia de investidura de Agustín como cacique se realizó en Buenos Aires, en la Plaza de Armas, y con militares y algunos mayores de la Reducción. Allí le entregaron el bastón de mando, todo un símbolo.

Ese bastón de mando lo tenía mi mamá, porque mi papá se lo había entregado en custodia, antes de morir. Y se lo entregó porque a

ella se le debía esa confianza; porque después de la muerte de un cacique como mi papá, era su mujer la que decidía muchas veces, incluso, quién iba a ser su sucesor. Sin embargo, mi mamá tuvo que entregarle el bastón. Madrecita mía, ¡cuánto habrás sufrido!

En 1703 el cacique, Agustín de España o Filca, presentó su testamento, donde aparte de declarar sus muchos bienes, declara que es casado y que tiene tres hijos legítimos y pide “por el amor de Dios” que el Gobernador y el Cura le entreguen el bastón -después de su fallecimiento- a su hijo Ignacio cuando tuviese la edad suficiente.

Y en ese momento, tomo una decisión. Voy a ser yo la Cacica y Señora de los Quilmes y lucharé por eso, haciendo honor a la sangre que corre por mis venas.

El 10 de mayo de 1704 se hace la presentación del Protector de Naturales, en defensa de Isabel Pallamay como legítima heredera del cacicazgo. La carátula de los autos del juicio decía: “Isabel Pallamay contra Ignacio de España sobre el cacicazgo de la Reducción y pueblo de Santa Cruz de los Quilmes; Escribano Real Juan de la Cámara. Demandante: Isabel Pallamay; demandado: Ignacio Filca o de España” (Archivo General de la Nación).

Y se acabó la tranquilidad en el pueblo. Mis testigos fueron Don José Baltos, Don Pedro, Don Luis Quinchinchay y Don Luis Quilimtay. Pero también hubo algunas autoridades y algún cura que reconocieron “que le consta que Doña Isabel es respetada y venerada como cacica y señora de los indios de nación Quilmes”.

El Escribano Real afirmó haber analizado todos los padrones desde que se fundaron el pueblo y la Reducción, y en los que figuraban empadronados por Don Francisco Pallamay, su hijo Juan Pallamay (de su primer matrimonio) y Doña Isabel Pallamay (de su segundo matrimonio).

Por supuesto, cuando comenzó el juicio, las cosas se hicieron como “correspondía”, se tomaron su tiempo para citar a los testigos, las cosas dependieron mucho del clima, de los caminos, de las formas de trasladarse a Buenos Aires, de si no podían ir, de si alguien debía venir a tomar las declaraciones a la Reducción. En fin, cuatro años. Encima, los testigos de él eran ocho y los míos cuatro, todos varones, obviamente.

Es necesario destacar que durante este juicio nadie llamó a declarar a María Chalpi, viuda de Francisco y madre de Isabel. Esto no ocurrió, seguramente, porque ella era la que conocía la antigua tradición indígena en cuanto a sucesiones, versión inaceptable para los españoles, y para algunos integrantes de la Reducción quienes trataban de dar un aspecto europeo a sus propias costumbres.

Pero, en el derecho español aparecía una opción que sabiamente fue aprovechada por Isabel, bisnieta e hija de caciques. Ella tenía hijos y estaba casada con Martín Salchica, a la manera europea, es decir, legítimamente.

¿Querían argumentos españoles? Les doy argumentos españoles.

Isabel entró al juego de la sucesión mostrando su habilidad.

Fue un largo y engorroso proceso.

El argumento de la defensa de Isabel se basaba en que, mientras Francisco Pallamay ejerció su cacicazgo, en los padrones figuraban Juan e Isabel como sus hijos legítimos. Al fallecer él, le sucedió su hijo Juan porque estaba empadronado como tal -pero murió muy joven- y no a Agustín Filca o de España, quien estaba empadronado como mitayo. Por ese motivo, muerto Filca, debía restituirse el cargo a la familia de los Palla-

may, heredando el cargo Doña Isabel, por ser hija de cacique.

Esto resultó molesto, inapropiado, inadecuado para las autoridades españolas. Pero, el Gobernador finalmente falló a favor de Isabel Pallamay. No hubo apelación. Doña Isabel no estaría sola a cargo de todo; su legítimo esposo, Martín Salchica, se haría cargo de la administración del cacicazgo, por orden del Gobernador en la misma sentencia, poniendo así las cosas en orden patriarcal.

El 27 de octubre de 1708, finalmente sale la sentencia a favor de Isabel, refrendada por el Escribano Real.

Y sí, ahora soy la Cacica de los Quilmes. ¿Utilizando algunos argumentos españoles? Sí, eran las reglas del juego. Porque yo vengo desde el fondo de los tiempos. Y no perdonaré a los que nos arrancaron de nuestra Pacha, nunca. Pero el nombre Pallamay volverá a pronunciarse con el orgullo de mi nación, de mis antepasados. Martín, mi amado Martín, va a ejercer la administración, pero yo soy la Cacica y mi apellido aparecerá en los padrones y libros, y en los apellidos de mis hijos que serán Salchica y Pallamay, y mi hijo Ramón será Cacique. Y siento el orgullo de que el nombre de mi nación perdure en el tiempo, porque ese nombre será dicho por miles de personas, todos los días. Gracias Pacha mía.

El cacicazgo de Isabel duró 10 años, hasta 1718, cuando una epidemia de viruela se la lleva a ella, a su marido y a sus hijos.

En el Quilmes de hoy hay un Centro de Formación Profesional, el CFP N° 406, y un Jardín de Infantes, el N° 922, que llevan su nombre.

Un equipo de investigación volvió a poner su nombre en la memoria de los quilmeños.

Hoy, Isabel Pallamay volvió a Quilmes. Y desde hace varios años, en setiembre, se colocan rosas rojas en su honor, en las rejas de la Catedral.

Las muchachas

María Eva Rey

MARÍA EVA REY

María Eva Rey nació en Laboulaye (Córdoba) el 18 de marzo de 1978. En su primera infancia la familia se instaló definitivamente en la ciudad de Luján, donde vive actualmente. Se graduó como Licenciada en Trabajo Social en la Universidad Nacional de Luján, donde se desempeña como docente. Fue becaria de investigación y es maestranda en Metodología de Investigación en las Ciencias Sociales. También estudió Derecho.

Desde muy pequeña escribe poemas, relatos y cuentos, enfocándose en mujeres y con una mirada crítica sobre las desigualdades de género. Participó de diferentes grupos literarios de su ciudad.

Publicó un libro de cuentos y poemas titulado *Eva y Eva* en el año 2013. Desde hace más de 20 años milita, trabaja y se ha especializado en el Paradigma de Promoción y Protección de Derechos de niñas, niños y adolescentes y las perspectivas de Género y Derechos Humanos. En 2014 fue nombrada como Perito en el Fuero de Familia por la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires. En la actualidad es Secretaria de Desarrollo Humano de su ciudad. Está casada y tiene tres hijos.

GRACIELA BARRETO

Ilustradora / @barreto.graciela

Nació en La Plata, provincia de Buenos Aires, el 1 de julio de 1958. Es Licenciada en Artes Plásticas (con especialidad en Cerámica), y Docente de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es investigadora y coordinadora de talleres barriales de Serigrafía, Cerámica y Mural. Ha participado en diversos proyectos de investigación, concursos y publicaciones, y dictado distintos seminarios, cursos y talleres. Obtuvo dos becas, una de la UNLP y la otra de la Escuela Nacional de Pintura y Grabado "La Esmeralda" de México.



Las muchachas

A Martha Sánchez, Titina Grattier y Mabel Ramos

Martha jadea cada vez más fuerte. Transpira como nunca antes y el dolor la está partiendo en dos mitades. La joven intenta no gritar, para no molestar al marido que está descansando. El hombre hoy dejó su turno en la fábrica para ir a buscar a la partera, cuando le avisaron que habían comenzado los dolores de su esposa.

El parto es hermoso pero hay que ser fuerte porque no es un dolor así nomás, le había dicho siempre su madre, y ella recién ahora entiende aquellas palabras. Con Martha están Juana, partera del pueblo, y Doña Concepción, una andaluza hija de anarquistas que logró escaparse de España antes de que la República cayera. Por aquellos años, ella y su compañero de cama, un trotskista andaluz, habían sido encomendados al frente de batalla. Juntos, engendraron un niño al que llamaron León que quedó en casa de sus abuelos paternos el día que Concepción decidió escapar.

La andaluza sabía bastante de dolores, de parir en medio de una guerra. De manchar su uniforme con sangre, pero también de mojarse con leche, la leche que brota de los senos maternos esperando el próximo encuentro con la cría.

Concepción y Juana conocieron a la parturienta cuando Martha junto con su madre inauguraron la casa de las mujeres peronistas, en un local al frente de su vivienda. Esa misma casa en la que ahora la joven está pariendo, ubicada en una calle céntrica del pueblo y con una gran escuela cerca, era un lugar estratégico para montar una Unidad Básica, y así lo hicieron.

Martha hizo correr la voz de que Evita se presentaría en la inauguración del local y por eso logró que muchas mujeres se acercaran al festejo. La Capitana finalmente no estuvo en la inauguración, pero les hizo llegar un escritorio, varias sillas, flores y una amorosa carta para las militantes.

La partera es peronista de la primera hora, pero no lo dice en público. Atiende a muchas de las jovencitas del centro y ella piensa que las contreritas nunca aceptarían que a sus hijos los reciba una grasita.

En cambio, Concepción todavía duda del General, del nacionalismo en todas sus formas, mira de costado las máquinas de coser argentinas, los sindicatos y los trenes. Aún así, cuando en el discurso de presentación del Partido Peronista Femenino Evita dijo que *únicamente las mujeres serán la salvación de las mujeres*, algo dentro de Concepción cambió.

Martha jadea y emite quejidos que no logra controlar. Siente una fuerza desde su interior que aún contra su voluntad la incita a pujar, pero acostada en su cama de matrimonio no encuentra posición para tanto dolor. Entre contracción y con-

tracción se ríe a carcajadas, toma el agua que Juana le ofrece y acepta que Concepción le arremoline su cabello en un rodete. Se quitaría su mojado camisón blanco si no le restara nada de decoro.

Las contracciones se hacen cada vez más fuertes, como un indicio de que la vida está allí, que ya no hay nada que pueda detener lo que se ha desencadenado.

Juana advierte que es el momento, hace ya algunas horas que Martha tiene dilatación total y el bebé está en el canal de parto encajado. “Vamos Martita que ya falta poco, hacé toda la fuerza que puedas, como cuando querés ir al baño, así es la fuerza, vamos que ya le toco la cabeza, está coronando...”

Concepción se inquieta. Aunque ella parió tres hijos está reviviendo ese extraño momento de no saber cómo será el desenlace, si será niña o varón, si el niño nacerá completo y respirando bien. “*No hay batalla en el frente de guerra que se compare a un parto*”, piensa la andaluza.

“*No sé si voy a poder, estoy cansada*” les grita Martha a las dos; y Juana “*sí vas a poder mijita, todas podemos. He podido yo, pudo Concepción, tu madre que en paz descanse, podemos todas mijita.*” Mientras Juana le habla a la joven, la partera comienza a esfumarse en los ojos de Martha, los haces de luz que entran por la ventana invisten a la partera de un aura angelical. Entonces Martha se entrega a la fuerza incontenible del nacimiento, a Juana y sus palabras de confianza, a Concepción que la resguarda de sus miedos. Puja fuertemente para comenzar de una vez, lo que nunca más se detendrá.

El primer pujo va acompañado del grito más agudo que se haya escuchado por aquellos años en el barrio, luego vie-

ne una risa. Martha ríe porque nunca pensó que podría haber tanta fuerza dentro suyo, ríe porque no entiende cómo puede tolerar el dolor de las últimas contracciones.

“*Vamos nena que son dos pujos más, vamos Martita que podés*”, le dice Juana que ya está arrodillada frente a sus piernas dobladas, preparada para girar al bebé cuando asome. “*Le estoy viendo la cabecita, uno más Martha, necesito que hagas toda la fuerza que puedas, el bebé necesita salir, tiene que respirar mijita vamos.*”

A unos metros del alumbramiento, Elsa entró al local hace veinte minutos y escucha algunos gritos de Martha, pero intenta no distraerse. Tiene que apurarse y sacar todo lo que pueda de allí. Busca los libros, las revistas *Mundo Peronista* que coleccionaban las chicas, envuelve *La razón de mi vida* con una tafeta rosada que usará como forro en un vestido de brocato.

Ella preparó esta mañana dos bolsas grandes de papel con retazos de seda, cortes de tafeta, muselina y una gabardina color azul. Elsa es modista y cose desde la primera infancia. Comenzó siendo aprendiz en un taller entre hilvanes y zurcidos, para más tarde, aprender el punto ojal y ya nunca más dejar las agujas y los hilos.

Desde hace algunos años Elsa tiene una máquina de coser que le entregó *la Fundación*. Desde que la recibió, confecciona en su casa hermosos vestidos y camisones para las chicas del centro, dejando atrás finalmente su destino de fabriquera. No como esas jovencitas orilleras, que nunca serán enfermeras ni maestras y acumularán el anhelo de un marido que les arranque el uniforme fabril para colgarles el eterno delantal de cocina.

Elsa tiene su pequeño taller en el comedorcito de su casa,

en un barrio con calles de polvo y campo en el horizonte. Mabel, su hija, no será fabriquera ni modista. Ella será maestra normal y para lograrlo, tendrá que estudiar en una escuela del centro. En la escuelita del barrio apenas le enseñan a la peonada los rudimentarios cálculos para poder trocar en el almacén del patrón el salario del mes.

Mabel tiene siete años y está viviendo su mes de septiembre del primero inferior. Viste siempre guardapolvos blancos hechos por su madre con prolijas tablas angostas y pequeños volados en el cuello. Su madre los plancha todas las noches cuando también repasa las confecciones para entregar al día siguiente. La niña lleva debajo de su guardapolvo, coloridos vestidos y polleras, que siempre son el comentario de las maestras en el recreo. En los inviernos, usa un tapado de paño color beige con botones forrados, que sobresale entre los sencillos abrigos de esta escuela pública del centro. “*Ese tapado bien podría ser de un colegio de señoritas católicas*” piensa su maestra.

Elsa está orgullosa de poder llevar a su hija a esa escuela, que Mabel ya sepa leer y escribir demostrando tempranamente su inteligencia.

El marido de Elsa, es delegado fabril y desde hace algunas horas está detenido. Pero la modista sabe que Martha está pariendo y que Juana junto a Concepción la acompañan, así que no podrán retirar del local los libros ni las imágenes de Eva y el General.

Más tarde Elsa tendrá tiempo para ir a hablar con el comisario, medio pariente de ella, rogándole que lo liberen al marido. *Antes que nada están Evita, el General y las muchachas.*

Mientras busca los materiales para guardar, advierte a

través del vidrio como cuatro hombres atan con una soga el busto de Evita ubicado en la puerta de la escuela a la que va Mabel. Luego lo sujetan del paragolpes trasero de un coqueto auto y se marchan a bocinazos por el pueblo, destrozando para siempre aquella escultura.

“*Estos hijos de puta se metieron con Evita*”, piensa Elsa mientras se apura para esconder entre las telas cada *Mundo Peronista*, los listados de compañeras, algunos libros y los informes anuales del General ante el Congreso. Tiene que llevarse todo lo importante antes de que entren los boinas blancas al local.

Al salir del local mira para ambos lados, “*no sea cosa que la estén esperando cuando salga*”. Se dirige a la escuela para retirar a Mabel y luego poder pasar por la comisaría, intentando que liberen al marido. Trata de calmarse antes de entrar a la escuela, pero no puede ocultar su temblor cuando ve la columna que sostenía a Evita rota a mazazos.

Minutos antes, Mabel vio por la ventana del aula cómo rompían el busto de aquella mujer unos hombres que reían a carcajadas. “*Parece que se estuvieran contando los mejores chistes del mundo*”, pensó la niña, mientras los observaba. La mujer rota es la señora de su libro *Privilegiados*, el libro que dice Mamá y Evita me aman para aprender la letra M y Tita votó para aprender la letra T.

La niña no entiende por qué su maestra desde temprano descuelga carteles y les dice que “ahora sí, van a poder vivir en libertad. Que se terminó la dictadura”. Ahora les está pidiendo uno a uno sus libros, les dice que “pronto tendrán otro, que ya no aprenderán nada con éste, que mejor se lo den a ella.”

Mabel no puede contener la rabia porque la maestra se

lleva el único libro que hay en su casa, el libro que ella mira todas las noches antes de dormir grabando para siempre las sonrisas iluminadas de esa señora, que hoy destrozan a golpes unos hombres. La docente recorre los bancos armando una pila con los *Privilegiados* y mientras lo hace, sonrío de costado.

La niña entrega el libro sin mirar a su maestra cuando pasa por su banco. Mabel no quiere que esa mujer, hoy más imponente que de costumbre, note que ella está a punto de llorar.

Luego de que la maestra retira el libro, la niña toma su lápiz y escribe en el margen izquierdo de la hoja de su cuaderno con una zigzagueante letra imprenta mayúscula: EVITA VIVE. La docente se acercará a inspeccionar el llanto de Mabel, verá aquel escrito en el cuaderno y reprenderá a la niña, enviándola a la oficina de Dirección a “reflexionar”.

Esa mañana Martha, parirá en tres pujos más a Celeste, mientras algunos boinas blancas revolverán el local partidario en busca de las imágenes de Perón y Eva que Elsa logró rescatar para siempre entre sus telas.

Mabel pasará algunos minutos en un rincón de la Dirección de la escuela hasta la llegada de su madre, quien deberá soportar un moralizante discurso de la directora sobre cómo habría que adaptarse a esta revolución.

Celeste, la niña nacida en aquel septiembre, crecerá sin poder nombrar a Evita ni a Perón. Al finalizar su adolescencia leerá los libros de un periodista sobre los fusilamientos de José León Suarez y el ultraje al cadáver de Eva. Al periodista, se lo llevará de San Cristóbal un grupo de tareas militar, para ya nunca más devolverlo.

El peronismo estará proscrito hasta el año en el que Ma-

bel consiga su primer puesto como maestra normal. Ella jamás volverá a escribir *EVITA VIVE* y *La Razón de Mi vida*, con algunas *Mundo Peronista* permanecerán ocultas en un viejo mueble de Elsa durante largos años.

Concepción no reconocerá jamás en público haberse vuelto peronista luego de 1955. Martha no logrará reabrir su Unidad Básica porque el Partido Peronista Femenino dejará de existir para siempre. Juana será la última partera de aquel pueblo, en el que poco a poco los partos se convertirán en cesáreas de la moderna clínica del centro.

Ni las únicas ni las últimas

Beatriz Eloísa Muglia

BEATRIZ ELOÍSA MUGLIA

Beatriz Eloísa Muglia nació el 8 de enero de 1976 en La Plata. Viajó y vivió alternativamente en Bahía Blanca, Rhode Island (EEUU), Puerto Madryn y La Plata. Puede ser que en la Patagonia extrañe el perfume de los tilos en las ramblas, y en La Plata la inmensidad del horizonte. Tantas vueltas dio que aprendió a leer al mismo tiempo en castellano, con el “Páginas para mí” mientras los pibes iban a una guerra ridícula, y en inglés con Dr. Seuss y Laura Ingalls.

Le gusta escribir y se metió de lleno hace un tiempo, “empujada” por los amigos y Damián, compañero de vida. Entre embarazos, partos y lactancias publicó un librito “De panzas y cebollas” (Ed. Vela al Viento, 2012), hizo (y hace) taller literario virtual con Sandra Russo y Christian Rodríguez desde 2016. Coordina un taller de literatura en el Centro de Día de Salud Mental del Hospital Ísola, desde 2015.

Beatriz Gayoso era la tía abuela de la actual Beatriz, en cuyo honor recibió el nombre y las ganas de escribirla. Su historia, la de una científica en años en que serlo no era lo esperado para una mujer. Hija de científica, hermana de científicas (mujeres y varones), a la Bea de ahora solo le queda la obligación de escribirlas.

RO FERRER

Ilustradora / @roferrerilustradora

Diseñadora de Indumentaria UBA.

Ilustradora y escritora en Editorial Chirimbote.

Ilustradora y parte del Equipo de Comunicación Estratégica del Instituto Nacional Contra la Discriminación, el Racismo y la Xenofobia (INADI).

Libros publicados:

-Ilustraciones y textos: “Será ley. El fuego no se apaga”, “Feminací y no hay vuelta atrás”, “Educando a Rolando”, “Mala madre”, Editorial Chirimbote. “Feminismo para Chiques”, Editorial Sudestada.

-Ilustraciones: “Barriletas cósmicas”, de Ayelén Pujol, Editorial Chirimbote. “Voces del Feminismo rebelde”, de Agustina Lanza, Editorial Sudestada. “La revolución de las hijas”, de Luciana Peker, Editorial Planeta. “El sándwich de René”, para REDI (libro con accesibilidad absoluta para personas con discapacidad).



Ni las únicas ni las últimas

“La Señorita Beatriz Gayoso Rojas, distinguida niña de nuestra sociedad y profesional de competencia y saber reconocidos, ha dedicado su vida joven de estudiosa a las interesantísimas investigaciones químicas, donde siempre ha destacado con caracteres netos, habiendo publicado ya interesantes trabajos, producto de su estudio e investigaciones que han llamado la atención en el mundo científico en el que actúa”. (Revista del diario El Día de La Plata en el Cincuentenario de la Ciudad, 1932).

1932

Beatriz espera el tranvía en la esquina de uno y cuarenta y ocho de la ciudad de La Plata. Sostiene cerrado su chal con la mano derecha y en la izquierda lleva el portafolios cargado. Sonríe cuando ve una versión masculina de sí misma cruzando apurada desde el Colegio Nacional.

-¿Te vas antes a casa? -pregunta él, saludándola con un beso.

-¡Hermanito! -saluda ella levantando los hombros, y des-

pués sigue, sonriendo: –Sí, voy para casa y vos, ¿qué andas haciendo por acá?

Pedro se distrae mirando los adoquines de la calle.

–Tenía que buscar unos papeles, y me vine pensando que te iba a ver-dice. –Son hermosos.

–¿Qué? –Beatriz se da vuelta para mirar a su hermano.

–Los adoquines, así puestos... –él hace un gesto con la mano, como abriendo un abanico.

–¡Qué poeta!-dice ella.

Pedro se levanta de hombros.

–Yo voy a casa a terminar algo –sigue diciendo Beatriz y cambia el peso de su cuerpo de una pierna a la otra –. Bah, tonterías... los del diario me pidieron no sé qué para una edición.

–¿De El Día? –interrumpe Pedro –me estás jodiendo, esos son medio mierda, che.

Beatriz se ríe un poco.

–Por ahí es pura vanidad. Es pura vanidad, sí. Pero puedo poner la propaganda del laboratorio.

–¿Bueno y qué quieren?

–Por ahora una foto, nomás.

Los dos se ríen cuando ya pasa el tranvía.

1918

La señorita Beatriz Gayoso camina tímida por los pasillos de la facultad de Química y Farmacia de la Universidad Nacional de La Plata. Sostiene fuerte la carterita negra. El sombrero se le ladeó y siente que una de las medias está empezando a resbalar por su pierna. Sus pasos resuenan en el techo de la galería.

Ayer llegaron desde el pueblo con mamá y Pedro, y se acomodaron en la pensión. Pedro hoy va a anotarse para rendir el ingreso al Colegio Nacional; ella en el edificio de al lado, en la carrera de Bioquímica.

A partir de que comienzan las clases ella se sumerge en el mundo de los laboratorios y los libros. Al principio le cuesta, viene mal enseñada del pueblo. Después gana confianza.

–¡Abran cancha! –dice una voz masculina desconocida.

Un grupo de muchachos se ríe del chiste del desconocido. Beatriz camina por entre ellos. La única mujer en todas las cursadas de primer año, hay una chica unos años mayor. Ni siquiera hay baño de mujeres cercano a las aulas.

–Que pasa la Chacha –contesta bajito Beatriz, negando con la cabeza-. Los muchachos se callan. –Estúpidos –agrega.

1922

–¿Cuántas mujeres ves vos acá? –la voz del jefe de trabajos prácticos perfora el tímpano de Beatriz-. Sos la única, acordate.

Beatriz se acuerda de María Luisa Cobanera, de la Doctora Spegazzini. Ahora ella está empezando su tesis doctoral y este cargo de Ayudante es parte del aprendizaje.

–Una de las primeras –corrige– no la única.

Una chica abrazada a su carpeta se sienta en una de las mesas del laboratorio y Beatriz la señala con un gesto de la cabeza.

–Y, ciertamente, no la última –agrega, caminando hacia el escritorio para dar inicio a la clase.

El jefe de trabajos prácticos gruñe mientras escribe fórmulas en el pizarrón.

“Pero ya antes de recibirse, su acendrada vocación la hace dedicarse de lleno a las investigaciones científicas y es así cómo ya desde el año 1922 inicia la parte verdaderamente práctica de éstos complicados estudios, al ser designada por concurso, Ayudante de Química Analítica Cuantitativa”. (Revista del diario El Día de La Plata en el Cincuentenario de la Ciudad, 1932).

1927

-Esta queda para vestir santos, ya lo decía yo -hablan las vecinas, abrazadas a los palos de escobas, muy temprano a la mañana.

-Vientipico y sin candidato. Pobrecita la madre, que en paz descansa –y se persignan.

Beatriz apura la llave en la puerta del laboratorio. Finge que no las escucha. O ya no las escucha. O no le importa.

Por la mañana repasa hojas mecanografiadas. El silencio es intenso en el salón donde siempre se junta trabajo: muestras para ser miradas en el microscopio, erlenmeyers, cápsulas de Petri. Hoy nada del ajeteo diario. Solo ella pasando las hojas sobre la mesa.

El silencio la acompaña del lado de adentro de su cabeza por el camino a la Facultad. A las tres es el horario de la cita. Solamente hay cuatro personas en los primeros pupitres del aula magna. Pedro se destaca, saludándola con la mano. Los tres jurados de la tesis la miran entrar. Beatriz se siente enorme en el traje marrón que está estrenando, las manos gordas y anchas tiemblan levemente. Ella aprieta los puños, y a la señal del jurado su voz empieza a hablar.

Explica. Ama explicar. La voz acaricia montes y valles del

conocimiento del “Tercer elemento de la sangre”. Habla. Gesticula. Señala. Cautiva.

Pedro apoya el mentón en ambas manos dobladas sobre el pupitre. Aplaude ruidoso cuando ella por fin calla.

El jurado, tres hombres serios y oscuros, se ponen de pie. Beatriz recibe las manos de ellos y las aprieta con fuerza, como un hombre.

-Para vos, mamá –dice muy bajo Beatriz.

“La Señorita Gayoso Rojas, es egresada de nuestra Facultad de Química y Farmacia, donde se graduó de doctora en química en el año 1927, mereciendo su tesis “Contribución al estudio del tercer elemento figurado de la sangre”, la clasificación de sobresaliente y que fuera publicada como trabajo de verdadero aliento, en la Revista de dicha Facultad” (Revista del diario El Día de La Plata en el Cincuentenario de la Ciudad, 1932).

1931

-Doctor Christmann, un gusto –a Beatriz le gusta el apretón de esta mano. Es firme y de buen pulso. Es uno de los mejores, o el mejor, médico cirujano de la ciudad.

-Bienvenida Doctora –Christmann devuelve el saludo y con la mirada señala la puerta del laboratorio.

Ella cuelga su abrigo y se sienta frente al microscopio. Una fila de muestras espera su análisis.

Beatriz acomoda su vida entre el laboratorio privado, la Maternidad de la Escuela de Parteras y el Policlínico General San Martín, con el Doctor Christmann.

De todos los lugares, en la Maternidad es donde tiene compañeras. Mujeres que hablan no solo de trabajo científico, sino de moda y de salidas con hombres. Beatriz se sienta cerca y las escucha hablar. Por momentos la vence el sueño entre el sonido de la voz y el cansancio de las excesivas horas de guardia seguidas. Cuando la conversación es sobre la ciencia, nunca se duerme.

- Francisca Ramírez no ha traído la autorización del marido para estudiar –irrumpe un día el Jefe de Sala en la oficina donde se encuentra Beatriz recibiendo las muestras del día y entregando los resultados.

Una joven de guardapolvo y rodete negro se asoma por detrás del jefe.

-Doctor- suena su voz tímida –ya se la traeré, mi esposo está de viaje pero está pronto para volver.

-Sin la autorización no puedo dejarla hacer el pasaje de sala, jovencita –dice el hombre, imponiendo su figura masculina en todo el espacio. –Alguien tiene que responder por usted. Mejor váyase y vuelva cuando tenga su documentación al día.

-Yo respondo por ella –la voz de Beatriz es tan potente como la del hombre, él se achica.

-Doctora, ¿usted? –el jefe la mira con un poco de desprecio, pero también con miedo.

-Por supuesto. –Beatriz da un paso al frente con una canastilla de alambre cargado de muestras en la mano enguantada. –No creo que haya inconveniente en que la señorita continúe estudiando.

-¡Usted ni siquiera es médica! –le respondió él, volviendo a imponerse con su voz.

-Y usted, mi querido médico, ni siquiera es doctor –Beatriz no parece tener miedo– o cuénteme de qué trató su tesis doctoral, o dónde la publicó.

-Demasiado jovencita, doctora, demasiado –el hombre la señala con el índice y mira para los lados– demasiado insolente. Hágase cargo entonces. Cualquier falta de la practicante, es culpa suya.

-No le quepa la menor duda. Beatriz sale de la oficina y se encierra en el laboratorio.

Una mañana entra una chica, casi una niña. La ropa ensangrentada, en pleno trabajo de parto. La trae una mujer que la deja y se va apurada.

Ella no grita cuando sale el hijo muerto de su vientre, puja con fuerza, sin protestar. Un rato después llora en silencio en la cama del rincón. Plena de tristeza.

-Chiquita- dice Francisca, que suele hablar con Beatriz con más franqueza que con nadie –Dios quiera que se recupere de esto.

-Hay muchas violaciones en las casas, tantas-Beatriz piensa en el pueblo que dejaron atrás, en el padre, en los hermanos mayores. –Algunas nunca salen a la luz.

-¿Le parece?-Francisca la mira –dicen algunos autores, estudié, que no hay casos de violación, solo es que la mujer tarda en dar el consentimiento.

-Y vos ¿qué pensás?- Beatriz la mira fijo a los ojos.

-Y, somos fuertes las mujeres –Francisca mira por la ventana enrejada la calle llena de gente –pero a veces, no sé.

-Esta chiquita seguro no sabía –Beatriz habló firme. –Y

ahora casi lo paga con su vida, sin pensar en la criatura, tiene bajísimos los glóbulos rojos, está casi desangrada.

1932

Pedro entra sonriente en la casa.

-¡Te traje una sorpresa! -esconde algo debajo del brazo.

-¡A ver! -Beatriz toma la revista gorda que salió en el diario y empieza a pasar, impaciente, las hojas.

-¿Te sacaste los anteojos para la foto? -Pedro mira la foto impresa. Los cachetes retocados en rosa, en algo se parece a su hermana mayor.

-Y, sí -Beatriz se mira, y lee lo escrito- ¡Qué raro suena todo!

-¡Sí, Señorita Doctora! -Pedro pronuncia como en la escuela y hace una reverencia exagerada. -“La Señorita Beatriz Gayoso Rojas”.

Se sienta en la silla con la revista en las manos, asomando sus ojos risueños.

-Mejor que me vaya a trabajar -dice Beatriz, dejándolo a Pedro con la palabra en la boca. -Y vos, a estudiar ¿o no pensás rendir nunca las materias que te faltan?

-¡Derecho, Beatriz! -dice él levantándose de hombros- una pavada al lado de lo tuyo, cómo era el tercer elemento de la sangre... chan, chan. ¿Te busco en el almuerzo?

Beatriz lo mira y sonríe.

-Por ahí... aunque me voy al Policlínico a la tarde temprano, acordate. Después dejando de sonreír agrega: -tengo una fiesta esta noche, del diario por esto del cincuentenario, qué sé yo.

-¿Me pedís permiso a mí, a tu hermanito favorito? -Pedro se levanta.

-No, sí, es que no sé si me podrás acompañar ¿Con quién voy a ir?

-¿A dónde es? ¿Se puede saber? -Pedro se acaricia la barba. -Sí ¡cómo no voy a ir!

-En el Jockey -Beatriz pronuncia el nombre bajito para que no suene tan pomposo. -A las diez.

-¡Alta alcurnia! Una fiesta con todos los soretes grandes, me gusta.

Beatriz y Pedro se paran en un rincón del Salón de los Espejos del Jockey Club La Plata. Los hombres conversan con copas en las manos, las mujeres miran discretas y se abanicán.

Un grupo de caballeros se acerca a los hermanos. Uno es el periodista que escribió la reseña sobre Beatriz.

-¡Doctora! ¡Mi querida Señorita Gayoso! Acá le presento algunos doctores, no sé, hablan de cosas raras de esas que a usted le gustan tanto -y sin más el periodista se escabulle entre la gente.

-Estábamos hablando acá, con el Doctor Eiras, sobre las mujeres.

-¡Doctor Eiras! -dice Beatriz levantando las cejas, -un gusto conocerlo personalmente. Yo hago análisis en el policlínico, he recibido muestras de pacientes tuyas. Lo felicito por su trabajo.

Beatriz le extiende la mano, aunque de inmediato la retira avergonzada, la siente ancha en los guantes de baile que le prestaron las compañeras enfermeras.

-Justamente estábamos hablando de ustedes: -sigue el hombre que acompaña al Doctor Eiras -las mujeres.

-Doctor García -dice Beatriz, endureciendo la voz y mirándolo fijo. Lo conoce de habérselo cruzado en el policlínico y en la maternidad. Por las órdenes mal escritas y sus modos petulantes.

-Conozco muchas de ellas, de ustedes, bah -Sigue el nombrado, sin hacer caso de las protestas -y creo que el lugar ideal de la mayoría es la casa.

El Doctor Eiras suelta una risita.

-¿Y las mujeres haciendo ciencia? -pregunta Beatriz, con un gesto de la cabeza.

-Por favor -García se levanta de hombros-. ¡Qué misterio! Un cerebro tan distinto al nuestro. La distribución de las circunvoluciones del lóbulo frontal, por ejemplo, es diferente en mujeres y hombres.

-Eso no tiene ningún sustento ni nada de lo que usted dice... tampoco-. A Beatriz se le encienden las mejillas.

-Siempre pensé que esa característica era la que las hacía más suaves, más dulces - García solo se escucha a sí mismo - y creo que aquí el doctor estará de acuerdo, dado que es Médico de señoras.

-Bueno, podría ser tema de investigación - Eiras lo mira por un instante, después saca un cigarrillo del atado que tenía en el bolsillo, convidándole a Beatriz, que toma uno también.

-Dudo que a nadie le importe, si alguna vez a alguien se le ocurriese perder el tiempo de una manera tan descarada -Beatriz interrumpe, y dirigiéndose a Eiras: -Muchas gracias, por el cigarrillo, salgo afuera un momento, permiso.

Él sale tras ella.

-Permítame acompañarla- le dice cuando la alcanza.

Ella está parada en la balaustrada de la escalera principal del Jockey Club, mirando hacia abajo los escalones blancos que bajan haciendo un dibujo de caracol.

-Pensé que le encantaba hablar con el doctor ese -Beatriz señala para adentro del salón con la punta del cigarrillo encendido. -Ese tipo... no me alcanzan las palabras para decir lo que pienso de él.

-No lo mencionemos, doctora-. Eiras se acoda en el borde, mirando hacia el salón.

-¡Qué diseño tan hermoso! -dice para sí misma Beatriz -los escalones, las barandas, los espejos.

Después se ríe levemente.

-Son perfectos, obra de un gran arquitecto -Eiras sopla el humo para arriba y cuando termina su cigarrillo, lo lleva a apagar a un cenicero.

-Imitan la naturaleza, nunca la igualan ¿Usted ha visto la belleza de las cosas vistas en el microscopio?- sigue diciendo Beatriz, ensimismada y sin prestar demasiada atención a su compañero, que está volviendo del cenicero -Aunque supongo que es que me parezco a mi hermano, es medio loco.

La mañana encuentra a Beatriz hojeando la publicación del diario:

La señorita Gayoso Rojas, tiene publicado también "Sobre un caso de meningitis purulenta o paratífus A" en El Día Médico.

Beatriz sabe que un "caso de meningitis purulenta" es una madre que llega a la guardia con su hijito en brazos. Viene ca-

minando de no se sabe dónde, es enero y los médicos planifican las vacaciones en las sierras cordobesas. No transpira ella, de deshidratada. Llega, se sienta, nadie le da agua. El niño, muy pequeño para su edad, desmayado del dolor en su falda.

Desde el laboratorio Beatriz se asoma por el ruido: alguien vio a la madre y al hijo, uno se apura con la camilla. La mujer queda sola en el banco duro. Beatriz sabe que en cualquier momento van a llamarla con algún estudio, pero sirve agua en un vaso y se lo acerca.

La mujer se moja los labios con el agua fresca. Avergonzada se lo devuelve.

-Termínelo - le dice. La voz le sale ronca. Hace siete horas que está de guardia. "El niño no va a vivir" se imagina que dice, pero sonrío.

1938

-Al final te casás -dice Pedro, vestido de traje negro.

-Yo nunca dije que no me iba a casar. -Beatriz se acomodaba unas flores en el cabello con hebillas invisibles. -Ya te va a llegar a vos, vas a ver. A ver, acercate.

Pedro se acerca obediente.

-Estuviste tomando algo, cepíllate bien los dientes que se te huele-. Después, ablandando la mirada le acaricia la mejilla. -Los sobrinos van a llenar la casa quinta que nos compramos con Adolfo.

Pedro se sonrío a su vez.

-¿Te acordás de García?

-Nunca me olvidaría de ese tipo -Beatriz se pone colorada -encima ese doctorcito está rondando por mi sala del policlínico.

-Tiene una hermana. -Pedro se aclara la garganta y endereza la espalda -, viene conmigo a clase de italiano.

-¿Italiano estudiás vos?

-Dejame hablar. Quiero que la conozcas, viene hoy a tu casamiento.

1952

-¡Es Pedro! -son las tres de la mañana, el teléfono suena incansable. Beatriz grita en voz baja, Adolfo se levanta.

-Yo voy, vos quedate con el nene que duerme -le dice él a su mujer.

-Es grande, le aviso a Mary que lo mire. Yo voy. -Beatriz golpea suave en la pieza de servicio del departamento.

El auto acelera por la diagonal, cuando llegan el hermano está rígido, desmayado en la cocina de su casa, la mujer llora con los dos hijos arremolinados en sus piernas.

-Me apuntó con el cuchillo -dice Manuela, la cuñada -perdón.

Adolfo revisa a Pedro y niega con la cabeza. Beatriz la abraza a ella, a los hijos, a la angustia.

Pedro es internado en el Hospital Borda. Durante años entra y sale y vuelve a entrar. Se pierde en los laberintos de la mente, es otro, vuelve. Visita a los hijos, a la hermana. Y se va. Le diagnosticaron esquizofrenia.

1968

Beatriz enseña, estudia, investiga. El hijo, Tito, crece, crecen también los sobrinos. Durante años vinieron a la tarde a tomar la leche, corrieron en la casa quinta de Villa Elisa. Hicieron su vida.

Ahora están ahí, Amada, la novia de Tito, su futura nuera; y Ana María, la hija de Pedro. Las dos estudian con una pava y un mate en el centro.

Amada teje escarpines para pagar sus gastos mientras estudia medicina, es originaria de Entre Ríos. Las agujas vuelan por el tejido, ella ni lo mira, concentrada en los apuntes. Ana María prepara los exámenes para recibirse de maestra.

- ¿Qué vas a estudiar Anita? –le pregunta Beatriz.

-Algo que tenga que ver con la biología, supongo, tía. –contesta ella, levantando la vista de sus apuntes.

Beatriz las mira y se ve a sí misma hace más de treinta años.

-Anotate en el Museo: hacé ciencia. –le dice ella. –Vos también. Somos pocas, pero ni las únicas ni las últimas.

Epílogo

Beatriz murió demasiado antes de tiempo, cuando la fila de muestras para analizar todavía era larga.

Su sobrina Ana María Gayoso y su nuera Amada Segal se sentaron en banquetas altas con los ojos en los oculares del microscopio.

Ana María llegó a ser Investigadora Independiente del Conicet. Fue una de las pocas que hizo estudios a largo plazo del fitoplancton del mar argentino. El cáncer también se la llevó pronto, en 2004.

Amada Segal trabajó en la cátedra de Anatomía Patológica, en el rincón más a la izquierda de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata. Fue socia fundadora de la Sociedad Argentina de Inmunología.

Medio encorvada, los pelos al viento, los anteojos de leer colgados de su correa y los grandotes y redondos de ver clavados en la nariz. Sabe tejer a la velocidad de la luz y pelear el subsidio para investigación al directivo de turno. Si es puteando, tanto mejor.

Fueron pocas, pero no las únicas, ni, ciertamente, las últimas.

Nota: hoy Argentina es uno de los países, en el mundo, con mayor número de mujeres activas trabajando en ciencia.

<https://www.conicet.gov.ar/argentina-es-el-pais-con-el-mayor-porcentaje-de-mujeres-activas-en-ciencia/>

**La madre innaturalidad.
Relatos de una vida revolucionaria**

Ernesto José Ingrati

ERNESTO JOSÉ INGRATI

Mi nombre es Jose Ingrati, tengo 19 años y soy de Buenos Aires, Quilmes. Estudio Ciencias Sociales en la universidad de mi distrito (UNQ) y me dedico a realizar y vender artesanías.

Me entusiasmó la convocatoria para participar de este concurso literario el hecho de que sea dirigido hacia los colectivos históricamente invisibilizados. Que se generen espacios saludables de intercambio entre las disidencias es reparador y reconfortante en muchas maneras.

Mi escrito es sobre Mariela Muñoz, la primera en obtener su DNI acorde al género autopercibido. Con una vida repleta de subidas y bajadas supo hacer historia y marcar un punto de inflexión para toda la comunidad disidente. En el relato intento reflejar al menos un poquito de la vida de un ícono de lucha conurbana contemporánea y del empoderamiento marika-feminista.

JULIA DUBRA

Ilustradora / @guaranga_psicoart

Mi nombre es Julia Dubra, nací en Lincoln Provincia de Buenos Aires.

Soy estudiante de Diseño en Comunicación Visual de la Facultad de Artes de la Unlp. Mi espacio de expresión es Guaranga Psicoart, donde plasmo mis ilustraciones en pañuelos, barbijos, remeras y mallas.



La madre innatural.

Relatos de una vida revolucionaria

¿Qué es el naturalismo? El concepto mediante el cual los hilos de odio y reduccionismo se rebozan a la hora de mantener su descarada supremacía.

¿Los códigos sociales son equitativos para todes? Sí, dentro de la lógica de un abanderado de la estructura social contemporánea, los códigos solo le responden y corresponden a quienes existan en el seno de su privilegio. Mediante la invisibilización, y la desidia, aquello que no existe, no puede sufrir.

¿Es el instinto maternal innato de un cuerpo con vulva? No.

A modo de introducción, pretendo responder conceptos básicos para lograr posicionarnos en la realidad de una entidad eje en la historia de la comunidad arcoiris: les invito a conocer las crónicas de Mariela Muñoz.

Mariela Muñoz

Hablar de Mariela es hablar de lucha, vanguardismo político y activismo disidente. Fue una mujer que con su vida hizo historia, sin saberlo, incurrió en la libertad de miles.

Nació el 24 de diciembre de 1943, en el seno de una familia humilde, en la provincia de Tucumán. Para ese entonces, en Buenos Aires un nuevo golpe de Estado impactaba y daba fin a la conocida como “década infame”, etapa que se caracterizó por la ausencia de la participación popular, la persecución y la tortura a detenidos políticos.

En busca de nuevas oportunidades la familia de Mariela viaja a Buenos Aires y se traslada al conurbano sur de la provincia, ciudad de Quilmes. Allí, su padre encuentra trabajo como cocinero en una fábrica textil.

Era 1946 y el candidato presidencial Juan Domingo Perón gana las elecciones y junto a él, su esposa María Eva Duarte de Perón, quien sería gran representante y defensora en la reivindicación de los derechos de la mujer y el sector popular.

Mariela era la mayor de cuatro hermanos: Roque, Mario y Luis. A la edad de 14 años manifiesta no sentirse varón por lo cual plantea a sus padres su identidad autopercibida, su verdadera identidad. El padre supo acompañarla y apoyarla por sobre el prejuicio, sin embargo a quien le costó aceptarlo fue a su madre.

Era 1952 y el 26 de junio Eva Perón muere de un cáncer de útero a la edad de 33 años. Es el fin de una época, su muerte ocasiona gran conmoción.

En ese momento, una Mariela de 12 años se encarga del

cuidado de sus hermanos mientras su madre y su padre no estaban en la casa; a su vez ejerce como niñera cuidando a los hijos de un matrimonio italiano en la localidad de Ezpeleta.

En la búsqueda por lograr su independencia económica, logró trabajar de camarera, sin embargo, a la hora de ir un paso más allá y buscar otro empleo, cuando presentaba su DNI era inmediatamente rechazada y debido a la falta de oportunidades que sufría, por no corresponder a la hegemonía patriarcal, identificó en su pasión por el tarot una manera de independizarse.

A los 23 años, mientras se dirigía a un curso de danza, uno de los episodios más amargos de su vida tuvo lugar: un auto con cuatro varones se interpuso en su camino, la amenazaron y la raptaron; la llevaron a una casa abandonada con la intención de violarla y al encontrarse con su cuerpo desnudo tres de ellos la violaron. Al día siguiente, la abandonan en un descampado.

Corría agosto de 1965 y Mariela se convirtió en la primera mujer transexual en salir en un medio de comunicación, fue en el número 2 de la revista “Extra” donde, repleta de estereotipos y bajo el título de “El homosexual que dio la cara”, se reportaba a una Mariela que declaraba: “quiero casarme y tener hijos, como cualquier otra” ante la mirada de un grupo de doctores y científicos que simulaban ser periodistas.

Luego de tres años de muchísimo esfuerzo logró comprarse su propia casa. El hecho de tener su espacio abrió una nueva etapa en su vida. En aquella, daba refugio a personas en situación de calle, más específicamente a niñas abandonadas y madres solteras.

Era 1976, tanques y tropas militares ocuparon el centro de Buenos Aires, uno de los golpes militares más sangrientos de nuestra historia estaba naciendo.

Mariela tenía 33 años y a pesar del terror sembrado en la nación, continuó con la crianza de aquellos niños que había rescatado de la calle, adoptándoles de manera simbólica como propios.

En el año 1977 conoció a Jorge Rodríguez en la parada de un colectivo, él era un obrero 11 años menor que ella. Comenzaron a salir y luego de un tiempo de noviazgo a Jorge se le presentó una propuesta laboral en Brandsen, provincia de Buenos Aires. Le dijo a Mariela que a la vuelta de su viaje le gustaría vivir con ella.

En ese momento, el contexto en la Argentina era de terror. La Junta Militar tenía una política sumamente dictatorial. 30.000 personas desaparecen y la lucha de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo comenzó a gestarse.

Los años pasaban y la relación de Mariela y Jorge iba en picada, él le reprocha no ser una mujer cis-género. Terminaron por separarse y ella buscó reconfortarse en su familia.

En el año 1981 tomó una de las decisiones más importantes de su vida: tras un arduo ahorro, partió a Chile junto a su hermano Roque para realizarse una operación de reasignación de sexo con el Dr. Mc Millan. En los años 80 este tipo de intervenciones quirúrgicas estaban prohibidas en nuestro país.

Regresó a su hogar con un DNI chileno falso y decidió pasar un tiempo en casa de su madre y padre. Semanas después, se reencontró con Jorge y con el fin de reanudar su relación parten a Chile donde se casan; allí prueban fortuna en el ámbi-

to laboral, Mariela consiguió trabajo pero Jorge no y, por este motivo, decidieron volver a Argentina.

Corría 1983 y, tras la pérdida de la guerra por las Islas Malvinas, el gobierno militar pierde poder. El 30 de octubre Raúl Alfonsín gana las elecciones y su principal objetivo es recuperar la democracia y estabilizar la situación económica del país.

Las personas transgénero no poseen derecho alguno.

Una tarde, Mariela recibió la visita de Liliana Monteagudo, quien le comentó que estaba embarazada y no podía criar a su beba. Como el aborto no era legal en la Argentina, conciliaron un acuerdo entre ellas en el cual Liliana iba a parir con los documentos falsos que Mariela había traído de Chile. Así, su hija Mayra quedó como hija legítima de Mariela y Jorge.

Años más tarde, luego de ese episodio, se presentó en la casa de Mariela una mujer llamada Martha Mendez que comentó tener el mismo problema que Monteagudo: estaba embarazada de mellizos y no deseaba tenerlos, por lo cual cerraron con el mismo acuerdo.

Tres años después de su visita, Liliana irrumpió nuevamente en la vida de Mariela e intentó chantajearla, amenazándola con que si no le entregaba su auto, la denunciaría por el secuestro de su hija; Mariela no cedió y en mayo de 1993 ella y Jorge fueron detenidos por "*falsificación de documentos y sustracción de menores*". De su defensa se hizo cargo la doctora Liliana Covello y el caso fue trasladado a los tribunales de Quilmes.

En diciembre de 1993, el juez de menores Pedro Entío decidió anular las partidas de nacimiento de los dos mellizos y Mayra. La condenó a un año de prisión en suspenso.

Los medios de comunicación pusieron en debate nacional el caso de Mariela. La ridiculizaban y violentaban mediante titulares como: “*Tráfico de menores: detienen a un transexual y su pareja*”. Todesk opinaban; era invitada a infinidad de canales televisivos y diarios. Inclusive, llegó a presentarse en uno de los programas más vistos de la época “*Almorzando con Mirtha Legrand*”.

La lucha de Mariela fue acompañada por el colectivo LGTBI+ y por amplios espacios de la sociedad en general, lo cual presionó a la Justicia, logrando así obtener un régimen de visitas hacia les niñes.

A su vez, junto a la abogada Covello, impulsaron una demanda en cuanto al reconocimiento legal de su identidad. Tras un largo camino e infinidad de desagradables procesos, como pericias psicológicas y psiquiátricas, el resultado fue positivo.

Fue así, que el 2 de mayo de 1997 Mariela recibió el primer DNI convirtiéndose en la primera persona transexual reconocida por la justicia con su identidad de género autopercebida. Ese mismo año, fue precandidata a concejala en Quilmes por la lista del Partido Justicialista.

El caso de Mariela Muñoz fue de tal trascendencia para la época que en 1998 fue llevada al teatro en Suiza para una obra realizada por el argentino Marcelo Díaz, director del Teatro de la Juventud de Zurich. Díaz pergeñó la obra “*¿Qué pasó con Daniela Duñoz?*”, basada en la historia de Mariela.

Corría el año 2003, luego de turbulentas y para nada felices secuencias en nuestra Nación, llegó al gobierno Néstor Kirchner, con un mensaje y aire que vaticinaba una nueva era para todas, todos y todes. A su lado, Cristina Fernández de Kirchner,

compañera y esposa, quien tiempo más tarde lo sucedería al mando del poder. Estos dirigentes traerían nuevas oportunidades para la comunidad disidente.

Ese mismo año, Mariela fue candidata a diputada provincial por el mismo partido que en 1998, el Partido Justicialista, bajo el eslogan “*Una mujer diferente*”.

El 15 de julio del año 2010, bajo la presidencia de Cristina, se llevó a cabo la sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario. Esta fecha se convirtió en bisagra, una parte sustancial abrazó al kirchnerismo y, en particular, a Cristina por haber puesto en agenda la reivindicación de los derechos de quienes, hasta tal momento, no tenían voz.

Dos años más tarde, aquello por lo cual Mariela Muñoz luchó día y noche, se vio como derecho para toda la comunidad LGTBI+: su anhelo más grande se hizo realidad cuando el 9 de mayo del 2012 se sancionó la Ley de Identidad de Género, convirtiendo a nuestro país en pionero del continente americano por el reconocimiento de los derechos de las personas a ser inscriptas en el DNI acorde con su identidad de género autopercebida. Esto fue el resultado de la lucha colectiva que permitió construir una sociedad con más derechos, igualdad e inclusión para todes. También en 2012 fue distinguida como la mujer del año por el INADI, la Secretaría de Planificación del Ministerio de Justicia y Seguridad de la Nación la reconoció por su tarea social y educativa.

En 2013 María Rachid, diputada por el FpV, presentó un proyecto de ley para fijar asignaciones para personas trans mayores en la Ciudad, pero el PRO bloqueó su tratamiento. En tanto, el Ejecutivo porteño se expidió en contra de la iniciativa

a través de la subsecretaria de Promoción Social, Guadalupe Tagliaferri. Sin embargo, ese mismo año la jueza María Elena Liberatori ordenó al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires el otorgamiento de subsidios extraordinarios y reparatorios, equivalentes al salario mínimo vital y móvil, para mujeres transgénero mayores como reconocimiento a los años de marginación, discriminación y persecución policial que sufrieron.

Mariela fue una de las cinco beneficiadas del fallo, lo cual fue de gran ayuda porque en ese momento no podía cubrir sus necesidades básicas y tenía dificultades para ver, oír y caminar como consecuencia de haber padecido un accidente cerebrovascular.

Mariela pasó el resto de su vida en su casa materna, ubicada en Ezpeleta, junto a dos de sus hijos de corazón quienes la acompañaban y cuidaban. Finalmente, en el año 2017 luego de pasar su último tiempo internada y con dificultades físicas como consecuencia de su ACV, murió.

Su lucha, su legado y sus conquistas serán parte, por siempre, de la historia de las disidencias conurbanas en la Argentina. Hoy es un distintivo de lucha y vanguardismo en todo el continente americano.

A modo de síntesis, busco remarcar la importancia de una Mariela en la historia de la comunidad LGTBI+. Invito a glorificar a todas las Marielas de nuestra cruda historia, incentivando la formación política y la organización de nuestras performatividades. Sigamos con la escuela de las grandes maestras; reconozcámonos hoy y cada día como sujetos de derecho que tienen que ser respetados. La mejor manera de no dejarse atravesar por las pisadas de una sociedad empapada de odio y censura, es mante-

niendo inmortales a todas aquellas figuras que nos abrieron paso y consagraron como parte de un todo. Por Mariela, por vos, por mí y por cada une.

A continuación, creo oportuno compartirles un breve fragmento de la entrevista que logré realizarle a una cercana amiga de Mariela:

Testimonio de una vieja amiga

Bueno, buenas tardes María, primero que nada quiero agradecerte por tomarte el tiempo de colaborar en esta actividad y que nos abras la caja de tus recuerdos.

¿Como conociste a Mariela? ¿Qué momento de su vida estaba atravesando en ese momento?

-Bueno... A Mariela la conocí cuando yo tenía 15 años en la peatonal Rivadavia de Quilmes, en un paseo habitual hacia casa, yo siempre viví frente a la estación de Quilmes, en la torre Colón, cuando Quilmes todavía era barrio. Te estoy hablando del año 1996.

Cuando la conocí a Mariela recuerdo que le dije, "Mariela quiero viajar a Chile como viajaste vos", ella se ríó y me preguntó mi nombre, me dijo que era muy chica.

Mariela en ese momento estaba en el auge de su popularidad. Almorzaba en la mesa de Mirtha Legrand como una figura, en ese tiempo estaba dentro de la lucha por el tema de sus hijos, también presentando el DNI, lo que años después se transformó en ley, la ley de identidad de género.

Ella estaba luchando en ese momento en cada juzgado, en cada comedor. Ella siempre estuvo ayudando, tuvo una casa quinta en el Pato donde ayudaba a muchísima gente. También acá en Ezpeleta, su casa materna.

¿Qué podrías contarnos acerca de la lucha de Mariela para la obtención de su DNI?

Te puedo hablar del tema de su DNI que fue un juicio igual que el mío, de casi 3 años, recuerdo que compartimos abogada, Liliana Covello. Fue largo, porque nos mandaban, en esa época, al Hospital de Clínicas para que nos hagan estudios psicológicos, cromosómicos, hormonales, etcétera, etcétera. Exhortos al Hospital van Buren de Chile, donde nos habían operado. En fin, fue una lucha muy difícil, además, Mariela no sólo tenía a la “sociedad” en contra, sino que también tenía a la minoría travesti, incluso gay, en su contra, hasta hoy sucede que hay discriminación dentro de la misma comunidad.

¿Cómo fueron los últimos años de Mariela?

Bueno, los últimos años de Mariela fueron difíciles. Ella quedó como los grandes.

Los grandes se van en la pobreza, se van en el olvido. Bah, no sé si olvido es la palabra. Más en la sencillez. Mariela terminó sus años de vida en su casa materna, una casa muy precaria, pintada de rosa con un santito en la puerta, como las típicas casas antiguamente, junto a un hijo de corazón y su esposa que la cuidaban. Lamentablemente quedó en silla de ruedas y usando pañales en el último tiempo, pero estuvo aguerrida hasta su último momento. Yo la fui a ver una tarde y se acordaba de

temas espirituales y temas de muchos años atrás, lo recordaba. Grandes charlas hemos tenido.

¿Cuál creés que es legado de Mariela?

El legado de Mariela es el legado invisibilizado para el partido de Quilmes, y para la comunidad LGTBI+. Mariela fue pionera. El legado de Mariela fue la Ley de Identidad de Género, para mí ella fue la más antigua. En ese momento pagó fortuna por la cirugía en Chile, además teniendo que irse del país porque acá estaba caratulado como “lesiones gravísimas” si operaban a alguien en ese momento de la Argentina. Por suerte, hoy los médicos del hospital Gutiérrez están operando al igual que en el hospital de La Plata.

El legado de Mariela es que hoy las chicas travestis-transsexual tengan su DNI, y que también puedan adoptar.

¿Podrías sintetizar a Mariela en una sola palabra?

Mariela en una sola palabra. No voy a caer en cosas como “Mujer”, “Amor”, “Madre”, no, no, no. Mariela era fuerza.

Imaginate en ese momento, una mujer que había nacido varón, salir de la zafra de los ingenios de azúcar de sus padres, de allá de Tucumán, en aquellos momentos donde no había los vuelos de avión que hay ahora, no había el maquillaje que hay ahora, no había las tinturas, había pobreza, había necesidad de salir adelante, de luchar y camuflarse en la sociedad

Para mí Mariela es fuerza.

La paciencia de Graciana

Clara Fabiana Rey

CLARA FABIANA REY

Mi nombre es Clara Fabiana Rey, tengo 54 años, cuatro hijos y dos nietitos. Vivo en la ciudad de La Plata y soy estudiante de la carrera de Historia en la Universidad Nacional de La Plata. Empecé la Facultad siendo grande, pero convencida de que estudiar iba a cambiar mi vida, y así fue. No había pensado hasta ese momento qué carrera seguir y apareció en mi mente, súbitamente y por suerte, que estudiar Historia era una buena idea. Me llevó varios años pero, estando en el último tramo, estoy convencida que es mi gran vocación y que seguiré estudiando toda la vida. Cuando cursé una de las materias que trataba el tema de las masculinidades, tenía que realizar un trabajo y esto me llevó a Graciana, la mujer protagonista de mi ensayo. Trabajé en el Servicio Penitenciario y tuve la fortuna de poder formar parte del Archivo Histórico y Museo del Servicio Penitenciario de la provincia de Buenos Aires. Entre la documentación con la que cuenta este Archivo, estaba el expediente de Graciana, traspapelado en el legajo de otra mujer, como esperándome desde 1935. Su historia me sirvió para mostrar cómo la masculinidad hegemónica, inserta en la sociedad patriarcal, operó en ese momento a la hora de juzgar a Graciana, y más tarde para realizar el ensayo que presenté en este concurso. Por último, me gustaría contar que a la hora de elegir un seudónimo con el cual firmar el ensayo, elegí el nombre de mi abuela paterna, Clara López, en su homenaje.

DANIELA PILATTI

Ilustradora / @eva.cromática

Mi nombre es Eva Daniela Pilatti, soy diseñadora en comunicación visual e ilustradora. La lucha feminista, las películas y la música son los temas recurrentes en las imágenes que creo. Mi estilo está afianzándose luego de mucho experimentar con diferentes técnicas y colores, pero finalmente comprendí que la textura, los detalles y las paletas estridentes son lo mío, así como también una mirada irónica pero tierna de las cosas.



La paciencia de Graciana

En este trabajo, quise escribir sobre un caso particular, el de Graciana, una mujer que terminó presa por homicidio en la provincia de Buenos Aires en los años 30. Por mi trabajo como empleada en el Archivo Histórico del Servicio Penitenciario de la provincia de Buenos Aires, exploré durante años legajos de mujeres que por una razón u otra ingresaron a la cárcel de la ciudad de La Plata entre 1904 y 1970. Leer esas historias me hizo encontrar con esas mujeres que vivieron en el pasado y que tuvieron vidas plagadas de injusticia, malos tratos, carencias y, sobre todo, el peso de vivir en una sociedad plenamente patriarcal, donde sus derechos eran prácticamente nulos.

A comienzos del siglo XX, el Código Civil colocaba a la mujer casada en una posición de inferioridad jurídica, aún a un nivel más bajo que el de un menor. No tenía derecho a educarse ni a realizar actividades comerciales sin el consentimiento del marido, que era el único administrador de sus bienes¹.

1. Dora Barrancos. Mujeres en la sociedad argentina, una historia de cinco siglos. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007

Esos archivos son un universo de historias que merecen atención. Las características físicas están descriptas en una ficha que imagino completaba de forma rutinaria un empleado de policía: rubias, morochas, con la nariz así o asá, extranjeras o argentinas, oficios o trabajos (incluida como ocupación la prostitución). Pero en ninguno de los ítems habla sobre los padecimientos que ellas traían sobre sus espaldas. Puedo suponer que sentían miedo de lo que les deparaba, hartazgo de sus vidas castigadas. Tal vez, algunas sentirían alivio de alejarse de esos tormentos.

Entre los papeles que forman un legajo, que a partir de ese momento sería la documentación que habla de sus próximos años, encuentro notas que muestran el pase de una oficina a otra, del juzgado a la cárcel, de una burocracia de la que la mujer detenida no se entera. Triviales trámites que iban y venían mientras la protagonista de la historia se encontraba en su lúgubre celda en la cárcel que la alojaba. El legajo de Graciana carece de algunos datos, aunque presenta completa la causa judicial. Estos papeles amarillentos, escritos con máquina de escribir, con la frialdad de textos no pensados para conmover; sin embargo, me sensibilizaron. Me permitieron, también, imaginar el pasado de un modo vivo y acercarme a la vida de Graciana.

En 1931, junto con su hijo Beltrán, Graciana había comprado el hotel *Vasconia* emplazado en Navarro, provincia de Buenos Aires. Antes, ella había sido la cocinera del lugar por siete años, y siguió encargada de la misma tarea después de ad-

quirir la propiedad en sociedad con su hijo. Tal vez, Graciana viera coronada con esa posibilidad un gran sacrificio para una cocinera que lograba convertirse en propietaria, algo inusual en aquellos años. Es importante recordar que en ese momento y con la sanción de la ley de Derechos Civiles de la Mujer en 1926, la mujer casada podía ejercer una profesión u oficio y disponer libremente del producto de ese trabajo como así también administrar sus bienes adquiridos.

Pero esta Ley no consagró la capacidad civil plena. Las mujeres casadas seguían siendo consideradas sujetos con incapacidad jurídica, subordinadas a la representación legal del marido². Desconozco el estado civil de Graciana, pero estoy segura que adquirir con su trabajo el hotel, representó un gran logro teniendo en cuenta los escollos que seguramente por ser mujer se le presentaron en el camino.

Andrés era pensionista de ese hotel desde 1928. Desde que Graciana se convirtiera en dueña del hotel, había dejado de pagar la pensión. Ella comenzó a pedirle que le pagara lo que debía, ya que el atraso significaba una deuda cuantiosa. Andrés, al principio amablemente, le decía que le pagaría, pero con el tiempo y según se describe literalmente, “se sentía con derechos propios de estar sin pagar en el hotel”.

En ningún momento se menciona que Andrés incumpliera el pago cuando el dueño del hotel era un varón por lo que infiero que se consideró con ese derecho a partir de que la propiedad pasó a estar bajo la administración de Graciana. Es

2. Giordano, Veronica; De “ciudadanas incapaces” a sujetos de “igualdad de derechos”: Las transformaciones de los derechos civiles de las mujeres y del matrimonio en Argentina; Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales; *Sociedad*; 33; 5-2014; 1-20.

decir, él, como varón, comenzó a usufructuar los beneficios de serlo. Como diría Raewyn Connell³, la masculinidad hegemónica le permitió obtener un dividendo que sólo puede darse en una sociedad patriarcal. Andrés se impuso con una autoridad machista frente a Graciana que, por ser mujer, debía subordinarse a su antojo y alojarlo gratuitamente en su propiedad.

Andrés había entablado amistad con Beltrán por lo que, muchas veces, Graciana discutió con su hijo debido a que éste apañaba la actitud de Andrés anteponiendo su amistad a las quejas de su madre. En mis primeras lecturas, me resultaba chocante que el hijo forjara ese vínculo con alguien que se aprovechaba de su madre de ese modo. Tiempo después encontré claves para comprender esa situación en la obra de Connell. Imaginé a Beltrán como un varón subordinado a otro varón (Andrés) que era dominante. Andrés construía con Beltrán una relación de complicidad entre varones, una amistad que, para sostenerse, necesitaba tenerlo de su lado y enfrentarlo con Graciana. Es lo que otro autor que analiza la masculinidad, Michael Kimmel, considera como una forma de probanza para “que otros hombres admitan nuestra virilidad” a través de un supuesto acto heroico construido, la más de las veces, sobre la violencia. En este caso, la burla a una mujer que, siendo propietaria, no podía lograr cobrar la renta por la connivencia del deudor con su hijo, quien obviaba su propia pérdida económica como propietario y sublimaba su condición de tal para privilegiar la fraternidad como varones.

3. Connell, Raewyn [Robert] (1997). “La organización social de la masculinidad” en Valdés, T. y Olavarría, J. (Comps.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, n° 24, Isis Internacional, Santiago, Chile, pp. 77-89.

Con el tiempo, Andrés dejó de dirigirle la palabra a Graciana, ya no la saludaba y, además, comenzó a burlarse de ella. Es decir, a su “acto heroico” agregó la denigración de Graciana. Mientras tanto, seguía eludiendo su responsabilidad de pagar la pensión. Un día, mientras Andrés se lavaba la cara en la habitación que ocupaba, Graciana se asomó por la ventana y le pidió, con educación, que por favor le pagara algo de lo adeudado ya que ella estaba pasando por un mal momento económico y las deudas se le acumulaban. Recordemos que los años 30 fueron años de crisis económica y que, si bien hubo mayor crecimiento a mediados de siglo, sus beneficios alcanzaban a los sectores exportadores y del poder político. Graciana era propietaria, pero no estamos ante una mujer de posición acomodada. Evidentemente, ella había trabajado mucho hasta que pudo obtener dinero suficiente para comprar el hotel y seguía sacrificándose ya que, siendo la propietaria, era también la cocinera y realizaba quehaceres varios además de la responsabilidad de la administración que, por lo visto, recaía principalmente en ella, ya que su hijo no parecía haber compartido ningún compromiso laboral.

Si bien sus posibilidades económicas parecen mayores que las de Andrés, que no es propietario, el uso de la desigualdad de género evidencia que Andrés lograba eludir las inclemencias de su condición de clase. No parecía preocupado en explicar que no podía pagar o que él también atravesaba un mal momento. Su actitud era displicente e irresponsable. En efecto, aquella mañana, Graciana le explicó que necesitaba disponer del dinero para pagar un vencimiento con un proveedor. Andrés le contestó que “no tenía dinero y menos para ella”. Evi-

dentamente, con esa respuesta, Andrés daba a entender que no sentía ningún compromiso para con Graciana y consideraba casi molesto que ella le reclamara algo, como si esperara de la mujer una actitud de sumisión y que lo atendiera sin presentar ninguna queja. Así, impone su posición dominante y, como señala Juan Branz, materializa la masculinidad en las relaciones de género a través de prácticas corporales y en un lenguaje que necesariamente construye una otredad no masculina: otros varones y, por supuesto, otras mujeres.

Es fácil imaginar a Graciana abrumada por las deudas y sintiéndose sola. Cada vez que recurría a su hijo para proponerle sacar de la casa a Andrés, solo obtenía un rotundo no. El día 30 de enero de 1935, Graciana se levantó a las cinco de la mañana como todos los días para hacer los quehaceres de su hotel, el Vasconia. Pero una sombra pesaba sobre ella por la preocupación de que ese día vencía el plazo para cumplir con el pago a una firma comercial de Capital Federal con la que mantenía una deuda. No había podido conseguir que alguien le prestara el dinero, después de intentar en vano que Andrés le pagara una parte de la cuantiosa suma que le debía.

Llegado el mediodía, Graciana estaba en la cocina cuando vio a Andrés sentarse en la misma mesa que lo hacía todos los días en compañía de Beltrán, con quien compartía la comida a diario. El almuerzo se servía en el salón comedor del hotel, que me gusta imaginar de grandes dimensiones, con mesas y sillas de madera y piso de baldosas blancas y negras como otros hoteles de pueblo que todavía se conservan desde esa época. Además de Andrés y Beltrán, se encontraban en el salón comedor otros comensales que eran pensionistas del Vasconia.

El salón comedor y la cocina se comunicaban por una ventanilla por donde Graciana pasaba los platos de comida para que Enrique, el mozo, los distribuyera en las distintas mesas. Los comensales del hotel tenían esa opción, pedir un plato extra al que estaba establecido ese día. Graciana le había indicado a Enrique que le avisara si Andrés pedía un plato extra al del día. El mozo se acercó a la ventanilla con el pedido del plato extra de Andrés. Luego de escucharlo, Graciana se dirigió hacia la despensa con el fin de buscar fiambre para otro cliente. Ella no quería servirle otro plato, cuando ni siquiera pagaba por el primero. De camino, miró a Andrés que estaba en su mesa junto a la ventana. Él también la miró haciéndole un gesto con la cara, burlándose de ella. Al volver a la cocina, escuchó que el pensionista moroso decía “está lindo el puchero”, queriendo decir que se iba a servir más, frase que ella notó que decía con el propósito de “chocarla”, dijo Graciana en su declaración. Es decir, Andrés le imponía una nueva afrenta, con una confrontación burlona sobre una comida que él recibía como si hubiera pagado su pensión. El lenguaje y lo gestual aparecen, nuevamente, como símbolo para reivindicar su posición.

No obstante, Graciana siguió con sus tareas en la cocina y, al dirigirse a buscar cubiertos en un trinchante (mueble de comedor), encontró en uno de sus cajones un revolver propiedad del mozo Enrique, quien cada día lo dejaba allí al llegar. Desesperada, acorralada, humillada públicamente, a punto de perder aquellos bienes que tanto le habían costado, Graciana tomó el revolver con la intención de quitarse la vida. Pero al ver a Andrés, pensó que él era el culpable de que ella quisiera quitarse la vida y, fue entonces que perdió el control de sus

actos: fuera de sí, se dirigió a él, apretando el percutor varias veces (según la declaración literal de Graciana). Tal era su estado de alteración que no tuvo en cuenta que pudo haber matado a su hijo, sentado junto a Andrés. Después de matar a Andrés, Graciana intentó suicidarse, pero no tuvo valor y tiró el arma en una mesa del patio, quedando en ese lugar hasta que llegó la autoridad policial.

La paciencia de Graciana había llegado a su límite, luego de tres años de sufrir desprecio y denigración por parte de este hombre que mantuvo constantemente firme su posición de dominación, utilizando distintas formas de violencia para ejercerla y hasta confrontando al hijo con la madre.

Finalmente, Graciana fue condenada a diecisiete años de prisión. Después de estar bajo custodia de la policía, fue trasladada a la cárcel de mujeres de la ciudad de La Plata, ubicada en la localidad de Lisandro Olmos y bajo la dirección de las hermanas de la congregación religiosa Orden del Buen Pastor. La misión de esta congregación religiosa fue encauzar a Graciana, para que cuando volviera a insertarse en la sociedad lo hiciera ocupando el lugar que “Dios y la naturaleza” le habían otorgado como mujer: ocuparse de su hogar, de su trabajo; pero, fundamentalmente, adaptada a la vida de sumisión que la sociedad patriarcal le imponía. Las religiosas enseñaban a las internas tareas como lavar, planchar, tejer, bordar, con el objetivo de encontrar ocupación como empleadas domésticas, en el caso que necesiten trabajar fuera del hogar⁴.

4. Revista Descentrada, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, Volumen 3, 2019 <https://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/467>

El legajo, como fuente histórica, provee un hito a la historia de Graciana, pero no un fin pues sólo sabemos que cumplió su pena, pero no sabemos si murió antes de cumplirla, si salió en algún momento y qué hizo luego. Tampoco sabemos nada de su hijo ni de qué sucedió con el Vasconia.

El legajo permite analizar, sí, otras cuestiones. El funcionario escribiente consignó en documento: “Como vemos, la explicación dada por la prevenida no es admisible desde ningún punto de vista, y sí, en cambio, nos demuestra que se trata de un estado de animadversión hacia su cliente moroso”. Pero si así hubiera sido, esa animadversión venía patentemente ilustrada por la actitud violenta y denigratoria de Andrés para con la acusada que, y esto no se consignó, durante años debió sobrellevarla. Como explica Rita Segato⁵, la violencia emana de la relación entre dos ejes interconectados que forman un sistema único, un sistema cuyo equilibrio es inestable. En este sistema, el eje horizontal se desarrolla en torno a una concepción de contrato entre iguales y el eje vertical corresponde al mundo pre moderno de estamentos y castas. Carole Pateman⁶, nos habla del contrato sexual que ordena las relaciones entre categorías como el género, exhiben marcas de estatus diferenciados, una clasificación jerárquica que es construida y percibida como algo innato, imborrable. En el caso que estamos tratando, y siguiendo a las autoras, es evidente el desequilibrio que se produce en este sistema donde se aprecia que Andrés percibe a Graciana como el “otro” de un estatus inferior. Así la esfera del contrato y del

5. Segato, Rita (2003) “Los principios de la violencia” en *Las estructuras elementales de la violencia*. UNQ, Bernal, pp. 253

6. Pateman, Carole (1995) “Hacer un contrato”, en *El Contrato Sexual*, México, Anthopos/UAM

estatus se desequilibra produciendo una dinámica de violencia. Como dice Juan Branz⁷, retomando a La Cecla, al no poner en cuestión la masculinidad, el sistema judicial sigue sin ver lo que no quiere ver y, en este sentido, no había ingenuidad en tomar el punto de vista privilegiado del varón. Es decir, la masculinidad no puede dejar de analizarse dentro de una estructura más amplia como es el patriarcado en la que el juez, el escribiente, el sistema judicial en conjunto, estrechaban lazos patriarcales para hacer recaer una sentencia extensa y sin atenuantes sobre Graciana. A tal punto fue así que se negó veracidad a los dichos de ella como mujer pues se consideró que no era verdad que el pensionista se burlaba de ella porque, según él, si esto hubiera sido cierto, el hijo debería haber actuado en defensa de su madre y no lo había hecho. Obviamente estaba naturalizado que el vínculo entre la madre y el hijo era perfecto e indestructible. Una unión casi sagrada, donde era imposible esperar que el hijo rompiera, o no fuera leal a ese vínculo. Como expresa Marcela Nari⁸, las mujeres estaban maternalizadas, tenían un rol clave en la formación de las futuras generaciones. Debían ser madres abnegadas, esa era su misión natural.

Diversos autores hablan de un espectro de múltiples masculinidades, de distintas formas de ser varón. Pero evidentemente, en este caso, Beltrán privilegió la pertenencia a la cofradía masculina. La masculinidad dominante o hegemónica se caracteriza principalmente por la heterosexualidad, como un

mandato, junto con otras condiciones que el varón debía reunir como la dominación, el poder, la fuerza, el coraje y la virilidad. Estas prácticas debían ser aceptadas y legitimadas por el resto de los varones y mujeres⁹. Evidentemente, el juez tampoco tuvo en cuenta la humillación a la que fue sometida Graciana, naturalizando la actitud de Andrés para con ella y con Beltrán, quien también estuvo sometido al poder de la masculinidad hegemónica. Una reflexión desde el concepto de género hace ineludible el examen de la construcción social del género, pensado desde cómo ciertos binarismos (masculino-femenino, varón-mujer, etc.) lo atraviesan. Este es un caso testigo que nos permite captar no sólo el punto de vista de la masculinidad hegemónica desplegado por la justicia en contrapunto con los derechos marginales de Graciana, apenas una mujer.

Para finalizar, me parece importante contar que Graciana produjo en mí una sensación diferente, no fue solo un trabajo de investigación. Ella llegó de forma extraña a mí, su causa estaba ubicada en el legajo de otra interna, evidentemente por error administrativo de ese momento. Pero yo lo sentí como si quisiera que la encontrara. Como si Graciana, como tantas otras mujeres, pidieran que salga a la luz su historia. Seguramente hubo y hay muchas mujeres en la situación de Graciana. ¿Cómo actuaría yo en su lugar? No lo sé, pero si estoy segura que debemos acompañarlas, hacerlas visibles y sentir las cerca, como Graciana esta de mí.

7. Branz, Juan (2017). "Masculinidades y Ciencias Sociales: una relación (todavía) distante" en *Descentrada*. Revista Interdisciplinaria de Feminismos y Género, La Plata, recuperado de <http://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe006/8001>

8. Marcela María Alejandra Nari, *Maternidad, política y feminismo*

9. Kaufman Michael (1997). "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres" en <http://www.michaelkaufman.com/wp-content/uploads/2008/12/los-hombres-el-feminismo-y-las-experiencias-contradictorias-del-poder-entre-los-hombres.pdf>

BIBLIOGRAFIA

1- Branz, Juan (2017). "Masculinidades y Ciencias Sociales: una relación (todavía) distante" en *Descentrada. Revista Interdisciplinaria de Feminismos y Género*, La Plata.

2- Connell, Raewyn [Robert] (1997). "La organización social de la masculinidad" en Valdés, T. y Olavarría, J. (Comps.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, n° 24, Isis Internacional, Santiago, Chile, pp. 77-89.

3- Kimmel Michael (1997). "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina" en Valdés, T. y Olavarría, J. (Comps.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, n° 24, Isis Internacional, Santiago, Chile, pp. 49- 62

4- Kaufman Michael (1997). "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres", en Valdés, T. y Olavarría, J. (Comps.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, n° 24, Isis Internacional, Santiago, Chile, pp. 63-81

5- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000.

6- Giordano Verónica, De "ciudadanas incapaces" a sujetos de "igualdad de derechos". *Las transformaciones de los derechos civiles de las mujeres y del matrimonio en Argentina*.

7- Marcela María Alejandra Nari, *Maternidad, política y feminismo*, en *Historia de las Mujeres en la Argentina*, Tomo II, Siglo XX, Editorial Taurus, Buenos Aires, 2000

8-Pateman, Carole (1995) "Hacer un contrato", en *El Contrato Sexual*, México, Anthopos/UAM,

9-Segato, Rita (2003) "Los principios de la violencia" en *Las estructuras elementales de la violencia*. UNQ, Bernal.

Fuente: Archivo Histórico y Museo del Servicio Penitenciario de la provincia de Buenos Aires

Memorias de una longko

María Martina Arburu

MARÍA MARTINA ARBURU

Soy María Martina Arburu, tengo 20 años, soy oriunda de Bragado. Recibida en Guía de Turismo y Hotelería, ahora voy tras mi corazonada de niña: estudiar Paisajismo y Diseño de Exteriores.

Sueño con viajar por Argentina, perderme entre sus paisajes y contar las historias de vida de su gente a través de la fotografía, el bordado y las letras.

Mi pasión por investigar sobre el poncho me condujo hasta Liliana Inés Antimán, maestra del telar mapuche (witral) y logko de la Comunidad Hermanos Mapuches de Los Toldos. Ella dedicó su vida entera a educar y transmitir los saberes ancestrales de su pueblo, por los cuales siempre sintió un profundo orgullo.

El relato busca recomponer la esencia luminosa de Liliana a través de la historia que narra las vueltas de hilos en el telar, donde ella plasmó su espíritu.

BEA SALORT

Ilustradora / @bea.salort

Beatriz Salort nació en 1991 en Quilmes. Vive en Berazategui, Conurbano bonaerense, Argentina. Es cooperativista, editora de video, animadora y, recientemente, ilustradora. Estudió la carrera de Audiovisión con orientación en Post-producción de la imagen en la Universidad Nacional de Lanús. Trabaja desde el 2013 en la Cooperativa de Comunicación El Maizal.



Memorias de una longko

Homenaje a Liliana Inés Antimán

“El telar es el camino de la vida (...)”

Recomponer la esencia de Liliana es sumergirnos en la profundidad de su mirada, la sonrisa serena, mientras del largo cabello oscuro asoman delicadas piezas de plata con simbología mapuche. Sobre los hombros el poncho, la prenda insigne que acompañó el vaivén de sus días, cobijó un sin fin de anhelos y, resguardó esa esencia de mujer valiente y luminosa.

Todo comienza con la joven Sofía Antiman, bisabuela de Liliana, quien se aventuró en un largo viaje desde la zona de Araucaria, en el sur de Chile, hasta llegar a las mansas aguas de la laguna La Azotea, próxima a la localidad de Los Toldos.

La sabiduría ancestral y milenaria (kimün) fue transmitida generación tras generación; de Sofía a Bernardina Antiman, de ella a su hijo Martín Antimán, hasta alcanzar el corazón de la pequeña Liliana, quién se transformaría en la futura longko de la tribu.

Los hilos de su vida se acoplan a la urdimbre un 12 de diciembre del año 1958, fruto de la unión entre Adelina Suárez

y Martín Antimán. Viviendo muchos años en Capital Federal, alejada de su tierra natal, se escabulló espiritualmente en la cosmovisión mapuche gracias a los relatos (nütram) de Martín y su abuelo Manuel.

Poco a poco, fue cultivando su alma bajo el saber de una cultura centrada en el vínculo del ser humano (che) y la tierra (mapu), conectándose profundamente con la voráGINE de su pueblo: la vibración de las energías del cosmos, el respeto por la madre tierra (Ñuke Mapu) y la afirmación de la vida comunitaria.

Casi 40 años después emprende el retorno a Los Toldos, para compartir los últimos años de vida de sus padres. Por aquel entonces, Martín se encontraba fundando la Asociación Civil Comunidad Hermanos Mapuches de Los Toldos, una de las tribus descendientes de pueblos originarios más relevantes de la región.

Hacia el año 2001 la comunidad adquiere la Casa Cultural Ruka Kimun, donde se dictaron los primeros cursos con miras a la reivindicación identitaria de las manifestaciones culturales mapuches, como su lengua materna: mapuzungun y el arte del telar.

Las paredes de la ruka son testigos inexorables de la complicidad de Liliana con Mabel Pilquil, hija de Rafaela Lepiman, pionera del witrál en la comunidad. Ella fue su maestra (ñimife), quien le enseñó los secretos de todo un mundo de complejas técnicas, colores y símbolos que forman parte del legado cultural de su pueblo, y lo más importante, sus significados.

En la cultura mapuche el arte de tejer es una gracia ancestral propia de las mujeres donde pervive la génesis de esa

práctica. Ellas son las encargadas de abrigar a su gente, por ello confeccionan ponchos destinados a los caciques (longkos) y los mensajeros (werkenes).

Varios años después el taller queda en manos de Liliana, convirtiéndose en una gran maestra, enseñando con ese carisma único y una pizca de paciencia dedicada a cada una de sus alumnas y alumnos.

Hace apenas unos años crea el emprendimiento Kume Lalen, una cooperativa formada por varias familias de la comunidad que se dedican a la producción y comercialización de hilos compuestos por fibras naturales, teñidos con tintes orgánicos y tejidos artesanales en clave mapuche.

Su nombre Kume (bonita) Lalen (araña) está impregnado de esa voráGINE ancestral y milenaria que persiste en las abuelas (ñañas). Cuentan que la precursora del telar fue la araña madre y tejedora de la naturaleza (Lalen Kuze), cuya sabiduría y habilidad fue transmitida a una joven mujer (Üllche Domo), encargada de continuar con las enseñanzas y mantener esta tradición siempre presente¹.

Paralelamente participó mostrando sus obras de arte textil en muchas ferias artesanales realizadas a lo ancho y largo del país. También brindó numerosas capacitaciones y charlas orientadas a la revalorización del patrimonio intangible heredado de la sabiduría ancestral mapuche. La serie documental Paisanos, transmitida por la TV Pública Argentina, en el capítulo Tejedoras plasma ese increíble despliegue artístico donde

¹ Portal Info 360. (2020) Artesanías, leyendas y saberes de las comunidades originarias. <https://www.info360.net/noticias/artesantias-leyendas-y-saberes-de-las-comunidades-originarias/>. Consultado en agosto de 2020.

se la puede apreciar a Liliana inmersa en la profundidad de los hilos y el telar.

Hacia el año 2015 Liliana afronta la dolorosa pérdida de su padre. En ese momento Martín era la cabeza (longko) de la comunidad, ocupando un rol social, político y religioso históricamente reservado para el varón. Sin embargo, antes de marcharse manifestó el deseo de que Liliana ocupe su lugar. Desafiando los estereotipos se transformó en la primera mujer longko de su pueblo.

Durante los últimos años impulsó varios proyectos que se llevaron adelante, entre ellos el sueño de su padre, que la bandera mapuche (wenufoye) flamee junto a la argentina y a la bonaerense en la plaza principal del pueblo. La ceremonia histórica tuvo lugar el 24 de junio del 2017, coincidiendo con el Año Nuevo Mapuche (We Tripantu), día en que las fuerzas naturales (newen) de la tierra se renuevan.² El gesto interpretado en clave de integración y equidad, fue un verdadero reconocimiento a los primeros pobladores, una reafirmación de la identidad originaria. A partir de allí, un nuevo camino abrió paso hacia la construcción intercultural, la revisión histórica y la reivindicación de derechos.

Ella ansiaba que los niños crezcan viendo la bandera de su pueblo, que sepan de sus raíces mapuches, y florezca la verdadera identidad. Ese deseo ardiente la llevó a hacer de su vida una expresión visible de la resistencia ante el olvido, desde el lenguaje universal del amor.

2. Viamonte Digital. (2020). Año nuevo Mapuche "We Tripantu" a tres años del levantamiento de la "wenufoye".

Con sus manos curtidas tejió sin cesar el poncho de vida que cobija al pueblo mapuche, imitando los movimientos que repiten las mujeres desde siglos atrás.

Hace menos de un año, su espíritu (P ñ ll ñ) voló con todas sus fuerzas, tal cual las aves y las mariposas en dirección al cielo, hacia la tierra de arriba (Wenu Mapu) para reencontrarse con sus queridos antepasados (Alwe), desde donde hoy nos sigue acompañando. Pero antes de marcharse, compuso por última vez el vitral con aquellos hilos impregnados del inmenso legado cultural, para que sus hijos Giselle, Cinthia, Jennifer, Martín y David continúen cultivando el saber mapuche en las próximas generaciones.

Bienvenida puérpera

Cecilia Adriana Basílico

CECILIA ADRIANA BASÍLICO

Nací el 11 de diciembre de 1984. Vivo en Castelar, provincia de Buenos Aires. Soy actriz, improvisadora, clown y bailarina. Me formé desde muy niña con distintos maestros y maestras en el mundo de esas artes escénicas. A mis 19 años, descubrí la improvisación teatral. Por aquellos años empecé a escribir.

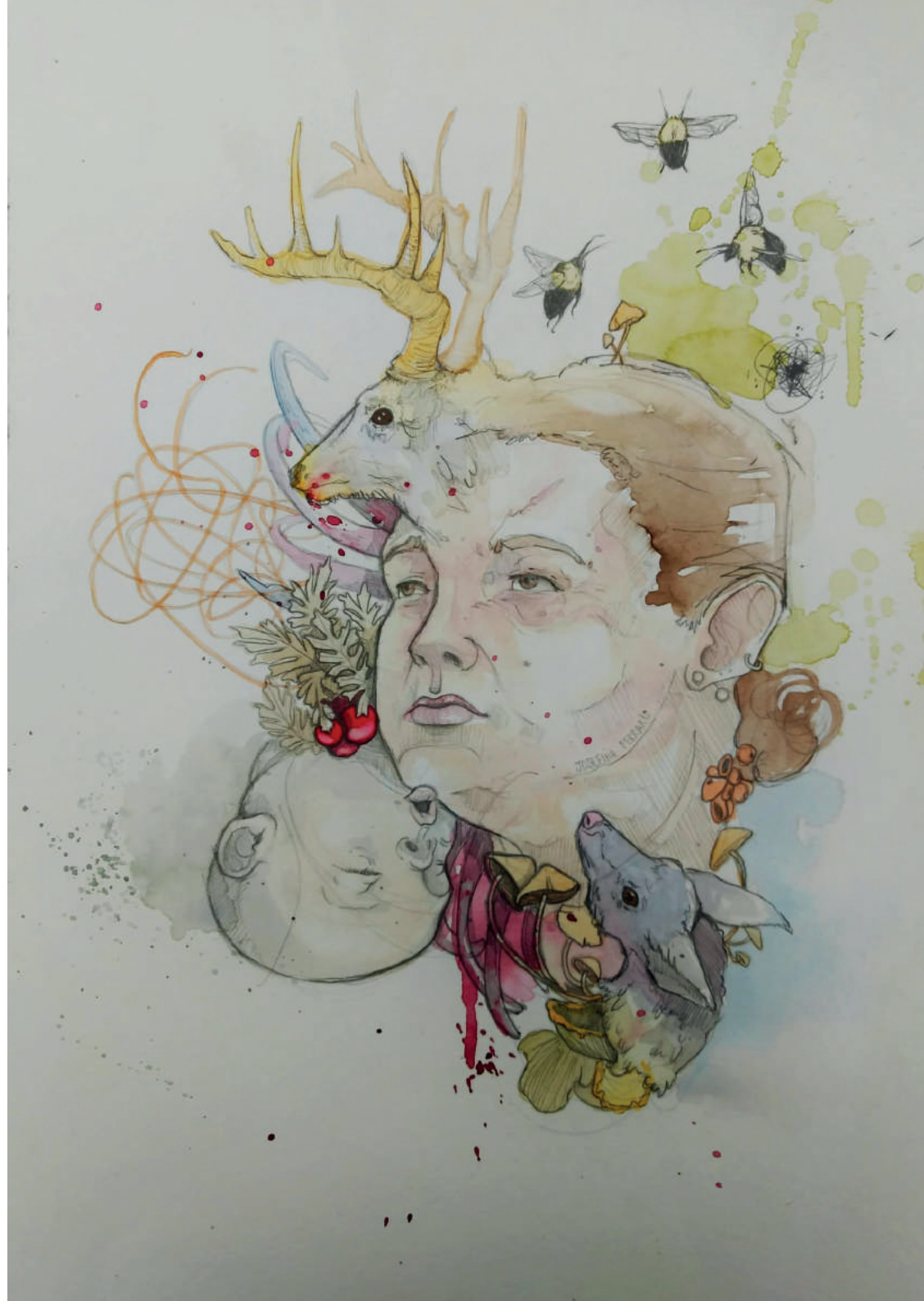
Cuando tenía veinte me deslumbró el mundo de las artes circenses de la mano de grandes amigos clowns y malabaristas. Esto me llevó a empezar a trabajar como payasa y actriz.

Cuando cumplí treinta años, tenía una gran panza que albergaba a mi primer hijo, quien nacería dos meses después. La maternidad fue muy deseada por mí, y al mismo tiempo muy idealizada. Imaginé un hermoso parto vaginal en mi casa, que no pudo ser. Por el contrario, la experiencia de parir y empezar a maternar se convirtió en desgarradora. Esto me llevo a escribir "Bienvenida puérpera". Si bien me basé en experiencias propias de aquella internación post parto, mi texto habla sobre muchas mujeres que han pasado por experiencias similares, y para quienes también el dolor ha dejado su marca. Me esperanza que lo que escribí, pueda ayudar a alguien a entender por qué cuesta tanto a veces reponerse de algunas experiencias, y por qué el acompañamiento y la empatía son tan necesarios. Me esperanza sanar.

JOSEFINA FERRARIS

Ilustradora / @josefinaferraris

Mi recorrido dibujando viene acompañándome desde muy chica, es sin ninguna duda una actividad que ha salvado mi vida, allí he encontrado un lugar seguro donde poder expresarme en este lenguaje distinto, que no puede ofrecer una respuesta concreta ni una devolución única. Preguntas más que respuestas y un gusto personal por transitar los bordes y las fronteras de las cosas.



Bienvenida puérpera

I

El ruido de la silla de ruedas sobre la que la arrastraban se mezclaba con los sonidos del bebé, que para ella sonaban igual de fuerte. Hacía unos 32 grados de sensación térmica en aquel pasillo. Ella no los sintió. Tampoco creyó sentir los 12 puntos con los que suturaron su vagina desgarrada, a pesar de que no usaron anestesia. No sabía que algunos dolores se sienten más con el tiempo. Solo oía el llanto constante y desesperado de su hijo, podía distinguirlo claramente de cualquier otro llanto. Pero no pensó nada por unos minutos. Si alguna vez escuchó hablar de aquello de “callar la mente” o detener el pensamiento. ¡Ese! Solo en ese momento en su vida reconoció el silencio. La paz y el silencio la invadieron. Dos días de trabajo de parto, transitarlo sin anestesia peridural. Esos minutos de paz fueron un regalo ancestral por volver a conectar con poderes dormidos.

Durante el embarazo leyó mucho sobre el parto. Amó el significado de “La hora sagrada”. Mamá y bebé no serían separados hasta por lo menos una hora después del nacimiento. Cualquier control neonatal que se creyera necesario podría esperar. El cordón seguiría conectando a la criatura con ese maravilloso órgano compartido, hasta que toda la sangre que quedara en él circulara llenando al nuevo ser. Mamá y bebé piel con piel reconociéndose. Según especialistas, esa hora de intimidad inicial marcaría muy positivamente al niño, favoreciendo su sistema inmune, favoreciendo la lactancia y sobre todo favoreciendo el vínculo.

Ella sintió la piel de su hijo unos 45 minutos después del parto, ya habiendo cumplido con los protocolos hospitalarios. Peso, talla, perímetro cefálico, ritmo cardíaco: anotados. Vacunas: otorgadas.

El pasillo tenía unos 60 metros. La pintura que recubría las paredes era de un celeste clarito. No era muy vieja, pero se podrían ver las marcas de los años. La pintura tomaba la forma de los huecos donde algún pedazo se había descascarado, o había algún clavo que ya no estaba.

Llegó a la “Sala de puerperio”, así lo decía un cartel impreso en una hoja A4 que estaba pegado con cinta de papel sobre la puerta vaivén enchapada en madera. Por suerte ya estaban juntos. Su bebé ahora lloraba sin parar, pero en sus brazos. Ahí volvió a pensar.

II

Me parece que este aire acondicionado del año del pedo, tiene el motor de una F100 y tengo la bendición de que se ubique justo encima de mi cama. La puta madre, qué ruido que hace. ¿Le molestará al bebé? Además, no sé quién fue el genio que ubicó esta cama y la de enfrente acá abajo, tan pegadas a la pared. El ángulo del fucking aire hace que solo haya fresco a partir de las camas siguientes. ¡Qué suerte del orto! ¡Gracias Bill Gates de los instaladores de aires acondicionados! ¿Qué mirás chabona? Yo tengo la concha cocida igual o más que vos, me subo a la cama a tratar de abrir el ventiluz. No sé si me mirás así porque crees que soy una loca, una boluda o una heroína que va a contribuir a que vos también te refresques, en el caso de que ocurriera el milagro de que por esa rendija entrara aire fresco.

¿Cuántas seremos acá? Creo que 50 mínimo, y si a eso le sumas una criatura por cada quien, sin tener en cuenta que puede haber partos múltiples, de mellizos, trillizos, hasta cuatrillizos, puede pasar, eso nos daría uno y pico más, o sea que vendríamos a ser mas de 100 personas en este pabellón.

¡Dios mío, qué hermoso ser! ¿Será que soy ególatra o es igual a mí posta? Qué tranquilo está ahora en esa cuna prestada. Pensar que yo me la pasé lavando a mano con jabón blanco, y planchando las sábanas para recibirlo en casa, en su cuna. Porque las bacterias esto y los gérmenes lo otro... Andá a saber si lavaron esas sabanitas.

La enfermera que le vino a cambiar el pañal que le habían puesto para absorber las pérdidas, tenía unos cincuentaypico. Estaba teñida de un rubio Susana-gimenezco conurbánico. Cuando se le acercó le hizo el cantito gastado: información de

protocolo. Le hizo acordar al tono que usan las maestras que leen en los actos. Era amable en la medida justa, se notaba que su alma estaba baqueteada por tantos años de servicio. Un labial color rosa barbie decoraba su sonrisa parcial.

Cuando vio que se había hecho pis encima, en el pañal que era para las pérdidas, la retó.

Vieja del orto. O no pariste nunca o te olvidaste. ¿Te parece que me encanta mearme encima? ¿Te crees que lo hago para sacarme una selfie al lado de mi charco de meo y subirla a Instagram? El pis me invadió, no lo pude controlar. Tengo las piernas manchadas con meo, sangre, líquido amniótico y un par de pelusas de las sábanas que seguro tampoco lavaron. Me siento la mujer más feliz del mundo. Te mandaré a la mierda. Si no me diera miedo por los puntos, haría fuerza para cagarme encima y que me tengas que limpiar.

Ahora tenía puesta la bombacha XL y un apósito post-parto. Le molestó la sonrisa que tenía la chica cuya foto estaba impresa en el paquete.

Era importante que se pudiera lavar la vagina, no solo por los puntos, si no para remover los coágulos y demases pos-parto. La idea de dejar solo a su bebé la inquietaba mucho. Eso también contribuyó a que se hiciera pis, prolongando ese momento de separación para ir al baño. El papá de la criatura no podía estar en la sala de puerperio, como tampoco ningún otro papá de ninguna otra criatura, ni ningún familiar de ninguna recién parida. Todas esas mujeres con cuerpos rotos, sangrantes y revolucionados se acompañaban en soledad.

Decidió ir a lavarse. Antes de decidirlo se dio cuenta de

que no podía elegir. O sea que no lo decidió. La distancia de su cama, que estaba en el fondo de la sala, hasta el baño que quedaba al lado de la entrada le pareció eterna. Sobre todo porque le dolía caminar, y dejar a su bebé entre extraños le producía todo lo opuesto a la tranquilidad. Cuando le tiraban los puntos, se imaginaba un paisaje bordado en punto cruz sobre su vagina. En él había una casita con humo que salía por la chimenea, con un pasto verde manzana rodeándola, y un camino gris con flores de colores alrededor que llevaba hasta ella.

Caminó con las ojotas puestas, le pareció que le quedaban enormes. Sus pies habían empezado a deshincharse con las horas transcurridas desde el parto. Cuando levantó la vista pudo ver a una mamá amasándose los pechos, como si estuviera preparando una receta tradicional para su hijo. Tenía pezones grandes y oscuros. Le sonrió mientras continuaba con su labor. Se cruzó con un enfermero que no había visto antes, quizá habían cambiado de turno. Parecía a simple vista alguien con vocación. Quizá era porque tenía un sombrero de enfermero hecho con una tela con dibujitos infantiles. Parecía hecho por alguna tía con amor, o quizá fue comprado en el Once. Pero en él otorgaba calidez. Aunque quizá era flor de hijo de yuta. Tenía una amplia sonrisa, se veía un poco más sincera que la de la falsa Susana Gimenez. Le faltaba el primer premolar visible de su derecha. Era morochón y grandote.

Llegó al baño. Recordó las indicaciones recibidas: “vas a ver una jarra, la llenás con agua y le ponés un chorro de Pervinox, con eso te higienizás...”

Al entrar al baño creyó que el cóctel hormonal que había en su cuerpo le estaba haciendo ver visiones. Sobre la mesada

de granito gris y negro había una jarra. “La jarra”. “Esa” jarra.

*Jarra que fuiste limpia y transparente
Tu cuerpo de plástico no miente, ahora eres diferente
Eres la jarra del pueblo, limpiadora vaginal
Marginal
Dios se ha olvidado de pasar por el bazar
Para poderte jubilar,
y que jarras nuevas
Nos vengan a limpiar*

*Oh jarra! Oh jarra!
Aquí no estamos de farra,
Te hemos de usar
Solo con valentía y garra*

No se sorprendió cuando vio la solución iodada en una botella que originalmente contenía agua mineral “Sierra de los Padres”.

Lo que es el frasco a los bares de Palermo, lo es esta botella a esta maternidad conurbana. Esta jarra retro-botella rellena es eco friendly.

Notar que la jarra tenía escrito con fibrón negro indeleble, a mano alzada y veloz la palabra “Puerperio” le pareció sublime, arte puro. Tiempo después se arrepentiría profundamente por no haberla fotografiado.

¿Dónde está la National Geographic cuando se la necesita? Llegó a sonreír mirando la jarra.

Se quedó parada frente a ella por tiempo indeterminado. La dejó de mirar, se miró de nuevo las chancletas negras. Le

costó creer que, indirectamente esos objetos estarían en contacto con su vagina. Que esos líquidos que salieran de adentro de la botella, que se mezclarían en la jarra, ahora recorrerían su herida, sus pliegues.

Acá debería estar una influencer mostrando tres ideas lindas y fáciles de hacer para decorar vos misma tu jarra de puerperio y compartirla con tus desconocidas amigas de pabellón:

1- Imprimir una foto de vos y tu panza de embarazada, teniendo en cuenta que no supere el tamaño de la jarra, y fijarla a la jarra cubriéndola por completo con cinta de embalar transparente para protegerla del agua, el iodo y posibles coágulos traviesos que la salpiquen.

2- Con fibrones indelebles de distintos colores, escribir en tamaño entre chico y mediano los nombres de bebé que habían pensado para tu hijo. Finalmente, escribir en un tamaño entre grande y extra grande el nombre que fue elegido. Una linda variante es escribir los nombres de la familia alrededor del bebé.

3- Forrar con papel de diario, repitiendo el procedimiento de la cinta de embalar. El diario le da un toque canchero, y lo podés completar escribiendo alguna frase como “Keep calm and wash your pussy.”

Es una linda actividad para compartir en familia y con los más chiquitos que esperan la llegada del nuevo integrante.

Tomó la jarra, vació el fondito de mezcla desinfectante que le quedaba. ¿Quién habría sido la última en usarla?

Abrió la canilla, la llenó hasta un cuarto aproximadamente, la movió en sentido horario para formar el remolino

que ayudaría a limpiarla. Cuando cerró la canilla notó que estaba falseada, seguía girando y girando sin poder apretar más que lo justo. Le tiró un chorro de iodo puro con la esperanza de que hiciera su gracia contra-bacterias. De nuevo la giró y vació. Miró adentro, parecía bien. La llenó hasta la mitad, le agregó a ojo un chorro de iodo. Se vio en el espejo, unas gotas de la mezcla le habían manchado el camisón amarillo. Por lo menos el marrón combina. Estaba lista para el aseo. Se inclinó sobre el inodoro. No pudo evitar ver las manchas rojas sobre la loza blanca.

Al lado de su pierna, a unos 15 centímetros, había un tacho de basura repleto. Parecía un collage de apósitos, gasas y envoltorios. Si se miraba bien, algunas manchas tenían formas de cosas, como una que parecía la cabeza de una loba que aullaba, de perfil y sin sonido. Con delicadeza empezó a bajarse la bombacha. Ya tenía la parte de abajo del camisón hecha un acordeón que sostenía con la mano que no bajaba la bombacha. Se estaba reencontrando visualmente con su vagina después de meses. No eran las mismas, les costó reconocerse. Pishar le hizo arder, aunque no tanto como imaginaba. ¿Sería que el sabio organismo segregó algún anestésico vaginal? Con la mano que había bajado la bombacha agarró la jarra que había apoyado en el piso. Se aseó. Una sonrisa agridulce se le dibujó.

Cuando volvió a la sala se sintió parte de la manada, como si hubiera sido bautizada.

III

Lo miró. Sintió cómo se le agallinaba cada milímetro de la piel. Sus vertebras eran como teclas de un piano que produ-

cían una melodía instantánea de abajo hacia arriba. Pudo ver como se le movían algunos pelitos que estaban sobre la molle-
ra que latía. Le impresionó un poco. En sus manos diminutas, unos largos dedos con uñas de guitarrero. Tenía sobre el dorso vestigios de la película que lo recubrió adentro de la panza.

Le parecía increíble que ese ser tan perfecto, unas horas antes hubiera estado adentro suyo. Y unos meses antes embrión, cigoto, óvulo y esperma. No pudo controlar lagrimales. Su oxitocina estaba por las estrellas.

Cómo es posible sentir tanto amor de golpe. Cómo es posible sentirse tan frágil a la vez. Soy como una tigresa de cristal.

Sabía que era fundamental concentrarse en la lactancia.

“Concentrate en la lactancia” me decís, y parecés mi sparring sosteniéndome en el rincón. Mis piernas manchadas de nuestra sangre pueden dar crédito de la batalla. La vida me trajo muerte, la necesaria para renacer.

No era la primera vez que acercaba a su bebé a su pecho. Su boca diminuta se agarraba con fuerza, mientras interpretaba los movimientos que le dictaban sus células. Adivinaban mamá y bebé el arte de lactar. El canal de información estaba abierto, el universo mismo les conversaba sobre el cómo. Concentrarse en la lactancia fue su meditación activa, un escape a algo de intimidación entre tanta gente puérpera, tantos neonatos, personal hospitalario y luces que no quisiera haber encendido. Observaba en detalle a este ser mientras teteaba. Todavía tenía

esa pelusa sobre los hombros. Descubrió una ve corta morada que él tenía en su frente, justo en el medio de los ojos. Cada tanto entreabría los párpados y se veía el gris oscuro, perdido todavía, reconociendo. Escuchó una voz no-puérpera. Es que en su estado podía reconocer claramente el tono de una colega de pabellón. Había en esas voces un cansancio imposible de disfrazar. Tampoco era la voz de ninguna de las enfermeras. Ya hasta creía saber los nombres de todas ellas, pero se olvidó. Era una alguien que venía a asesorar sobre lactancia. Ella pensó que se llamaba Estella. Parecía una Estella (El nombre “Estella” le remite a alguien fuerte, con personalidad y cuerpo robustos). Era morocha, de ambo blanco con ese olor que resulta de haberlo lavado con agua, lavandina y planchado con apresto. Su pelo era grueso, parecía pelo de pubis al que le pusieron un poco de dedicación. Su voz se iba acercando de a poco. Ella escuchaba desde la última cama del pabellón.

“¿Cómo venimos con la teta mamita?”, pudo distinguir en su discurso.

- “Número 1276”. ¡Acá, acá lo tengo! Buenas tardes, vengo a sacar mi nuevo DNI. Desde este momento soy, y me llamo “Mamita”, nombre y apellido. Vine con mis cincuentaipico nuevas y desconocidas amigas que se llaman igualito a mí. ¿No es una hermosa coincidencia amis? ¡Estaremos unidas para siempre! En los cumpleaños de los chiquis, que seguro serán uno de los escasos encuentros que tengamos en años, podremos contarles a nuestros hombres esta hermosa anécdota, coincidencia que el cosmos nos supo regalar. Además, podremos charlar hasta quedarnos dormidas sentadas: de que nuestros hijos esto, nuestros hijos lo otro. ¿No es maravilloso?

Ser una “mamita” es mejor que ser un número. ¿Lo es? Vamos, ¿de qué te quejás? ¡Ahora sí! Estoy realizada como mujer. Soy una mamita. Un genérico amontonado junto a otros genéricos. Pastillas prescritas por una sociedad que necesita seguir fabricando consumidores. Mamitas, mamitas, mamitas. “Mamiiiiitaaa”, que sale de la boca de un obrero que quiere ser el macho alfa del fratacho frente a sus congéneres que lo observan festejantes desde el andamio. Así él conseguirá un lugar privilegiado en la mezcladora. Hombre que se enfrenta a la máquina-objeto y desea rellenarla a su antojo.

Estella se le acercó y repitió su pregunta automática. Ella contestó que creía que iba bien. No se fiaba de su intuición. Sin preguntar, ni decir nada, en los dos segundos siguientes Estella tenía sus manos en la cara del bebé y su pecho. “Bajamos mentoncito con este dedo, así, ofrecemos pezón pleno, y ahí va. Se tiene que prender de la areola, si te agarra la puntita sola del pezón, te va a lastimar mamita. Fijate que tenga los labios así, tipo pescadito, bien bien para afuera, porque si no puede ser que esté tragando mucho aire y que esté comiendo poco, ¿si mamita?”

Me encantaría decirte que esto me parece haberlo visto en un documental, ese de la fábrica de Henry Ford, el que inventó la línea de producción. Los ruidos que hay acá bien podrían ser aquellos de la fábrica (el aire-F100 ayuda mucho). “Fábrica de Mamitas SRL” Fshhhumm chack chack entra parturienta chujuuuuuuuuu colocar en posición decúbito supino akakakakak ponemos goteo fas fas fas forzando dilatación en 3, 2, 1 dilatación completa cuuuuuuccuuuuuuuuuu (si-reña) maniobra estilo luchador de lucha libre para acomodar al niño,

maniobra realizada, niño coronando, episiotomía industrial realizada ushushushush sale criatura aaaahhh ahhh ahhhh cortadora de cordón fack pasaje del niño al sector de controles y pericias clockclockclock. 30 minutos desde el ingreso, ya la placenta ha sido extraída y mandada a laboratorio. Mamita nueva lista se lleva a depósito con su necesaria cría.

¡Pero me tengo que concentrar en la lactancia! ¡Soy en ese caso la máquina lechera que cumple con las normas ISO que se te ocurran! Soy perfecta, aunque no confíe en mi instructivo del todo, me enseñaron así. Ayúdame a no creer que no voy a poder cumplir mi tarea de hembra ancestral, y que tanta maravilla será reemplazada por una estúpida mezcla de polvos industriales que no tienen ni un pelo de Heidi. Teta escudo protégenos, conéctanos. Tétita de mamita, sé vos. ¡Me encantaría decirte tanto Estella! Me hubieras dicho, aunque sea un “permiso mamita”. Pero no puedo decir. Creo que es por las hormonas. “Pezón pleno”, parecés la promotora de una pantalla solar especialmente fabricada para tetas, que solo existiría en la galaxia en la cual pudiéramos andar “en cuero” como los hombres, sin que nuestras tetas comercializadas y esclavas sean señaladas como libertinas que se han fugado de las tapas de revista y televisión, y deben ser castigadas por tal agravio a los usos y costumbres del buen vivir.

Resultó el consejo del pezón pleno, finalmente útil. Le dio cierta confianza que le había sido arrebatada.

Una confianza muy intermitente. Una confianza que en uno de sus apagoncitos, hizo que le confesara a Estella que no sabía si le bajaba leche, o si era sólo calostro. “Mostrame mamita”, dijo refiriéndose a la teta de la que no estaba tomando el pichón. Se sintió más allá de todo, ya sin ganas de gastar la poca energía que le quedaba en intentar exteriorizar cuestio-

namientos sobre maneras y métodos. Sintió que debía acatar, que así era todo más fácil, y al fin y al cabo por algo sería. Se bajó el bretel del camión dejando salir su fuentecita quizá láctea. Cuando la supuesta Estella le apretó la teta izquierda, con cuatro dedos bajando de la axila hasta cerca del pezón, se sorprendió mucho al ver brotar un chorro blanquísimo. Y cambiando a la criatura de teta, repitió el procedimiento con la teta derecha, ¡y lo mismo! Qué blancura brotante tranquilizadora. Misión cumplida. La producción era óptima. “¿Te parece que no tenés leche?”, coronó Estella irónica y picaresca. Ella solo esbozó una tímida sonrisa de aceptación. Se relajó al saberse mamífera consagrada. Al rato, el sueño por fin le regaló unos instantes de calma.

IV

Sus 48 horas de internación post-parto pasaron de repente, tan lentas y tan en carne viva que todo era confuso. Al abrir los ojos vio un papel sobre la mesa de luz. El papel temblaba un poco por el aire acondicionado que le pegaba inútil. Él sí tuvo la gracia de recibir su roce. El alta. Según decía el protocolo médico, según las observaciones genéricas recibidas, según los libros, ella estaba apta para salir al mundo. Así, recién nacida. Así de rota.

Hace 32 grados, había una silla de ruedas, hay una MUJER y... hay un bebé. Hay una madre, una MUJER MADRE. Empezó el puerperio.

Resurgiendo de las cenizas

Mayra Benítez

MAYRA BENÍTEZ

Soy Mayra Benítez, nací en Lomas de Zamora el 3 de mayo de 1987. Actualmente vivo en el partido La Matanza, González Cacán.

Terminé el secundario, e hice una diplomatura de operadora en abordajes de las violencias y políticas públicas; participé de muchos talleres con perspectiva de género y derechos humanos.

Mi trabajo es en el territorio, acompañando, asesorando e informando a las mujeres del barrio en situaciones de violencias por motivos de género.

Estaba destinada a seguir con los patrones estereotipados de las mujeres de la familia, hogar, hijos, servicio al varón; un día me pregunté dónde quedaban mis sueños, mis proyectos, las ganas que tenía de estudiar, formarme, pensar que podía construir otra realidad para mi vida. Comencé a buscar otras alternativas. Fue un proceso largo, duro y doloroso que significó quedar afuera del clan. Pero encontré sostén en otras compañeras. Por eso digo siempre: la salida es colectiva.

ANTONELA DI VRUNO

Ilustradora / @anto.dibujando

“DIVRUNA”. Arqueóloga. Dibujanta.

Desde hace más de 20 años estoy en gestión pública de DDHH, en particular en Espacios de Memoria. Iniciados los años 90 comencé a ser parte de equipos de investigación arqueológicos. Estudié en la Universidad de Buenos Aires. Dibujo desde siempre, crecí en medio de los talleres de mis viejos -artistas visuales- entre pinceles, telas, oleos, esculturas, dibujos, monocopias, gubias y libros. Milito por un país con más derechos, por un proyecto plurinacional, popular, democrático, soberano y transfeminista. Soy de Morón y tengo 49 años.



Resurgiendo de las cenizas

Nunca pensé que podría estar escribiendo esta historia. Pero hoy me encuentro con la oportunidad de hacerlo, y gracias a la experiencia tan dura que pasé, me animo porque quizás hay otras mujeres a las que le sucede lo mismo y está bueno saber que hay otra alternativa y no nos merecemos vivir en situaciones de violencia y vulnerabilidad. Eso nos hace creer el sistema capitalista y patriarcal.

Siempre digo que mi madre me dio la vida y mi hermana la oportunidad de vivir.

Cosas que me marcaron en mi infancia fueron la muerte de mi madre, y el abuso que sufrí por parte de un pariente. La adolescencia fue marcada por violencia, injusticias, cosas como de eso no se habla (sexo) y algunas aventuras muy buenas y divertidas con amigas. A pesar de esas experiencias nunca me gustó estar en el papel de víctima, ya que todo el mundo me ponía allí, por mi historia. Pero nunca hacían nada. Era más cómodo pensar así y no hacer nada.

Cuando fui adulta no cambiaron mucho las cosas, los días transcurrían, trabajaba muchas horas y me pagaban poquito pero siempre pensé en juntar plata para irme y poder tener mi espacio, para que no me humillaran más y no ser esclava de todos en la casa que vivía. Siempre me recordaban: “No es tu casa, si no te gusta te podés ir”. Sabían que no tenía ningún lugar para irme.

A los 22 años conozco una persona que me escuchaba, salíamos a tomar algo, nos divertíamos bastante, me endulzó tanto que terminé estando con él con tal de irme de donde estaba. Me creí todas las mentiras que me dijo, me quedé embarazada, en ese momento elegí el mal menor o eso era lo que yo creía en ese momento. Fue un huracán de sentimientos y preguntas que me hacía mi familia, y yo no sabía qué responder. No estaba preparada para todo lo que me iba a pasar y muchos menos para ser mamá.

En el embarazo la pasé muy mal, no comía, no dormía, andaba de un lado para el otro y encima este hombre maltratándome, humillándome todos los días, era el mismísimo infierno. Cuando nació mi hija pensé que iba a cambiar, que me iba a tratar mejor. Ese pensamiento que tenemos las mujeres de que podemos hacer que cambie el violento, qué ilusa. Sin embargo con la llegada de Tiara empeoró todo. Iba de un lado para el otro porque no me dejaba trabajar y él tampoco trabajaba, vivíamos de sus padres. Un día se puso muy borracho y me echó de la casa con mi hija. Hacía mucho frío y terminé pasando casi toda la noche en una plaza con mi bebé hasta que me fui a la casa de una amiga. Fue muy doloroso, pero estaba tan sola que no sabía a quién recurrir; todos me juzgaban y me retaban y yo

estaba cansada de eso. Me quería matar. Lo único que me daba fuerza era mi bebé.

Llega la primera cachetada, y después me dice: es tu culpa, vos me hacés poner así, si hicieras las cosas bien esto no pasaba, pero te prometo que no va a volver a pasar, perdóname, yo voy a cambiar. Un tiempo después quedo embarazada de mi segundo bebé. No me dejaba cuidarme porque decía que si lo hacía era porque estaba con otro tipo, que lo engañaba, que solo se cuidan las putas baratas. Cuando le doy la noticia que estoy embarazada me dice cómo puede ser, no lo puedes tener, y ahí empezó a llevarme por todos lados para que interrumpa el embarazo. Me obligó a tomar pastillas, me hizo que tomara té de orégano y perejil, hasta me quiso dar una inyección de no sé qué pero no lo dejé. Fue para peor porque no me dejaba comer, no me dejaba dormir, no me dejaba hablar con nadie y no me dejaba salir, hasta me decía que el bebé no era de él, que seguro era del vecino.

Me sentía tan débil, con tanto miedo, tan sola, tan sin autoestima que me preguntaba para qué vivía si no le encontraba sentido a nada.

Hasta que un día me llama mi hermana y me dice si no quería ir a vivir con ella. Nos fuimos a vivir allá, pensé que como era la casa de mi hermana se iban a calmar las cosas, pero todo seguía igual, yo me aguantaba todo para que mi hermana no se preocupara o lo echara de la casa a él, pero ella siempre firme esperando que yo tomara la decisión para tener una vida mejor. Nació Isaías, y eso me dio fuerza para tomar la decisión de separarme pero él no la aceptó. Un día vino borracho y armado, me arrastró por el comedor, me encerró en el baño

mientras los chicos dormían y me empezó a dar piñas. Logré pasar por debajo de las piernas de él y fui a pedir ayuda. Los policías vinieron a sacarlo y cuando llegamos tenía a los dos chicos despiertos en sus piernas. No se quería ir. Cuando lograron que se fuera me quedé con miedo pero tranquila porque había hecho lo correcto, de otro modo no estaría escribiendo estas líneas.

Ahí es cuando arranca el principio del fin, empiezo con la denuncia, los abogados y los psicólogos; era todo muy agotador, pero sabía que mis hijos iban a estar bien y por fin no iban a estar en un hogar lleno de violencia. En un momento ingreso al programa Ellas Hacen, el cual durante años me empoderó, aprendí que tenía derechos y que era una persona, conocí gente maravillosa que me enseñó muchas cosas y otras que prefiero olvidar.

Hasta me dio la posibilidad de estudiar y recibirme de Operadora en Políticas de Género y Abordajes de las Violencias, de ese modo pude ayudar a otras mujeres en situaciones de vulnerabilidad.

En el presente tengo mi propio espacio con mis hijos y con mi compañero de vida somos una gran manada muy feliz. Fue un proceso largo y cansador pero con acompañamiento y afecto pude salir adelante. Ahora estoy empoderada y con mucha firmeza para hacer respetar mis derechos aquellos que fueron vulnerados, violados y arrebatados.

Tratando de darle una vida sin violencia a mis hijos.

Lluvia de naranjas

María Belén Cano

MARÍA BELÉN CANO

Soy periodista. Trabajé nueve años en el diario El Atlántico de Mar del Plata, donde nací y elijo vivir. Luego del gerenciamiento de la empresa, fui cofundadora del diario digital cooperativo “Qué, periodismo en la calle”. Desde hace más de seis años trabajo como comunicadora dentro del Ministerio Público Fiscal de la Nación.

Tenía 21 años cuando viajé en 2006 a Jujuy para cubrir mi primer Encuentro Nacional de Mujeres: allí supe que la mirada social que ya tenía del periodismo, debía estar atravesada indisolublemente por una mirada de género. En 2009 en mi ciudad se dio una lucha por la vivienda digna. Vecinas y vecinos del barrio Pueyrredón que se organizaron y se hicieron llamar “Los sin techo”, estaban cansadas y cansados de vivir con el agua a la rodilla cada vez que llovía. Tomaron un predio, sufrieron un violento desalojo y conquistaron luego la entrega de tierras, donde ellos y ellas construyeron sus viviendas, y edificaron también sentido de comunidad. Quien desde un primer momento se erigió como líder de la organización fue Adriana Merelas, mujer todoterreno y madre de seis hijos y cuatro hijas.

Su historia fue parte de las crónicas de los diarios y los canales de televisión del momento. Para que no quede anclada en ese pasado cercano, para que la figura de Adriana pueda ser valorada en su singularidad y enlazada con sus vecinas, como motor fundamental de esta lucha, es que la elegí para este “Ellas no fueron contadas”, que fue un gran desafío.

PENÉLOPE MARIEN CHAUVIÉ

Ilustradora / @lopeloch

Soy Penélope Chauvié, tengo 31 años, nací en Bahía Blanca y viví allí hasta que me fui a estudiar a Buenos Aires. En 2015 me recibí de Diseñadora Textil en la UBA.

Hace cinco años que vivo en La Plata y siete que realizo talleres y cursos de ilustración. Trabajo para medios gráficos dibujando notas y portadas, escribo e ilustro cuentos infantiles, hago ilustración aplicada a producto y a imagen de marca y también realizo obras ilustradas a pedido.



Lluvia de naranjas

Lo recuerda como el invierno más frío. Las lluvias en el barrio Pueyrredon eran sinónimo de arroyo desbordado y agua y mierda hasta las rodillas. Colchones, ropa y zapatillas, algún que otro mueble: se perdía todo lo poco que había. Era una noche cerrada y el viento marplatense tornaba todo más tedioso a cada paso. Otra crecida del arroyo Las Chacras, que pasaba a metro y medio de sus casas, ponía a Adriana y a sus vecinas en plan de salvaguardarse. Levantaban lo que podían, mientras sus hijos e hijas despertaban con el chapoteo de sus pasos desesperados. Esa noche fue en busca de un niño de once años que ya acarrea problemas de salud y no reaccionaba por el nivel de congelamiento que tenía su cuerpo. Lo llevaron hasta el hospital, pero murió. Y podría haberse evitado.

Adriana rezó para poder ingresar al predio sin complicaciones. Los ojos cerrados y la intención al cielo. Apretones de manos, sonrisas tensas y respiraciones aceleradas. Eran los ins-

tantes previos a la toma. Hubo tiempo para reunirse en su casa y pedir, más allá de los credos, que todo saliera según lo planificado en tantas horas de reuniones. Algunos otros compañeros esperaban afuera, su Dios estaba depositado en la organización, que ya insinuaba un cuerpo propio.

La adrenalina de la mañana del 15 de enero de 2009 la obligaba a prender un cigarrillo atrás de otro. Los paquetes de Phillip Morris duraban apenas unas horas. La santiagueña que no es –porque así lo dice su documento, pero Adriana nació en San Justo–, la mamá de seis hijos y cuatro hijas, la mujer que empezó a hacer por el otro y la otra desde su adolescencia, la obrera del pescado explotada por patrones inescrupulosos y un Estado que nunca metió sus narices en la precarización de las plantas clandestinas, era la voz más escuchada en el barrio Pueyrredon.

El plan era tan osado como urgente: tomar un predio de viviendas cuya construcción había quedado trunca desde hacía casi dos años.

Adriana, sus vecinas Gladys, Mónica, Marta, Estela, y otras familias con quienes se encontraban en la desgracia de las inundaciones crónicas, habían pedido a la Municipalidad que se limpie el arroyo Las Chacras. En su mal cauce y poca profundidad estaba la razón por la que tenían que caminar noches enteras con agua dentro de sus casas, muertas de frío, con cuatro-cinco-siete niños y niñas que abrigar. La sordera del Gobierno de turno las llevó a pensar nuevas formas de pedir vivir dignamente, “como seres humanos”, decían entonces. Adriana confiaba en quienes estaban a su lado, en sus compañeros y compañeras.

Y espalda con espalda se movía con sus vecinas. No hubo diferencia que las distancie; se sabían incondicionales. Compartían barrio desde hacía más de 20 años y fueron la base de la construcción que se consolidó en el Pueyrredon. Madres solteras de hijas e hijos varios, paraban la olla en conjunto: una ponía las papas, estaba quien llevaba el aceite, la otra algunas alitas de pollo para enriquecer el guiso. Gladys le ponía magia a la vida; metía baile cada vez que encontraba la oportunidad.

Hubo un primer ensayo de rebelión. En la Semana Santa del 2008, mientras turistas y marplatenses con licencia disfrutaban las rabas y cornalitos que se fríen frescos en el puerto, se gestó la primera acción del grupo de vecinas y vecinos del Pueyrredon. Sólo duró una noche. Adriana entonces trabajaba como envasadora en una planta de pescado. La precariedad laboral la condenaba a su casita del barrio Pueyrredon. Las paredes sin revocar filtraban el frío del invierno. La mayoría de los niños del barrio sufrían EPOC, pero no había posibilidad de nebulizaciones sin nebulizador. Y las inundaciones no sólo estropeaban lo poco que se podía reunir, sino que empeoraban los cuadros de salud.

Sólo se llevaron promesas que nunca se cumplieron, porque las viviendas se daban a cuenta gotas y dividían familias por distintos barrios. Pero lo que pudo leerse de reojo como una derrota, significó más organización. A Adriana la escuchaban. Ella aprendió de leyes y derechos, y las asambleas eran cajas de resonancia. Cigarrillo en mano y cartera bandolera cruzada sobre el pecho, ella hablaba, y destilaba alegría y contagiaba coraje.

El 15 de enero de 2009 la confianza estaba afianzada. El predio que estaba en la mira ahora duplicaba la cantidad de viviendas truncas tomadas en primera instancia, que eran parte del Plan Federal que de digno, sólo tenía el nombre.

No tardó en llegar la policía de la provincia de Buenos Aires. El calor agobiaba a cualquiera y hacía transpirar los borcegos de los uniformados que armaron un cordón humano sobre un alambrado para impedir que nadie ni nada entre. Adriana llevó el pedido lógico: que dejen ingresar agua y alimentos. En la toma había personas mayores, niños y niñas, y mujeres embarazadas. Sin embargo, la negativa ante la petición fue definitiva. Los rayos del sol del mediodía iban a dejar quemaduras de tercer grado a más de uno y una: se vivía en Mar del Plata el verano más caluroso de los últimos 50 años. Del otro lado del cerco empezaron a volar naranjas: un grupo de personas que acudieron a apoyar la toma había llevado frutas para calmar la sed y el hambre.

Adriana y los suyos, que ya se hacían llamar “Los sin techo”, no aguantaban más vivir como vivían. Y el predio elegido no era un predio cualquiera: estaba arriba de una loma, ningún desborde los alcanzaría.

En medio de las negociaciones que se extendieron por tres meses, el Gobierno ofertó limpiar el arroyo y darle más profundidad. Aquello que venía siendo negado porque sí. Pero era tarde. La ilusión de tener un techo que no se llueva, pozos ciegos que no desborden con cada lluvia; la necesidad de no sentir más la humedad que penetra todo y tal vez habitaciones para que no tenga que dormir toda la familia en la misma pieza, no tenía marcha atrás.

El comisario de prolijo bigote negro gritaba para hacer oír su voz a través del megáfono. Poco lo escuchaban a apenas dos metros, donde un cordón humano, triple o cuádruple, entrelazado, resistía la orden de desalojo que la fiscal ya había rubricado.

- ¡No pasarán, no pasarán!, era el grito de guerra.

- “...ordenar que el predio sea desalojado por parte los actuales ocupantes”, leía enfático el policía.

Las garantías que había dictaminado al detalle el juez nunca se cumplieron. Los y las policías que fueron llevados hasta allí triplicaban en número a los vecinos y vecinas que resistían y que fueron acompañados por decenas de organizaciones de la ciudad, del mundo de la política, el sindicalismo, la cultura. Se dio una comunión pocas veces vista.

Adriana había ido junto al abogado a hablar con la fiscal y la funcionaria enviada por el jefe comunal, que se fueron del lugar apenas empezaron a sonar los balazos de goma que ametrallaron los cuerpos alimentados en ollas populares. Por dentro no entendía lo irracional del número de efectivos que ocupaban cuadras enteras en el barrio El Martillo, linderas al predio tomado. Ella misma desconocía su rostro. La rabia era incontenible y se contagiaba también. Cuando entendió que las autoridades habían cortado el diálogo, dio medio vuelta y se fue con los suyos. La valla humana se abrió y le dio paso. El comisario –el mismo que hacía unos pocos meses había ordenado pasar por arriba con un colectivo a trabajadores de un peladero de pollos sentados en el piso- ya empezaba a gozar la lectura de la orden de desalojo. Ella corría para hablar con cada uno de

sus compañeros y sus compañeras, que eran familia en muchos casos.

- *Ya está. ¡Ahora tenemos que poner todo!*, les decía.

El desenlace fue la represión salvaje. En el aire se respiraba gas lacrimógeno. Los gritos y los llantos; puteadas y desconcierto; el sonido de las armas disparando balas de goma y balas de plomo. Los casquillos quedaron pisoteados en el pasto en medio de las corridas.

El desenfreno policial no se contentó con la gente fuera del predio de viviendas. Los siguió cuerdas a la redonda, mientras los propios vecinos de barrios linderos daban cobijo a quienes no se resignaban a vivir con techos de Pelopincho.

Cuando empezaron las primeras detenciones, los uniformados comenzaron a avanzar a fuerza de balazos de goma, gases, bastonazos y patadas. Los vecinos tiraron piedras y corrieron. Los siguieron incluso fuera del predio con policías a caballo. Los que iban a pie entraron a las viviendas ocupadas durante 3 meses, rompieron paquetes de fideos y de arroz, y los mearon. Robaron lo que entendían de valor.

Adriana también corrió. Detrás suyo vio cómo una joven, que participaba de la red de apoyo a la toma, fue arrastrada de los pelos por un oficial de la Montada; y cómo dos compañeros la rescataban debajo del caballo. Corrió lo más rápido que sus piernas la llevaron. Se topó con el Polaco y el Cordobés, dos ex compañeros de la lucha por trabajo digno en el puerto, que se habían solidarizado ante la inminente represión. La llevaron para el lado del Pueyrredón, a contra marcha de una persecución ya cinematográfica.

Las siguientes horas fueron terribles para Adriana. Sentía

que su alma se había destrozado ante tamaña injusticia. Eran familias que vivían en la más absoluta precariedad, pedían que se limpiara y ampliara el arroyo que cruzaba el barrio porque cualquier lluvia lo desbordaba y el agua la tenían dentro de sus viviendas. La Municipalidad nunca lo hizo, y la toma de viviendas tenía el mensaje claro de la necesidad -que supieron luego era un derecho- de una vivienda con paredes revocadas, que no se inunde, un techo que no se llueva, algunos metros más. “Una vivienda digna”, repetían. La respuesta fue ver a su hija mayor con el cuerpo lleno de balazos de goma.

Lo que siguió fueron tiempos de conversaciones; más articulaciones para la lucha; reuniones sin salidas; muestras de solidaridad que desbordaban la habitación donde se guardaban alimentos, colchones y ropas; marchas a las puertas de la Comuna.

Pasaron unos tres meses hasta que el Concejo Deliberante cedió finalmente las tierras fiscales para la construcción de las viviendas. Fueron aplausos en el recinto y fue la conquista de la tierra, que abriría espacio al trabajo cooperativo y la vivienda social. Así lo entiende Adriana.

La mirada la tenía -y la tiene- puesta más allá de la casa propia. “No alcanza con una cama calentita”, les dice a sus compañeros y compañeras en las asambleas, donde se analizan propuestas y se comparten los miedos. Cuando aprendió que el techo es un derecho, le quiso contar las buenas nuevas a cada uno de los vecinos de cualquier barrio. Mientras haya gente sin techo, sostiene, el disfrute sabe a poco. Y además analiza -mientras larga el humo de una pitada profunda- que acceder a tierras deshabitadas y construir sus propias viviendas gene-

raría un sentido de comunidad, que entrelazaría la totalidad de esas construcciones aisladas.

La identidad había que dársela con un nombre propio. La asamblea donde se debatió cómo llamar al barrio tuvo sus adherentes al nombre “Lluvia de naranjas” en alusión a aquella gesta solidaria para aplacar la sed, pero terminó imponiéndose “15 de enero”.

“El 15” creció con una plaza, el potrero y un comedor. Lo que no estaba en la planificación era el semillero de pibas y pibes que entendieron desde pequeños que la lucha es colectiva. Una tarde de toma casi una decena de pibitxs de seis, siete u ocho años irrumpieron con los bombos de la organización: se habían organizado para pedir una canchita para jugar al fútbol.

Se ganó también la urbanización del barrio, la pavimentación donde las calles eran de tierra y de barro, dependiendo de la gracia de lluvia; se impuso el tendido de cables de luz, la sorpresa de un depósito de baño y la posibilidad de tener gas natural al abrir la perilla del horno.

Tenían las tierras, había que construir las viviendas. Ellas no se iban a quedar al margen y por primera vez diez mujeres se unieron a cooperativas de construcción. Ellas eran cabeza de familia, no había un por qué no podían cargar carretillas de arena o subirse a los techos y medir machimbres.

Si algo tenían en claro los y las *sin techo* es que los desafíos y las trabas burocráticas se resolvían con acciones. Docentes y profesionales de distintas ramas apoyaron desde lo técnico. La Comuna aducía que no estaban censados, e hicieron un conteo

de las necesidades habitaciones. No había pozos ciegos y los cavaron. No sabían de construcción, pero levantaron las paredes de sus casas. Y las de muchas familias, porque lograron ser cooperativa, tener un salario y garantizar otros techos.

Los achaques del cuerpo pidieron a Adriana otro ritmo para caminar. Y en escena ya asomaban sus hijas e hijos, y los de sus vecinas. Cintia, Paco, Darío usan desde hace años la casa del MTE, el Movimiento de Trabajadores Excluidos.

Adriana sigue pasándola mal con la presión que se dispara y entonces debe aumentar la dosis de su medicación para hacer la cuarentena más amable. Los días no tenían horario fijo para ir a atender el kiosco de una vecina donde trabajaba cada día, pero luego el virus tocó cerca y el encierro se volvió estricto. “Estamos acostumbrados a ser libres”, lo contraataca.

“Con palabras podemos construir castillos en el aire; el ejemplo hay que darlo todos los días, en lo cotidiano”, reflexiona once años después. Le tocó vivir aquello que el patriarcado impone y las compañeras derrotan en la diaria: la voz de una mujer se subestima y después se escucha.

Su apuesta fue por la colectiva, porque así entendía la vida la jovencita de 13 años que se escapaba de su casa para ir a repartir leche y ayudar a enfermeras en el dispensario de salud de una villa porteña, hasta que la dictadura militar lo tiró abajo. “Con el individualismo no se llega a ningún lado”, les dijo siempre a sus hijes. A la primera la llevó en brazos con tres meses, cuando a los 16 años decidió probar suerte en Mar del Plata, y no se fue más.

Nunca más volvió a ver los videos de la tarde de represión y corridas. Le cuesta poner palabras a la travesía que vivieron

las y los *sin techo*, que ahora escuchan la lluvia golpear contra sus techos de chapa. Adriana carga de azúcar su mate. El cenicero está repleto de colillas machucadas y cenizas de toda la escala de grises. El silencio, sabe, alimenta burócratas y desentendidos. Su grito de mujer trabajadora, de mamá todoterreno, de compañera de las complicidades, fue el grito colectivo; y al revés también. El triunfo tiene forma de hogar y nombre de mujer, vivienda digna.

Una tal María Josefa

Catalina Celano

CATALINA CELANO

Catalina Celano, nacida en Italia, Roma, emigró para América desde muy niña. Desde su infancia estuvo relacionada con el arte. Su padre era artista plástico y su madre cantante lírica. Es abogada, mediadora, especializada en derecho de familia, y en la temática de género. Actriz, cantante y narradora oral. Vivió muchos años en Montevideo, Buenos Aires, Misiones y actualmente reside en Villa Gesell, donde se desempeña como actriz, narradora y da talleres de narración oral. Es directora del espacio La Cúpula Cultural, en la Villa.

“Descubrí a Pepa Ezcurra investigando la figura del hijo de Manuel Belgrano que fue criado por Juan Manuel de Rosas. Me intrigó la figura de una mujer de clase patricia que se animó a jugarse de forma tan audaz en pos de una pasión, en una época de protagonismo casi exclusivamente masculino.”

CAMILA DAOUD

Ilustradora / @amarilla.ilustraciones

Soy Camila Daoud, nací en Tandil (provincia de Buenos Aires, Argentina) en enero de 1992. Mi educación artística comenzó en el Centro Polivalente de Arte de mi ciudad y continuó en La Plata, en la Facultad de Artes, donde me recibí de profesora de Arte. Actualmente resido en CABA, y dedico mi tiempo a ilustrar a través de distintos medios, desde lo digital hasta el bordado.



Una tal María Josefa

Curioso cómo vuelan los pensamientos cuando se viaja. Tanto campo, tanto desierto. La imagen de Manuel se instaló en mi conciencia, pero era un Manuel de hacía mucho tiempo, de cuando yo tenía ocho o nueve años y lo vi pasar a caballo con otros hombres justo frente de mi casa. Buenos Aires estaba alborotada con los ingleses adentro y sin ganas de irse cuando toda la porteñada se puso en pie de guerra para ayudar a Liniers que venía de Montevideo a toparse con el gringaje. A Manuel lo hicieron oficial y parece que se portó bien. Ya lo conocía de haberlo visto en misa muchas veces, pero así, de uniforme y a caballo, me pareció un hombre hermoso, y quizá sin darme cuenta empezó a metérseme en el alma. También me vino a la cabeza el recuerdo de mi padre, que siempre fue comerciante, para peor vasco, que es como decir español por partida doble.

Todos nos conocíamos en Buenos Aires y todos hablaban de todos, el chisme era una actividad de todos los días. En mi casa se hablaba mucho de los negocios de los otros comercian-

tes y un día se habló en voz baja del padre de Manuel, que parece que anduvo metiendo la mano en dineros del Virreinato, que era mucha plata, que el Virrey mandó la causa a España para que se resuelva en la Justicia de la Corona, que si la causa terminaba mal el hombre iba preso y se quedaba en la calle y esas cosas. Cuando mi padre hablaba de ese tema los ojos le brillaban de placer.

Un día mi madre trajo la noticia de que a Manuel, que todavía no había terminado de estudiar en San Carlos, lo mandaban a España para que se recibiera de abogado, que era cosa rara porque para estudiar de abogado lo podían mandar al Alto Perú, que era más cerca y más barato. Y allí fue que mi padre, sonriéndose, dijo que lo mandaban a España para que cuidara la causa del padre que por lo que se sabía estaba con un pie en la cárcel.

Manuel se fue a España y por mucho tiempo no se habló más de él, hasta que volvió recibido de abogado y con un empleo hecho a su medida. Lo nombraron secretario de una oficina del Virreinato que tenía que ver con el comercio y los comerciantes, y mi padre se moría de envidia porque decía que al final la causa del italiano había salido bien pero el hombre no era trigo limpio y cosas por el estilo.

Varios años pasaron desde ese día en que lo vi a caballo con uniforme de Patricios hasta la tarde en que nos sentamos uno al lado del otro en una de esas tertulias donde se juntaba todo el mundo. Con diecisiete años quedé prisionera para siempre de los ojos de ese hombre. A él también le entró el veneno de mi mirada, y ya no hubo más que hablar. Enseguida los chismes corrieron a toda velocidad, y las cartas entre nosotros iban

y venían en secreto, o no tan secreto. Lo que nadie supo nunca fue que en esos pocos meses consumamos nuestro amor juntando los cuerpos como Dios manda con la ayuda de Dominga, la negrita que era esclava en mi casa y que más que mi sirvienta era mi hermana. Con el tiempo las dos supimos que éramos hermanas en la sangre, algo que siempre sospechamos. Demasiado parecidas éramos y parecidas a mi padre también, que la lujuria era dueña y señora del Buenos Aires de ese tiempo.

Pero no pudo ser. Manuel y yo, firmes en casarnos y mi padre, más firme en casarme con un pariente riquísimo venido de España. Una mañana quise salir de mi habitación y la encontré cerrada con llave del lado de afuera y no hubo nada que hacerle. Dos meses me tuvieron encerrada y apenas unas poquitas cartas pudo traerme Dominga. Manuel se enfermó y viajó a sanarse a la Banda Oriental. Cuando volvió me encontró casada. Justo en ese tiempo Mariquita Sánchez y su primo Thompson eran el centro de todo los chismes de la aldea porque llegaron hasta el Virrey para lograr que se anulara el compromiso de casarla con otro que había firmado el padre antes de morir. Esa fue la suerte de Mariquita, que el padre se hubiera muerto. Pero yo no tuve esa suerte, aunque le recé a todos los santos una y mil veces por la muerte de mi padre. Salí de mi pieza para ir a la iglesia y de allí a mi nueva casa con mi primo y marido al que pude aguantar solamente pensando en Manuel cada vez que tenía que cumplir con mi obligación de casada.

Gracias a las artes de la madre de Dominga no quedé embarazada. La negra bozal sabía de la vida y de la muerte y gracias a ella pude entregarme muchas veces a Manuel en esos ocho años que duró mi calvario. Si no fuera por esos momentos

en que nos encontrábamos a escondidas del mundo, me hubiese muerto de tristeza. Esa intimidad me trajo felicidad y también amargura. Amargura porque me di cuenta que Manuel quería a otra con un amor mucho más fuerte que el que me prodigaba. Manuel y su primo, y todos sus amigos estaban enamorados de una idea, pero Manuel era el más enamorado de todos. Nunca pude ni pelear ni competir con esa pasión de Manuel por la Patria. Y cuanto más pasión por su Patria me mostraba, más loca de amor me tenía a sus pies. Le brillaban los ojos cuando hablaba del futuro de estas tierras, del nuevo tiempo que ellos fundarían, de la libertad, la igualdad, la fraternidad y no sé cuántas cosas más que yo apenas podía entender. A mí me importaba solamente estar en sus brazos y a él le importaba más que nada en el mundo construir esa nueva tierra donde la libertad y la justicia reinarían por siempre jamás.

Las cosas del mundo estaban revueltas en ese tiempo. El Rey de España, preso de Napoleón, el Virrey del Río de la Plata, sin poder rendirle cuentas a nadie y Manuel y su gente, empujándolo para que se vaya y los dejara a ellos gobernar a su gusto. Y entre todo ese viento, una buena noticia. Mi marido se convenció de que nunca habría amor en su matrimonio y que los planes de Manuel y su gente no serían buenos para su negocio. Y se marchó de regreso a su tierra. Quedé casada, rica y sola, corriendo a los brazos de Manuel que me estaban esperando.

Por esos días del año 1810, Manuel ya no era el mismo hombre del que me enamoré perdidamente cuando tenía diecisiete años. En ese tiempo tuve el coraje de irme a la cama con él pero no pude pelear por una unión duradera como si lo hizo Mariquita Sánchez que ahora lucía orgullosa su apellido

de casada. Pero tampoco Manuel peleó con la fuerza que ahora le salía por los ojos. En ese lejano tiempo mi Manuel era un modelo de empleado del Virreinato, serio, formal, cultísimo, rodeado de libros y dedicado a impulsar al comercio desde su puesto de Secretario del Consulado. Redactaba memorias hacia planes futuros, y todo eso. En cambio el Manuel que me encontré en ese año de tantas revueltas era un soñador dispuesto a jugarse de cuerpo y alma por unos ideales que yo realmente no llegaba a entender.

Criada en la casa de una familia de dinero, mi idea de Patria pasaba por el orden, la tranquilidad, el trabajo y poco más. Yo quería tener un hijo de mi Manuel y vivir para siempre abrazada a mi hombre. Manuel me amaba, de eso siempre estuve segura, pero de su idea estaba apasionado y prisionero. Y entre amor y pasión hay mucha diferencia, yo lo sabía muy bien. No hacía falta más que cambiar unas pocas palabras con ese hombre antes tan formal, amable y delicado para encontrarse con una voluntad arrolladora. Mi Manuel tenía un sueño que nada ni nadie le impediría seguir.

Pasadas las alegrías que nos trajo ese mayo del año diez aparecieron pronto desavenencias y enfrentamientos. Cada encuentro con Manuel me dejaba en la boca dulzor y en el alma tristeza. Dulzor por sus besos y tristeza porque cada vez estaba más cerca nuestra separación. Sucedió que no todo el Virreinato estuvo conforme con la revolución y eso no fue aceptado ni por Manuel ni por sus amigos. Liniers en Córdoba se hacía fuerte y no reconocía a la Junta y allí fue Castelli que más que primo era un hermano para mi hombre, con órdenes muy claras de mandarlo al otro mundo. Y así lo hizo. Poco después

resuelven mandar al Paraguay una fuerza que lograra derrocar al Gobierno y reemplazarlo por otro que se uniera a la revolución. Y allí mandaron a mi Manuel, que convirtió el traje de paisano en uniforme militar. Me lo hicieron Coronel de la Patria con un simple decreto. Algo me decía que esa aventura no saldría bien, y mi presentimiento resultó acertado.

Mi familia seguía los acontecimientos sin apasionarse demasiado y no entendían mi desesperación porque Manuel me obligó a mantener en secreto nuestro amor. Algo sospecharon cuando apareció una estafeta de uniforme con un sobre para María Josefa Ezcurra. Pero miraron para otro lado. Todos menos mi hermana Encarnación que en ese entonces tenía amores con Juan Manuel Ortiz de Rozas con gran gusto de mi padre y oposición total de la madre del novio. Encarnación rezaba conmigo por la vuelta de Manuel y una vez me dijo “Pepita, si no peleaste por tu amor cuando debías hacerlo, si no seguiste el camino de Mariquita Sánchez, ahora no dejes que nada ni nadie te quite el cariño de ese hombre que estas esperando. La madre de Juan Manuel no me quiere, pero la vieja se ha de quedar con las ganas de sacarme de la vida de su hijo. Lo juro por Dios”. No pude hacer otra cosa más que abrazar a mi hermana y llorar juntas.

Finalmente Manuel regresó a mis brazos, pero me lo habían cambiado. Al principio el empleado del consulado había dejado lugar al idealista que tuvo su momento de gloria en la semana de mayo del año diez. Ahora me abrazaba alguien acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Daba la sensación de que el uniforme militar le abrigaba no solo el cuerpo sino también el alma. ¿Cómo fue posible ese cambio? Me lo explicó en pocas

palabras “Pepita he visto morir a mucha gente, a hombres que combatieron a mis órdenes y que por ello ya no volverán. De eso no se regresa mi dulce Pepita, no se puede regresar”. En ese preciso instante supe que si realmente buscaba el amor de ese hombre debía estar preparada para sufrir y llorar. Y así fue.

Apenas llegado del Paraguay a Manuel le encargan una tarea de esas que comprometen para siempre el destino de un hombre. Lo mandaron a hacerse cargo del Ejército del Norte que desde Potosí, allá en el Alto Perú, sufría derrota tras derrota. “Hemos de despedirnos y quizá para siempre”, me dijo una noche. “No llegó la hora todavía, amor de mi vida”, le contesté. Y me abrazó en silencio.

Dominga y Encarnación fueron las únicas que conocieron mis planes. Mi hermana me dijo que Juan Manuel no estaba de acuerdo pero que nada podía hacerse cuando a una Ezcurra se le ponía algo en la cabeza. Dominga me seguiría hasta el mismo infierno si fuera preciso. Los preparativos del viaje fueron rápidos y frenéticos, poca ropa, bastante dinero y lo necesario para recorrer la enormidad de distancia que separaba a Buenos Aires de Tucumán. Viajamos en una mensajería que transitaba las cincuenta y seis postas del camino real en más o menos cuarenta días. Llanuras, desiertos, cuchillas, de todo vimos y a todo hicimos frente en ese carruaje tirado por seis caballos que se cambiaban rendidos en cada posta. Caballos y valor, era lo que sobraba en ese tiempo. Todos los caminos, por malos que resultasen, a mi me parecían buenos porque me estaba esperando el amor en San Miguel de Tucumán. Al fin llegamos y fue bajar del carruaje para recibir la primera mala noticia. El General había partido a Jujuy a esperar lo que que-

daba de las tropas que regresaban del Alto Perú. Y allá nos fuimos con Dominga pero no en con la mensajería sino a lomo de mula y caballo. Enseguida armamos el viaje con dos criollos que nos cuidaron. En dos días estuvimos en Salta y en tres en Jujuy donde me esperaba Manuel al frente de hombres que parecían sombras, de tan cansados y pobres. Pasamos esa noche y las que siguieron en una carreta que venía con la chusma detrás de las tropas.

Durante ocho meses estuve junto a Manuel en el momento cumbre de su lucha. Nada me parecía difícil ni imposible. Una inmensa felicidad me embargaba porque había conseguido lo que fui a buscar. Ya nunca me abandonaría mi Manuel porque quedé embarazada en la primera noche cuando nos amamos bajo los cueros de la carreta. Muy pocas veces pudimos estar juntos en todo ese tiempo porque la guerra me lo atrapó brutalmente. Hubo que abandonar Jujuy con casi toda la población para que los perseguidores no encuentren nada que pudieran servirles. Manuel venía detrás de toda la tropa casi a tiro de piedra del enemigo, cuidando a su gente con el fusil al hombro. Mil ejemplos de coraje fue dando mi hombre en esos días.

Cuando llegamos a Salta encontramos un pueblo silencioso y Manuel siguió adelante cumpliendo la orden que había recibido del Gobierno que era hacerse fuerte en Córdoba y allí esperar a los realistas, pero algo le decía que estaba llegando la hora de pelear. Seguimos adelante y desde nuestra carreta veíamos que poco a poco se nos iba agregando gente. En la retaguardia hubo un combate en el que nuestra gente salió victoriosa y eso levantó el ánimo de todos. Al llegar a la Ciudad de San Miguel de Tucumán el clima anímico había cambiado

y Manuel resolvió desobedecer la orden del Gobierno de seguir adelante sin pelear. Dominga me dijo que en un sueño lo vio a mi amado en el suelo lo que me llenó de angustia. Desde nuestra carreta vimos llegar a muchos jinetes tucumanos bien montados y con guardamontes, todos hombres jóvenes armados con tacuaras y cuchillos atados en las puntas. Manuel me dijo que por primera vez en toda la campaña contaríamos con caballería y que la suerte estaba echada.

Nuestra gente había aumentado con tucumanos, jujeños, salteños y santiagueños que se nos agregaron. Por fin llegó el día señalado y todo empezó con una mala señal. El sueño de Dominga resultó cierto porque el caballo de Manuel se encabritó y lo tiró al suelo. Por suerte se levantó de inmediato y dicen que nunca lo vieron tan activo recorriendo las tropas, dando órdenes y alentando a todo el mundo. La carta de triunfo de ese día estuvo en manos de los gauchos tucumanos que a fuerza de coraje y dando gritos aterradores hicieron retroceder a la infantería realista. Esa noche, ya muy tarde, Manuel lloró en mis brazos como un niño en brazos de su madre.

Los días 24 y 25 de setiembre del año doce fueron de gloria para Manuel pero muy tristes para mí, porque había llegado la hora de la despedida y, esta vez, era para siempre. Mi embarazo estaba avanzado y las tropas volvían al norte, a perseguir a los realistas. Era imposible mi permanencia en esa marcha... A fin de ese mes lloramos abrazados y en los primeros días de octubre partimos con Dominga en un carruaje rumbo a Santa Fe, donde nacería mi hijo. El hijo que había ido a buscar y que nunca llegaría a conocer a su padre.

Soy Sebastiana, volví para contar

María Cecilia Corda

MARÍA CECILIA CORDA

Soy actriz y escritora. Editora de *Descentrada*, revista interdisciplinaria de feminismos y género, dirijo *Palabra clave*, ambas en la Universidad Nacional de La Plata. Mi formación es humanística; comencé con Bibliotecología, seguí con Historia y continué con una maestría en Ciencia Política y Sociología. Trabajo en la Biblioteca de Ciencias Sociales “Enzo Faletto” de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Soy docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.

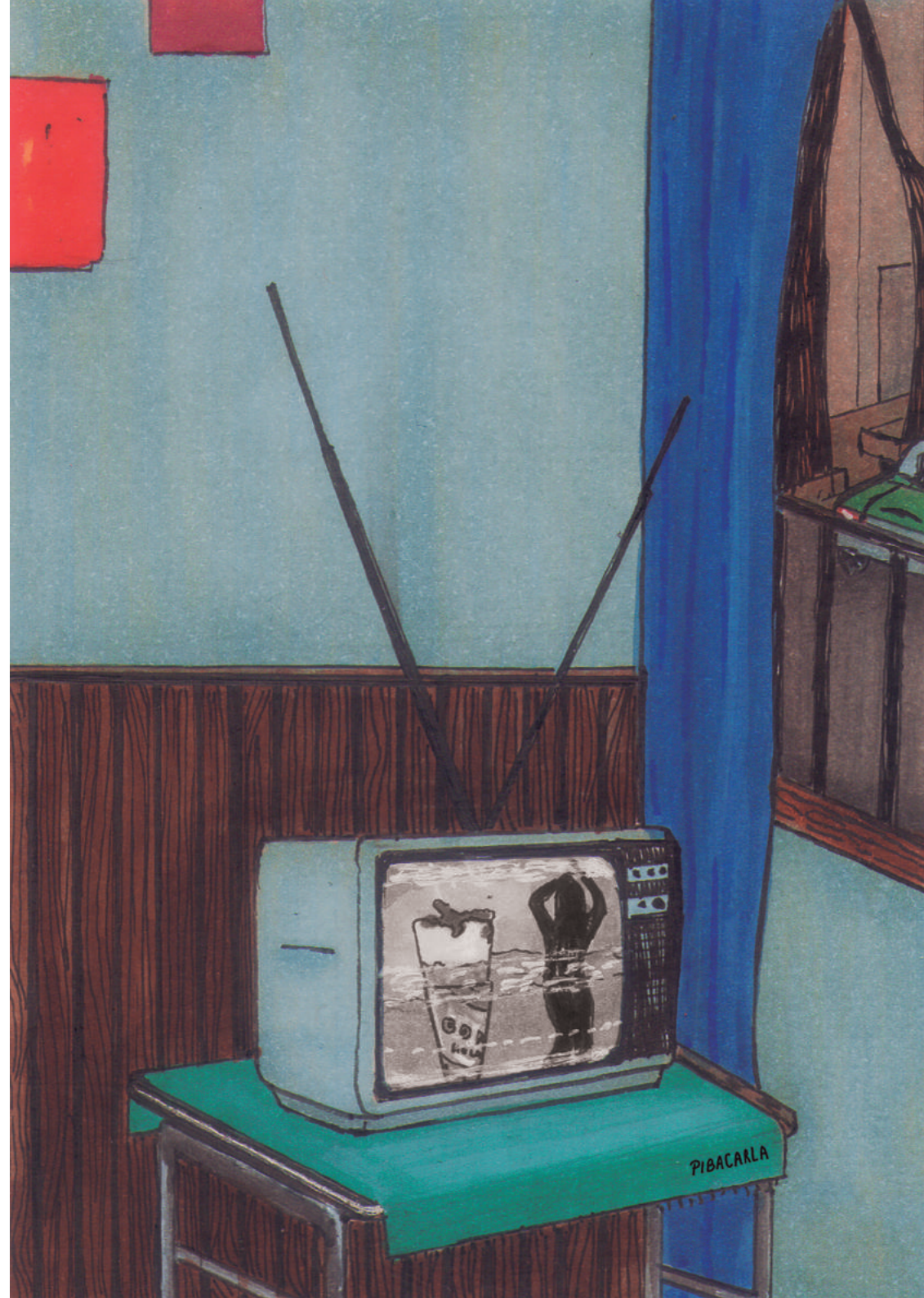
El cuento retoma los magros recuerdos que tengo sobre mi única tía, Alicia Sebastiana Corda, quien fue militante del Partido Comunista Marxista Leninista a fines de los años 60 hasta su desaparición entre los años 1977-1978. Algunos flashes de encuentros con ella (muy escasos); la reconstrucción de una voz que regresa (como solo la ficción lo permite) a interactuar para explicar los vacíos de su propia historia; y la recopilación de las escuetas fuentes históricas desperdigadas en algunos archivos de organizaciones, tejen una trama que va y viene entre lo vivido, los acontecimientos posteriores a su desaparición y los años presentes.

Lo que fue y lo que podría haber sido. Sobre esto último, mella la idea acerca de alguien que, desde un colectivo, quiso intensamente torcer el destino infame de una sociedad visceralmente injusta.

PIBA CARLA

Ilustradora / @pibacarla

Carla M. Dall’Oste es Diseñadora en Comunicación Visual egresada de la UNLP. Como Ilustradora publicó en sus redes el cuento *Invernadero* en el 2019 y su historietita *Niebla* en el 2020. En Diciembre del 2020 participó de una edición de *Un Cuarto Propio* en el Centro Cultural Recoleta. Trabaja en historietas, cuadros y series de dibujo. Sus materiales suelen ser marcadores, lápices e incluso ilustración digital.



Soy Sebastiana, volví para contar

A Alicia, y a todes aquellos
que creyeron que otro mundo era posible...
¡Hasta la victoria siempre!

Soy Sebastiana. Volví para contar. Volví porque me doy cuenta de que mi historia no está bien contada. O está incompleta. O solo hay partes en algún archivo mal clasificado. O no figura en Internet. Y, a estas alturas, no figurar en Internet, eso sí que es un problema. No tanto como los que nos hacíamos en aquellos años, pero es un problema. La memoria de la humanidad. La posibilidad de proyectarse para la posteridad. Yo pensaba que eso podía lograrse con el cambio que proponíamos. Una sociedad distinta, justa, con realizaciones, progreso, solidaridad. Por lo que veo, no cambió mucho nada en todo este tiempo. Y todo está bastante peor en muchos aspectos. ¡Qué barbaridad! Definitivamente, nada mejoró demasiado, tanto peor que se ve. ¡Qué condiciones miserables!

Mi sobrina me buscó en Internet. Encontró una foto borrosa. Había muchas fotos en mi casa, la casa de mi vieja. Mi viejo ya había fallecido en 1971, tres meses después de haber nacido esa nena preciosa, mi sobrina. Al resto de sus nietxs no

llegó a conocerlxs. Mis fotos tenían sus marcos o portarretratos. Creo que se fueron perdiendo con los años: a algunas, las tiraron; otras se habían deteriorado, amarillentas, en un cajón apolillado. No podían sobrevivir mucho más que yo. Y esa foto que ella vió, con una mano en el corazón, no me hace mérito. Tenía mejores fotos. Pelo largo, con el jopo para el lado izquierdo, no podía ser de otro modo, no iba a ser para el derecho, ¡faltaba más! Me notó parecida a ella. Sí, somos parecidas. Susana, que estaba de profesora de Psicología Educativa en la Facultad de Humanidades, cuando en la mesa de exámenes finales de su cátedra leyó de la lista de inscriptxs el apellido, levantó la vista y la vió... ¡Casi se desmaya! Pensó que yo había resucitado. Pero no era yo, era ella, mi sobrina. Me hizo quedar bien porque sacó un diez. Y Susana le contó lo amigas que habíamos sido. El Secundario, con Magisterio incluido, la carrera de Psicología... hasta que me fui a Villa Gesell de vacaciones, según su versión de los hechos. Aunque esa no fue una separación, ese hito que ella recordaba solo fue una excusa. Yo tomaba un rumbo; ella, otro, al que yo tildé en una discusión que tuvimos, de típico pequeño burgués, gritos de por medio: casamientos, hijxs, búsqueda de empleos relacionados con la profesión, la compra de la casita y lo que ya se sabe. Yo igual la quería, no importaban nuestras diferencias. Ni que nos hubiéramos distanciado. Fue un shock el atentado del avión de Avianca en Colombia que mató a toda su familia, iba la novia del hijo también. Qué destino. Ella no supo del todo sobre el mío, aunque era inteligente y se lo imaginaba. Mi sobrina se lo aclaró: está muerta, desaparecida. Después de diez años, la ley considera difunta legalmente a una persona desaparecida. Sin que aparezca el cuerpo, igual

está muerta. “Fallecida” creo que le dijo, para no apenarla tanto. Estaba dando un examen final en la Facultad, no hay que olvidarse de eso, no quería mal predisponerla. Siempre la quise a Susana, la quiero, a pesar de su aburguesamiento. Es cuestión de sentimientos, no de ideologías. Sin embargo, estas nos separaron para nunca más vernos.

Quiero volver a lo de Internet. Me asombra su poderío. Mi sobrina se enteró que yo militaba en un partido que nunca había escuchado nombrar. En la familia se hablaba, por lo bajo, de otro, de la lucha armada, armada hasta los dientes. ¡Qué exageración! Primero, que no era ese partido que decían. Segundo, no teníamos para tantas armas. Tercero, las armas las tenían los milicos. Hasta nos volaron una casa. Llamé por teléfono enseguida a lo de mi hermano para que no pasara. No sé para qué pasaba, lo hacía por lo menos una vez al día. Le dije que no pasara, con lo que me costó conseguir un teléfono para avisarle. Pero... pasó. Volada en mil pedazos. Lleno de canas y milicos, cortando toda la cuadra. No estábamos, aunque lo perdimos todo. Era parte de los espectáculos que les gustaba dar. Sembrar el miedo, la sospecha, el desconcierto. Un compañero nos había querido avisar, fue hasta la casa de mi vieja, pensando que me podía encontrar ahí o dejar el mensaje. Si hubiera habido internet, hubiera podido mandarnos un correo electrónico o algo así. Fue. Lo estaban esperando. Lo balearon en la vereda sin mediar palabra. No llegó ni a tocar el timbre. Felipe. No sé si era el nombre real o no. Sólo Felipe.

Con mi hermano, después de unas semanas de que bombardearon la casa, nos encontramos en Plaza de Mayo, con las palomas boludas. Era típico en esos tiempos. Yo fui con el nene,

mi hermano con mi sobrina y mi sobrino. Lindxs verlxs juntxs. Se compraron un helado Conogol, pero vinieron a quejarse de que no les alcanzó la plata para tres. Les dije que si prosperaba nuestra causa, iban a poder comprar para todxs, sin distinciones. Me miraron raro, como desconfiando, y agarraron la plata, salieron corriendo a comprar el que faltaba. Eran de chocolate y dulce de leche, creo que con pedacitos de almendras. Se los veía felices. Tal vez nunca más lo fueron después de que desaparecí. No fueron bien las cosas, por lo que veo. Pero ese día en la Plaza de Mayo se los veía felices, jugando, corriendo y tomando su cucurucho. No sé por qué, yo tenía la costumbre de taparme la cara con el pelo. Como si no me fueran a ver o a reconocer si me lo ponía así. En la foto que encontró mi sobrina estoy con un mechón sobre la cara. No se me ven bien los ojos.

Dice que hay una baldosa con mi nombre y el de mi compañera en Villa Crespo. Nuestros nombres reales y un recordatorio que reza: "Aquí vivieron...". Hasta que desaparecimos. Mi sobrina tuvo una profesora con el apellido de mi compañera. Pero no era ella. Quería preguntarle si era pariente, probablemente la hermana o la prima. La profesora, el primer día de clases, se presentó como exiliada que retomaba las materias después de muchos años. Pero no podía ser ella. Ella desapareció. Desapareció conmigo. Ahí, del departamento de Almagro nos llevaron a las dos, a lxs tres. Un compañero también cayó. Él estaba hacía poco con nosotras, unas tres semanas. Nunca se pudo dar esa conversación con la docente, tal vez ella sabía y mi sobrina sabía, para qué hablar entonces. Ya ambas sabían.

Y mi nombre sigue sin aparecer demasiado en internet, el de ella, mi amiga, tampoco. Los sobrenombres surgen como

una huella tenue en algún archivo reconstruido: "La Flaca". Cuántas cosas que se hablan, cosas demás. No está bueno. Yo no lo hubiera querido nunca. Mis compañerxs del partido, tampoco, obviamente. Lo que proponíamos era una etapa superadora. No mezquindades, ni especulaciones, ni manipulaciones. Qué miserables. Y cuántas pavadas veo que se dicen. Cuántas. Mi sobrina pasa a diario por el último lugar en el que me vieron con vida. Mi cuñada, es decir, su mamá, le contó que a mí me habían tirado en uno de los vuelos de la muerte. Que eso se comentaba. Un final dantesco, volando por el aire durante los últimos momentos de existencia, para perecer ahogada en el mar. No fue así. En uno de esos archivos, mi sobrina encontró una vez un documento que decía que la última vez que me habían visto, según testimonios, era ahí, en la avenida Paseo Colón, donde funcionaba una dependencia policial, vendría a ser como una comisaría, o tal vez algo con un poco más de estatus. Y ella pasa, pasa todos los días rumbo al trabajo. Y la violencia sigue. Hablan de violencia política, la década signada por la violencia política, pero que tan poco haya cambiado a nivel social y ver eso todos los días en los últimos años, ¿no es violento acaso? Lo es. Ella pasa y mira el mural. Ve si me puede distinguir desde el micro en el que viaja, y pasa, todos los días, desde hace años. Las fotos son muy chicas. Debajo están nuestros nombres. Y slogans: Presentes, hoy y siempre.

No pareciera, sinceramente, no pareciera. Todo iba a ser tan distinto en nuestros proyectos. ¿Soñadores? Puede ser que hayamos tenido bastante de eso, viéndolo ahora a la distancia. Pero creíamos realmente que se podían cambiar las cosas, la situación, no sé. No sé tampoco qué otra cosa podría haber

hecho. Me recibí, tenía mi título universitario. Nos recibimos con Susana. Yo hice la parte de profesorado, ella creo que hizo la licenciatura también. Si ejerció o no como psicóloga, no lo sé. Dejamos de vernos, como dije. Mi sobrina fue a buscar mi legajo a la Universidad. Habían organizado un acto de entrega. Qué sé yo. A ella no la llamaron, tiene mi apellido, trabaja hace varias décadas ahí, pero no la llamaron y se enteró cuando ya había pasado el ritual. Entonces, lo pidió. No se lo querían dar, quién sabe por qué. Insistió, esperó, se lo terminaron entregando.

Pero no podía estar en internet, le advirtieron. Tampoco ella lo quería poner ahí. Era una recuperación simbólica, simplemente. Algo de la historia de su tía, la única que tenía. Desaparecí antes de poder conocernos mejor. Aún, a veces, preguntan por mí. Cada vez menos con el correr de los años. La familia italiana que ubicaron mis sobrinxs a través de esta bendita Internet, preguntó por mí. Con cautela, “son temas delicados”. Mi sobrina les contó bien todo, medio en castellano, medio en italiano traducido por el *Google translator* que tiene la misma web. Pasaron muchos años, ya es hora de hablar de las cosas por su nombre. No murió, fue asesinada. “Se desvió, infringió la ley”, entendió que algunos en la conversación del grupo de parientes le decían. Le hubieran hecho un juicio. Robada, golpeada, secuestrada, violada, matada. Todo ¿por qué? Por marxista leninista. ¡Qué gracioso cuando tuve que explicarles lo que significaba a esos tipos que nos tenían ahí, en las celdas! “¿Entonces usted está dispuesta a morir por esas ideas?” Me quedé en silencio “¿Usted lo haría? Digo, morir por sus ideas, sus creencias”. Se quedaron en silencio. Aunque quién

sabe, si hubiéramos tenido la máquina del tiempo, ver todo esto así ahora, te hace pensar tanto. ¡Esto... esto es una locura, realmente! Qué pasó en este país, no se puede creer. Cuánta infamia. Susana me dijo, una de las últimas veces que fui a la casa, que no hiciera locuras, que la cosa estaba pesada, que me abriera. Mi hermano también, me dieron la plata, mi vieja y él, para que me fuera. A dónde, no sé, si estábamos cercadxs, dabas dos pasos y un tiro en la nuca te pegaban. En ese momento los mandé a la mierda, qué sabían, qué entendían, con sus vidas pequeño burguesas. Hubiera querido pasar más tiempo con ellxs. Conocer a mis sobrinxs, tener más momentos con mi hijo. Era muy chico, casi ni hablaba cuando se lo llevaron. También es parecido a mí. Lo encontraron en un instituto de menores en el sur, como NN. Acababa de cumplir años, en septiembre. Ahora que me doy cuenta, figuro en una placa de mármol en una de las paredes de la Facultad. La habían sacado, la volvieron a colocar. Figuro con apellido de casada, qué joda es esa. Si pudiera le borraría: “de”. De nadie. Se ve que no me conocieron. Que no discutimos ideas. No, no lo hicimos. Definitivamente.

Ahora parece que nos estudian en las escuelas: vendría a ser mi sobrino nieto el que le preguntó a mi sobrina (su tía) qué sabía sobre mí porque tenía que hacer un trabajo práctico para historia argentina. No hay muchos datos, fue muy corta e intensa mi vida, nuestras vidas. Y como esas ficciones donde las existencias se entrecruzan, mi sobrina es amiga del sobrino de una compañera del partido. Después de muchos años lo supieron por una publicación en redes sociales. No hablaban demasiado del tema, probablemente por entrenamiento desde la infancia para no hacerlo: no muchas fotos colgadas en las

casas, sin nombres, sin datos. Y quisiera repetirles esas palabras que memoricé mientras estuve detenida, no sabría decir cuánto, días, meses... años seguro que no. Unas palabras que me pasaron en un papel para que siguiéramos leyendo y estudiando para cuando saliéramos, aprovechar el tiempo, para fortalecer nuestras ideas, para cultivar nuestras mentes, para pensar con claridad y propiciar el cambio social. Esas palabras que me resuenan una y otra vez, cada vez que pienso en ellxs, sin un orden, sin una simultaneidad, sino que simplemente aparecen: mi hijo, mi hermanx, mi vieja, mi viejo, mis sobrinxs, mis compañerxs.

“Donde quiera que vaya, misteriosas figuras... Las veo, doblando la esquina, madres e hijos; a ustedes, a ustedes, a ustedes. Me apuro, los sigo. Este, imagino, debe ser el mar. El paisaje es gris, opaco como las cenizas; el agua murmura y se agita. Si caigo de rodillas, si sigo el ritual, la antigua ceremonia, es a ustedes, figuras desconocidas, a quienes adoro; si extendiendo los brazos, es a ustedes a quienes abrazo, a ustedes a quienes traigo hasta mí... ¡Adorable mundo!”¹.

Lo de adorable no estoy tan segura. Creo que el texto era exactamente así, no me he olvidado de nada, perdí el papel cuando me trasladaron. “Destino final”, murmuraron los que no entendían una palabra del marxismo leninismo. No veía porque iba con los ojos vendados, y esposada, a los tumbos. No sonaba bien “destino final”, nada bien. “La esperanza es lo últi-

mo que se pierde”, como bien sostiene el dicho popular. ¿Un juicio? ¿El traslado a otra sede? ¿Ir a ver a alguien? ¿Un abogado? Te ametrallan todas esas inquietudes, lo único que pensás es en vivir otro día para tener una oportunidad más. No pensás que vas a ser un contenido de una materia de historia cuarenta años después. Ni que la gente va a bajar la vista al escucharte nombrar y decir “qué lástima, era tan buena chica, linda, inteligente. ¡Una pena!”. Mucha de la misma gente que si te veía en aquel momento, te esquivaba. Pocxs quedaron para ayudarnos en los momentos más difíciles. Mi vieja, mi hermano, Felipe... Esas figuras desconocidas a quienes adoro. Hubiera querido pasar más tiempo con ellxs. No pudo ser. Entre 1977 y 1978 desaparecí. Simplemente.

1. Woolf, Virginia. Una novela no escrita. Buenos Aires: Editorial eGodot, [1920], 2017, p. 46.

Emilia

María Soledad González

MARÍA SOLEDAD GONZÁLEZ

Nació en Azul en 1985. Soy docente e historiadora, actualmente vivo en Tandil, donde me desempeño como docente de la escuela pública y becaria doctoral del CONICET. Me motivó a participar del concurso poder potenciar una escritura diversa y libre que se una a la divulgación. Emilia Bettinelli, la protagonista de estas líneas fue una mujer ligada a la cultura de Azul, que dirigió y editó una de sus revistas de arte y literatura más importantes, PAN (1953). Ella es una de varias mujeres con las que trabajo en investigación y a partir de la cual busco articular, por medio del relato, una trama de luchas que une a las mujeres de los años 50 con los feminismos y diversidades en la actualidad.

DANIELA FARINELLA

Ilustradora / @dani.dong

Dani Dong nació en la ciudad de Azul; se formó como profesora y artista visual en Buenos Aires.

Actualmente vive en la ciudad de Azul. Desde el 2016 dicta talleres de dibujo, collage y pintura, además realiza ambientaciones de vidrieras y actividades culturales, ante el deseo de hacer llegar sus obras a distintos escenarios.

Expuso en distintas localidades, en diferentes formatos (museos, centros culturales, restaurantes, vinotecas y galerías).



Emilia

De las pocas excepciones que contaron su historia en vida, se encuentra la de otra mujer, nacida en Morón en 1920, Lily Sosa, que hizo un Diccionario Biográfico de Mujeres Argentinas y la incluyó definiéndola como “periodista y docente de arte.”

Emilia Bettinelli nació en abril de 1890, antes de que Azul fuera declarada una ciudad. Fue la hija de un matrimonio de inmigrantes italianos, que como tantos vinieron a estas tierras aventurando “hacerse la América”. Desde joven dio rienda suelta al arte y la pintura, y a partir de esa pasión, se despertó otra por su maestro, Alberto López Claro, quien a partir de 1907 se convirtió en su esposo. Los dos enseñaron por décadas, él intercalando el espacio de las escuelas, y la Biblioteca Popular, ella en la Universidad Popular José Hernández, “por amor al arte”.

Corrió mucha agua debajo del puente y hoy estamos en el museo López Claro, que se liga al apellido de Alberto. Es marzo de 2019 y con nosotrxs está Bernarda, su bisnieta, que recuerda

cómo jugaba debajo del escritorio de Emilia mientras ella de manera artesanal, con engrudo y restos de otras revistas, diseñaba la revista *PAN*. Karina, la directora del museo, toma la palabra y plantea preguntas y repreguntas hacia el público. Es que hace un tiempo se dieron a la tarea postergada por décadas de por fin empezar a dar a Emilia lo que es de Emilia, el lugar que se merece y contar su historia con los registros que tienen en el archivo, que no son muchos, al lado de los de Alberto. Por eso estamos en su muestra, con sus fotos, sus documentos (los que quedan), sus pinturas y sus platos.

A varixs la alegría de celebrarla se nos cuele por los huesos y es que los ecos del movimiento de mujeres, se perciben desempolvando otra manera de nombrarla y de contar su historia. Bernarda me habla de Emilia con un amor que pocas veces pude advertir y mucho menos poner en palabras, para ella es “abuela”. Bernarda es fotógrafa y atesora un registro donde “abuela” la abraza, y ahora que estamos en el museo, antigua casa de sus bisabuelos, posa cerca de esa huella desplegada en la pared, mientras Emilia la sostiene desde el amor que flota en el aire. Con Melina, mi compañera, advertimos que hay vitrinas con recortes de diarios y hasta lo que parece ser un expediente sin contestar donde solicita una subvención para la revista *PAN* que editaba y dirigía desde 1953.

Un año antes su esposo había muerto repentinamente y en esa despedida se enarboló una caravana por parte de la comunidad azuleña, en torno a una muerte que mereció la primera página de los matutinos locales. Así como pudieron, Emilia y Beba Dieguez, su incansable colaboradora, decidieron comprar las flores. Beba hoy tiene 92 años y me dijo varias veces que le

hace bien recordar toda esa historia y esos años donde hicieron mucho por la vida cultural de Azul.

También me contó que luego de la muerte de Alberto, Emilia propuso consumir el proyecto que había quedado trunco, hacer una revista. Sabía que no era tarea fácil, conocía a la perfección del ninguneo que vivían las mujeres en esos años, en el año 52 vio morir a Alberto y antes a Evita. Para esos años, si bien las mujeres habían logrado el voto, para buena parte de la sociedad sin embargo seguían siendo menores de edad y ni que decir lo que vino luego. Lo cierto es que los ecos del triunfo de los derechos conquistados en 1947 estaban cerca, y con el dolor apretado entre los dientes y apoyándose entre amigos, consiguieron plasmar un proyecto de arte y cultura, protegiéndose de los embates del tiempo bajo un corazón alado, que jugaba ¿a resignificar el Ariel de Rodó o el “divino tesoro” de Rubén Darío?

El lema de la revista, y el proyecto por delante fueron decididamente colectivos, quien la dirigió y editó por casi 40 años fue Emilia Bettinelli. Semanas antes a su salida, ya se publicitaba en los diarios. Cuando *PAN* por fin vio la luz, el nombre de Emilia no apareció enunciado por parte de la prensa. Primero funcionó como Vocero de Arte y luego como una publicación de Arte y Letras, como tributo a López Claro. Quizás más allá del amor, esa fuera la estrategia de Emilia para resistir a las embestidas de la época. En las marcas de la tinta impresa no era Emilia Bettinelli, a secas, si “de López Claro”, hasta ella misma en la diagramación firmaba como Emilia B. junto al apellido de su esposo. Probablemente no le intrigaran esas omisiones o nominaciones patriarcales, tal vez entendería las reglas de ese

juego perverso para las mujeres de esos años. Lo que sí podemos aventurarnos a ver es que esas marcas del lenguaje potenciaron su acción y adornaron con colores nuevos y vivaces su vocación por el arte y la cultura, y ubicaron a la revista *PAN* como un trofeo de guerra para una mujer de los años cincuenta en una ciudad ubicada a 300 kilómetros de la Capital Federal.

Nada detuvo ni a Emilia, ni a las mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, que la acompañaron durante casi cuatro décadas, quienes avivaron una idea de arte y cultura amplia y decididamente cara para las élites de la época. Ellxs se encargaron de publicar a quienes quisieran escribir y organizaron certámenes de poesías y de arte. Beba me dijo alguna vez que *PAN* en griego se liga a la idea del todo. Superando aún más ese ideario, Emilia y su grupo alado hicieron hasta lo imposible por no dejar a nadie afuera, las participaciones y colaboraciones llegaron incluso desde otras ciudades, provincias y países. En sus páginas no hubo distinciones posibles, ni barreras sociales, etarias, o de género, ni mucho menos políticas.

Pasando sus noventa años Emilia casi no veía y se ayudaba con una lupa para confeccionar la revista que armaba siempre a mano. Intentó dejarles *PAN* a Beba, al poeta Roberto Glorioso y a otrxs que oficiaron como sus colaboradores hasta el final. Cuando murió en 1989 confirmaron lo que ya venían pensando, que *PAN* era tan de ella que no podían seguirla.

En 2007 Azul fue declarada Ciudad Cervantina por la UNESCO, pero de las mujeres como Emilia Bettinelli, María Aléx, Leticia Ciancio, Beba y muchas otras, que dedicaron su vida a la cultura, poco se ha dicho.

Aunque Emilia fue reconocida en vida por parte de su co-

munidad ahora comienza una nueva forma de nombrarla y de entenderla. Afortunadamente, así como los triunfos de las mujeres inspiraron el proyecto de la revista *PAN* en los cincuenta, la marea verde de 2018 se filtró por las hendiduras de las ventanas de lo que hoy es un museo. Emilia, como todxs, se merece una historia y apoyada en el vidrio de la ventana que da a calle Mitre, ríe y mira en dirección a Colón, y lanza consignas y cantos como banderas. La marea verde despertó sueños nuevos con la fuerza de las luchas que demandan derechos y obtienen finalmente sus conquistas, como las mujeres en el año 47 y junto a éstas, Emilia en el año 53.

Adornando ahora vivamente las marchas y movimientos de mujeres, lesbianas, travestis y trans, que en Azul tienen su encuentro regional, Emilia volvió para quedarse y ser pronunciada por su nombre.

Detrás de las voces que se confunden, sigue mirando por la ventana en dirección a calle Colón, no deja de reír por el escándalo que significa para algunxs, que aún hoy se espantan ante todo lo que brilla. Sueña con un futuro cuadro de rojos, naranjas, amarillos, verdes, azules y violetas y tiempos mejores donde lxs llamen por sus nombres y escriban como en *PAN*, una historia colectiva. Como en los cincuenta, no desanima, porque Azul está verde.

Mujer ígnea, encendida de coraje

Beatriz Zulema Grasso

BEATRIZ ZULEMA GRASSO

Nací en Gualeguay, Entre Ríos, el 25 de noviembre de 1949, y vivo en Berisso, provincia de Buenos Aires, hace 39 años. Soy viuda, tengo cuatro hijos, nueve nietos, tres bisnietos. Actualmente jubilada. Trabajé desde 1973 en SIAP, una fábrica metalúrgica de aparatos de precisión: era delegada gremial, lo que motivó que en la época del proceso estuviera detenida durante cinco años y siete meses. Mi hija Betina nació en cautiverio. Fui Concejal por el peronismo en el período 2007-2011.

Una compañera me envió este proyecto, entonces consideré que Irma Pintos debía ser contada porque tuve la oportunidad de conocerla y conversar con ella en varias oportunidades y valoré profundamente aquella mujer coraje, que desafió al mundo machista poniéndose a la par, y además como peronista participó en el movimiento político más importante de la Argentina.

FLORENCIA ROMANO

Ilustradora / @mambeala

Tengo 34 años, y Mambeala es mi seudónimo. Soy dibujanta, profesora, viajera, astróloga y feminista.

Crecí en Tapiales, La Matanza, estudié Bellas Artes en el Rogelio Yrurtia, en Villa Luro y cursé algunos años en el Universidad Nacional de las Artes.

A los 19 años ya estaba dando clases de Plástica en muchísimas primarias de toda La Matanza y todavía sigo disfrutándolo.

Siempre dibujando, y buscando caminos. Entre lunas y veredas. Los monstruos existen, pero son nuestros. El futuro también.



Mujer ígnea, encendida de coraje

Irma Soledad Pintos nació en Berisso el 20 de enero de 1927, hija de Hipólito Pintos, reconocido dirigente del gremio de la carne, peronista y gestor del Movimiento Nacional del 17 de octubre de 1945.

A los 17 años obtuvo el título de Piloto Civil que la convirtió en la aviadora más joven del mundo, y tiempo después en la primera paracaidista de la región.

En varias oportunidades Irma contó que en noviembre de 1943, la Dirección de Aeronáutica dependiente del Ministerio de Guerra, la convocó para formar parte de una pequeña escuadrilla de mujeres que deberían viajar a la República Oriental del Uruguay en el marco de lo que llamaron “Misión de Buena Vecindad”. Fue un vuelo de fraternidad, de mucho esfuerzo, para estas seis mujeres argentinas y de gran trascendencia para ambos países, hermanados con los mismos ideales.

El evento adquirió mayor relevancia por ser la Primera Embajada Femenina enviada por nuestro país en cumplimiento de la histórica misión.

Despegaron desde el aeródromo de Morón. Elida Carlés Feijo tuvo a su cargo la escuadrilla, cruzaron el río de La Plata y fueron recibidas por integrantes de la aeronáutica civil y militar de Montevideo, en el campo de Melilla.

Tras cumplir los 20 años, volvió a ser protagonista de una hazaña en las alturas, pero ya no con acrobacias en un avión sino saltando en paracaídas: “Una sensación maravillosa, podía disfrutar del silencio que no permite el motor del avión”, contó.

Estos éxitos fueron, en parte, los que marcaron su vida. Recibió múltiples reconocimientos, entre tantos, el del Honorable Concejo Deliberante de Berisso, el cual la honró y la declaró “Ciudadana Ilustre”.

Cabe destacar que Irma era parte de una familia de obreros comprometidos con las reivindicaciones y necesidades de los trabajadores de la carne y en los días previos al 17 de octubre, Hipólito Pintos le pidió a su hija que sobrevuele por fábricas y establecimientos laborales y lance panfletos en apoyo al General Perón.

En esta Cuna del Peronismo se formó y se comprometió con la causa del pueblo de Berisso. En un reportaje de un viejo diario llamado “Línea Dura” el Sub-Oficial Delfor Benito Díaz que acompañó al Teniente Coronel Cogorno en la heroica gesta del 9 de Junio de 1956, cuenta y destaca la valentía de muchos hombres peronistas civiles de Berisso que participaron: “Había madera de Héroe y una mujer ígnea, encendida de coraje, iluminada de pasión, solo sé que se llamaba Irma”.

Yo conversé con ella acerca de esta información, porque poco se sabía de los nombres de los que participaron en aquel levantamiento de Reconstrucción Nacional, nada está escrito,

todo está en los recuerdos de quienes fueron parte de esta época amenazada por la barbarie y la inconstitucionalidad en la Argentina, dos recursos usados por Rojas y Aramburu para someter al pueblo peronista. Y hasta hubo pena de muerte.

Irma me contó que colaboró auspiciando como correo con el avión en los distintos puntos de la provincia de Buenos Aires donde se preparaba el levantamiento. Los medios de comunicación eran escasos y los mensajes eran boca a boca. Hablar de Irma es recordar a una mujer valiente y audaz que desafió los pensamientos machistas, formó su familia, tuvo dos hijos Roberto y Blanca. Falleció el 22 de marzo de 2020 a los 93 años.

“Volar a pleno era sentir la lluvia, el viento hasta alcanzar la sensación extraordinaria de libertad y liviandad, como flotando en una fantasía hecha realidad”. Irma Soledad Pintos

La abuela araña

Ivonne Geraldina Minuet

IVONNE GERALDINA MINUET

Es de Rafael Castillo, La Matanza, Trabajadora Social recibida de la Universidad Nacional de La Matanza, feminista, trabajadora del Programa Envión.

Emprendimos el relato junto a mi prima, Natalia Giacometti, docente, también matancera. Nos motivó el ejercicio de la memoria como motor para reconocer a las que nos precedieron en la lucha feminista que en la actualidad nos convoca. Nos impulsó la posibilidad de dar a conocer la historia de nuestra abuela, doña Luisa Gutiérrez, una migrante entrerriana, madre de siete hijas e hijos, que nos enseñó que en el cotidiano se puede y se debe buscar la justicia social. Desde el campo popular, con acciones conjuntas y comunitarias, fue la referente elegida por muchas mujeres que supieron reconocer en ella que otro destino es posible para nosotras y nosotros.

VALERIA LAGUNAS

Ilustradora / @valeria_lagunas_

Nació en La Plata en 1971. De pequeña se la pasaba dibujando, patinando y jugando a la maestra. Fue a una escuela de arte, estudió diseño en la Universidad Nacional de La Plata, y actualmente ilustra manuales y diseña libros. Es docente. Vive con sus hijos, mascotas, plantas y libros. Algún desencanto y otros oficios la alejaron por un tiempo del lápiz. Este año las clases en línea la obligaron a buscar refugio en el mundo material. Dice que siempre está empezando a dibujar.



La abuela araña

El anhelo y el deseo hacen por sí solos que una persona siga adelante. Hace que una mujer siga buscando y, en caso de que no logre encontrar una Cultura apropiada, hace que ella misma se la construya. Lo cual es muy bueno, pues, si la construye, un día aparecerán misteriosamente otras mujeres que llevaban mucho tiempo buscando y proclamarán con entusiasmo que era eso lo que tanto ansiaban encontrar.

Clarisa Pinkola Estés

Hace unos años encontramos un viejo recorte de diario que hablaba sobre Luisa, nuestra abuela. En él se relata el trabajo de un grupo de mujeres que cocina pan casero y sale a venderlo por el barrio en una época del país en el que se avizoraba una crisis. Al leerlo todavía podemos escuchar su voz cálida, fuerte y con una leve tonada entrerriana: *“Aprendemos a organizarnos y a encontrar soluciones entre todos. Nunca me imaginé que iba a tener que andar tanto, trabajo afuera y además amaso pan en mi casa”*, le contaba Doña Luisa a la entrevistadora. En ese momento eran sólo tres, pero como las vueltas de la telaraña, otras manos se fueron sumando al entramado.

Motivadas por ese artículo, contactamos a algunas de las mujeres que conocieron a la abuela en aquellos años. Hablamos con Norma y Aurora, dos vecinas del barrio, que estaban muy emocionadas de compartir con nosotras sus experiencias y legarnos esos recuerdos que tenían de Luisa. Norma nos regaló una anécdota de cómo era compartir las tardes con ella.

Como la vez que ambas se preparaban para una nueva reunión y se dieron cuenta que no tenían comida para todas pero Luisa, muy resolutiva, sacó un par de cebollas y algo de harina de su ordenado changuito; le indicó a Norma que pidiera fiado dos huevos en el almacén de la esquina; agarró un cuchillo y se adentró en el patio del fondo. Norma no entendía exactamente qué hacía Doña Luisa entre los yuyales, pero sólo imaginaba que sería algo maravilloso. Y así fue. La doñita estaba cortando radicheta salvaje, tomó todas las que creyó suficientes, preparó una tarta y ya que estaba amasó un par de panes. Para cuando llegó el resto del grupo en la mesa se había desplegado un verdadero banquete.

-Así era Luisa, nunca ibas a pasar hambre con ella. De la nada creaba algo y salía para adelante- murmuró Norma con la voz tomada y la mirada perdida en recuerdos.

Esa era una de las razones por la cual las mujeres del barrio de Rafael Castillo la habían elegido para nombrar La Casa de la Mujer Doña Luisa Gutiérrez. Querían poner el nombre de una mujer que las representara. Una historia viva. Para ese entonces la mayoría de los espacios de encuentro llevaban el nombre de personas asesinadas por violencia machista, o de luchadoras feministas de otros países. En ese momento, poco se conocía en la barriada sobre el feminismo, las luchadoras europeas, o lo que hoy definimos cómo femicidios. Ese grupo de mujeres buscaba una persona cercana, compañera y también maestra de vida.

Es difícil determinar cuándo comenzó a proyectarse como referente pero esas mismas compañeras destacan que después de enviudar Luisa había emprendido un nuevo camino

porque encontró en las mujeres de su barrio una motivación y un impulso. En esa época, a sus sesenta y ocho años, retomó y terminó sus estudios primarios; ella siempre bromeaba que le hubiera gustado seguir, pero las matemáticas la fastidiaban a pesar de demostrar día a día su habilidad con los números y la administración de una casa.

Su niñez estuvo enmarcada por la religión católica, el *deber ser* como mujer del hogar; pero en su juventud conoció a Eva, Evita le decía ella -como todo el pueblo- y pensó que su destino podía ser otro. Ver a una mujer alzar la voz públicamente le hizo repensar el lugar que podían ocupar ellas en la sociedad y lo importante que pueden ser las acciones cuando son emprendidas colectivamente. En su adultez hizo muchos talleres desde la capilla del barrio y conoció a Católicas por el Derecho a Decidir, una de las primeras organizaciones feministas que impulsaron la legalización del aborto en Argentina, y que continúa firme hasta hoy. Decidir, hermosa palabra que nos enseñó ella, y no como una lección de enciclopedia sino por haberlo experimentado. El compromiso y la decisión abrieron caminos para ella y tantas otras mujeres que vieron que el tejido se fortalecía si lo hacían entre varias.

De a poco fue tomando su lugar en el barrio y los alrededores, la Casa de la Mujer ya era un punto de referencia. Enseñaba a amasar, con el palote y con la palabra. Amasaba el pan pero también las oportunidades de construir una red fuerte de mujeres que empezaban a comprender que la solidaridad entre ellas era imprescindible, necesaria e innegociable.

Norma también nos contó que cuando abrieron la Casa a finales de los noventa, el lugar de ambas era el taller que llama-

ron Mateando, “*un lugar para reflexionar y compartir experiencias*” -escribieron en uno de los volantes que elaboraron a mano. En ese espacio discutían el rol de la mujer en la biblia, analizando la situación histórica y haciendo foco en las mujeres que allí aparecían mencionadas.

Compartieron talleres de géneros coordinados por otras compañeras en los que abordaban prevención de violencia, grupo de ayuda mutua, participación política, salud y asesoramiento legal; en paralelo tenían espacios de arte y feria de ropa; se cuestionaban qué era el feminismo y proponían estrategias comunitarias para enfrentar la crisis social. Además contaron con el apoyo de la Red de Salud de Mujeres de Latinoamérica y el Caribe para trabajar en conjunto con organizaciones del partido de La Matanza. De todo pasaba en el Mateando. De todo pasaba en la Casa de la Mujer.

Luisa viajaba mucho y en algunos de esos recorridos iba a encontrarse con mujeres de otras provincias e incluso otros países. Porque desde La Casa participaron de encuentros provinciales, nacionales e internacionales. En varias oportunidades viajaron a Chile y a Brasil para compartir sus experiencias y también para capacitarse. Estas mujeres brindaron talleres, acompañaron a personas en situación de violencia, se formaron para esos acompañamientos y se unieron para sostenerse. Como cuando ya no se pudo costear el espacio físico en el que funcionaba la Casa de la Mujer y Luisa volvió a abrir las puertas de su hogar para que el Mateando al menos pueda existir un tiempo más.

En su casa, el patio era el lugar donde se reunía todas las semanas con sus compañeras, si el clima lo permitía. Ese patio

al que le gustaba describir como en la canción *La Oma*, “*lleno de árboles el patio y herramientas de trabajo*”, porque allí, rodeada de pinos, ligustros, un naranjo y un limonero tenía su horno de ladrillos que era su propia herramienta.

En ese lugar siguieron encontrándose y en una oportunidad le preguntaron cómo era su vida después de enviudar, ella se rió. Les contó que en su vida se sintió muy independiente porque siempre trabajó: de joven fue niñera, aprendió el oficio de la costura, a desenvolverse en la cocina y crió cuatro niñas y tres niños. Ella solía decir: “*en casa todo el mundo hacía algo. Acá no hacíamos diferencia entre varones y mujeres, a todos les enseñé a coser y a tejer. Y siempre les tocaba algún quehacer*”.

Doña Luisa sin saberlo caminaba lo que hoy llamamos el feminismo popular. Y para armarse con más herramientas fue crucial el lugar que le dieron las militantes feministas que tenían estudios académicos. Lejos de intentar enseñarle a la doñita, iban a su encuentro para aprender y así formarse mutuamente como cuando la visitaron una tarde y la encontraron cosechando cuatro zapallos que crecían en el pedazo de tierra al lado de su horno. Una vez que los tuvo en la mesa de su cocina, apartó uno y mirando los otros tres les dijo cómo los iba a repartir. Las mujeres le dijeron que se los quedara. Pero Doña Luisa les respondió que si había alguien que no tenía ningún zapallo y ella tenía dos, entonces había que darle uno así cada cual tenía algo. Solidaridad es una palabra que se encuentra en muchos libros y diccionarios, pero ella les estaba mostrando cómo practicarla.

Si bien La Casa de la Mujer llevó el nombre de Doña Luisa Gutiérrez, fue un territorio ganado por el compromiso co-

lectivo de muchas mujeres de diferentes edades, lugares, organizaciones y credos. Todas convocadas por una problemática e interés en común. Los últimos años hemos escuchado muchas cosas sobre el feminismo incluso hay quienes sostienen que es una moda, aunque nosotras sabemos que no, que es una construcción histórica.

Doña Luisa ya no está y sin embargo parece que todavía se sienta en la mecedora que aún posa frente a la ventana de su casa; misma ventana desde donde sus ojos abrazados por las arrugas veían llegar poco a poco a cada una de las mujeres que iban a su encuentro.

Nuestra abuela ya no está, pero nos sigue enseñando. En el reverso del viejo recorte del diario hallamos escrito por ella: *“Volvamos a nuestras raíces y usemos nuestros dones”*. De un lado y del otro sus palabras sostenidas por sus acciones. Y allí estábamos nosotras, leyendo esa vieja nota, emprendiendo este relato, volviendo a nuestras raíces y usando nuestros dones. Porque hoy veinte años después sentimos que nos pasan la posta, sentimos que todo nuestro andar está respaldado por su recorrido.

Rosa.

**Una historia contada por fuera
de los espacios de poder**

Aida Toscani

AIDA TOSCANI

Nació en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, en 1950.

Nacer en la Histórica, como llamamos a mi pueblo, guió mi elección para estudiar el profesorado de Historia, en la Facultad de Humanidades de La Plata, que conjugué con una activa militancia en la Federación Universitaria de la Revolución Nacional, (FURN) organización representativa del peronismo, en el ámbito universitario.

Con mi compañero y mis cinco hijas e hijos nos radicamos definitivamente en Pergamino. En esta ciudad desarrollé mi tarea docente en escuelas secundarias, también en el nivel superior, en cátedras del profesorado de Historia. Volví a reencontrarme con La Plata al cursar la Licenciatura de Historia y así comencé mi carrera de investigadora.

La historia de Rosa Giles de Quintero surge dentro de la investigación para mi tesis doctoral, y ejemplifica la trayectoria de miles de mujeres que como Rosa, hicieron del peronismo el eje de sus vidas, trascendiendo los mezquinos destinos asignados por ser pobre, mujer y obrera, e imponiéndose como sujetos de la historia.

LUCRECIA RODRÍGUEZ

Ilustradora / @holalurodriguez

Soy Lucrecia Rodriguez, nací el día que comenzaba el invierno de 1985. Desde que tengo memoria me recuerdo ideando con el lápiz y papel, siempre fue mi juego favorito. La infancia avanzaba y yo seguía dibujando y pintando, entonces decidí que podía hacer de esta actividad, mi profesión. Así que en 2004 me inscribí en la carrera de Bellas Artes en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Hace ya diez años que volví a la ciudad que me vio nacer, mi querido Pergamino. Aquí abrí mi taller de artes y oficios "La Piñata", comencé mi carrera docente de plástica (y también de trapecio, telas y aro), y nunca dejé de dibujar y pintar. Hoy, afortunadamente, sigo jugando con el lápiz y papel.



Rosa.

Una historia contada por fuera de los espacios de poder

1. Una Rosa, una historia

Esta es una historia que transita la vida de una mujer criolla, pobre, trabajadora y peronista. Estas cuatro definiciones con las que ella se reconoce como sujeto, se enhebran y funcionan como un hilo por donde se atan los acontecimientos de su biografía. No incluye enormes tragedias ni proyectos grandiosos. Es una vida trajinada en pequeños sucesos que, sumados a tantos otros en Argentina, han construido esa sociedad solidaria, apegada a sus líderes y con una experiencia de organización que ha sorteado los más crueles intentos de destrucción.

Es que reconstruir la historia de Rosa Giles es reconstruir, de alguna forma, las historias de las Unidades Básicas. En efecto, organizadas en casas de familia, constituyen una característica de la militancia peronista que, ante la falta de recursos para alquilar, ofrecía lo más valorado: su casa y un trabajo sin

pausa, pues siempre se presentaban vecines con problemáticas a resolver.¹

¿Fue la necesidad de formar parte de una causa justa la que llevó a Rosa a formar una Unidad Básica? ¿La de participar en trabajos solidarios contruidos a través de redes parentales y sociales? ¿La posibilidad de disfrutar momentos de alegría social compartida? ¿O quizás era el único espacio que permitía un reconocimiento a determinadas cualidades de los sujetos que de otra manera permanecían veladas?

En las respuestas encontradas a estas preguntas, pude reconstruir la cotidianeidad de militantes que hallaron en la política el espacio que ponía en valor sus disposiciones y cualidades identitarias.

2. Rosa pone color a su historia

¿Cuándo comienza esta historia? Para mí, comenzó un 17 de octubre de 2015, en el galpón del Club “Defensores de Belgrano”, en Pergamino. La militancia había colmado el espacio y un aire de repiqueteada alegría, impulsada por bombos y redoblantes, ayudaban a la fiesta.

Por los micrófonos, se anunció la presencia de una militante de larga trayectoria en el peronismo. El locutor anunció: “¡con nosotros, Rosa Quintero!”. Le pasó el micrófono. El galpón se llenó de aplausos. La voz de Rosa todo lo llenó y, en el silencio, sonó vibrante, cargada de una fuerza que escondía el

tiempo trabajado en muchos otros actos partidarios, donde su palabra había sido siempre reconocida por militantes y dirigentes. Y ese día, también, resultó ser la mejor oradora:

“Ese 17 de octubre, las obreras arrojamos el delantal de la fábrica cuando el encargado nos dijo: ‘hay que salir a la calle porque hay que defender a Perón’. Y todos gritaban y salían con banderas y con bombos: ¡la vida por Perón! ¡la vida por Perón!”.

Y esa vieja historia ocurrida 75 años atrás, volvía a recobrar la misma emoción con la que había sido vivida. Ese día, empezó para mí la historia de Rosa, pues así fue como la conocí. Mi promesa de entrevistarla volvía con persistencia e interpelaba mi deuda como militante y docente de Historia por recuperar relatos como el de Rosa y de otras mujeres que siguieron después, invisibilizadas en el peronismo local de Pergamino, o desconsideradas a través de la memoria de los dirigentes varones.

Me presenté en su casa y comenzamos un prolongado periplo de entrevistas que recorrieron distintos encuentros desde 2016 hasta 2019.

Y para Rosa, ¿cuándo comienza *su historia*?

Para ella, probablemente, aquella marcha multitudinaria del 17 de octubre hacia Plaza de Mayo la determinó en el camino de la militancia; un punto de quiebre en su vida que reorganizó todos sus espacios de sociabilidad. Allí, comenzó esa historia de Rosa militante.

Nacida en La Violeta —localidad rural del Partido de Pergamino— el 16 de mayo de 1927, a sus pocos años se mudó a la ciudad junto a su familia. Allí crecerá en barrios alejados del

1. Existe una amplia bibliografía que explica la militancia en la UB. Quiroga (2004); Levistky (2004); Soprano (2008); Marcilese (2003); Barry (2014).

centro, habitados por trabajadores que buscaban, como ellos, los precios baratos de las casas de alquiler. Su padre trabajaba “en la bolsa”, duro oficio de cargar bolsas de cereal de más de sesenta kilos. Su madre era lavandera de un hotel cercano a la casa. Los mezquinos sueldos escapaban rápidos ante los requerimientos de una familia con diez hijos. Esa situación la describe Rosa con agudeza. El lugar que ocupaban en esa sociedad de la década del 30, dominada por gobiernos conservadores, promotores de injusticias dolorosas, se plasma en sus palabras:

—*¡Yo vengo de una pobreza, de una miseria!* —. El recuerdo se detiene y busca más explicaciones. —*Miseria de no comer no pasamos, pero sí de muchas otras cosas.*

El lugar en la estructura económica, ese buril impiadoso, le deja las primeras marcas: el haber cursado tan pocos grados, tema que reaparece una y otra vez en distintos momentos de su vida y que fungió de tenaz barrera cuando pudo saltar sobre la extrema pobreza o los lugares subalternos a los cuales estaban sometidas esas mujeres.

—*Ni bien salí de la escuela en cuarto grado, como éramos muchos en casa, a los trece empecé a trabajar en una fábrica de cerda, porque eran tiempos muy duros. Se pagaba una miseria y todo en negro, no había vacaciones. Cuando sabían venir los inspectores de Buenos Aires, nos ordenaban que saltáramos a la casa del vecino.*

Rápidamente Rosa conoció, al ingresar al mundo laboral, las distintas formas de la explotación y los caminos para enfrentarla.

—*Un día hicimos huelga y yo no tenía nada que ver porque yo era menor. ¡Pero yo iba adelante con una bandera porque yo era muy guerrera!*

Esa representación, desde la cual Rosa se construye como

sujeto, es la más valorada. Ella se desea de esa manera, si bien a lo largo de sucesivas entrevistas reconoció las debilidades en las cuales incurrió, que no eran más que los mandatos de género transmitidos socialmente que acorralaban a esa *guerrera*.

Por motivos económicos, se mudó a Buenos Aires. Allí trabajó en varios oficios y, si bien vivió pocos años en esa ciudad, esto le permitió protagonizar la histórica movilización del 17 de octubre de 1945, cuyas escenas Rosa vuelve a describir como lo ha hecho tantas veces y como yo la había escuchado en el acto en el 2015.

En el año 45 se arma la revolución, entonces dijo el encargado: “hay que salir a la calle, porque hay que defender a Perón”. Todos gritaban y salían con banderas y con bombos. “Vamos, vamos”, dijo. Entonces, tiramos el delantal de la fábrica y fuimos. Era un mundo de gente. Fuimos caminando, venía gente de todas partes. Llevábamos un estandarte que decía: ‘La vida por Perón’. ¡Eso fue terrible! Yo solamente sé lo que vi, lo que sentí, lo que anduve. Y ni sé cómo volví, porque parece que a uno lo llevaban en el aire, de tanta gente. ¡parecía que yo no tocaba los pies en el suelo! ¡Ah, fue algo terrible!

A partir de convenciones metafóricas, Rosa imprime giros poéticos a sus vivencias del suceso político que encierran una construcción de sentido del otro, y también se impregnan de una sensación vital, que es parte sustancial del colectivo y le otorga a sus representaciones un basamento sólido que explica sus posteriores decisiones, las que adquieren trascendencia histórica a través de la simbología que origina esa fecha.

El regreso a Pergamino fue un deseo muy fuerte de su madre quien, como cuenta Rosa, “mezquinaba a sus hijas”, ex-

presión que encierra la idea de protección de toda amenaza y cuidado maternal.

Nuestra protagonista ingresó como obrera en la fábrica de confecciones “Annan” de Pergamino, en la sección de planchado y empaquetado de camisas, posición que se repite a lo largo de su vida laboral, en distintas fábricas del mismo rubro. El trabajo ocupaba un lugar importante en las rutinas cotidianas, cuando el amor comienza a dibujar sus signos. Lo trae un vecino, conocido de la familia, de la época en que vivían en La Violeta. Rosa se reía y hacía bromas con su hermana: “Es muy flaco, muy alto. ¡Tiene 8 años más que yo!”. El flaco alto, conocido como Guncho Quintero, terminó convenciendo a la entonces muchacha que hoy confiesa:

—Yo no sé si lo quería, pero aprendí a sentir afecto por él cuando nos casamos y empezamos a vivir juntos. Nos casamos en 1947; era para un día de la primavera, entonces él vino y me dijo: ‘tomá, te traje esta ropa’. Un trajecito de tienda La Perla. Era una pollerita floreada con una chaquetita floreada y zapatos.

En la frase “*aprendí a sentir afecto*” define la construcción de un modelo de familia donde sus integrantes compartían igualitarias definiciones de pobreza. También se conjugó en esa construcción del afecto, la militancia en el peronismo que fungió como fuerte argamasa y por donde se canalizaron sus naturales disposiciones de accionar desde lo colectivo en respuesta a las necesidades de los otros.

Los Giles-Quintero, como tantos matrimonios pobres, se fueron a vivir junto a los suegros. Allí, organizan la primer Unidad Básica en la casa y la bautizan “17 de octubre” por considerar la fecha como símbolo de la definición ideológi-

ca del matrimonio y como un acto de lealtad al peronismo.² Guncho Quintero aportó a la militancia política su experiencia como dirigente del “Centro de Estibadores”, del cual fue uno de sus fundadores junto a su hermano Israel (conocido como “Toya”). Esos trabajadores nutrieron la primera Unidad Básica y acompañaron a Diego García —un dirigente gremial presidente de la Confederación Obrera del Norte de Buenos Aires— en su campaña para alcanzar la intendencia de Pergamino para el peronismo en las elecciones de 1948, obteniendo un triunfo aplastante frente al radicalismo. A partir de esa fecha, los hermanos Quintero dejan el trabajo de la bolsa e ingresan como inspectores a la Municipalidad.

3. Una Rosa militante

Los inicios de su matrimonio marcan las tensiones entre los deseos de esa mujer y los mandatos sociales construidos desde la imposición del género, donde la maternidad jugaba como función primordial de la mujer, sumada a la amenaza del desprestigio moral que conllevaba ocupar los espacios de la política. El marido funcionaba como sujeto controlador de la virtud femenina, lo cual se levantaba como una barrera difícil de enfrentar.

—Yo, en ese entonces, no andaba mucho, era muy joven y a mi marido le parecía mal que yo anduviera entre los hombres.

2. La idea de lealtad está expresada según los términos que expone Fernando Balbi “lealtad es un valor moral específicamente peronista que es producto histórico de ciertos procesos pasados y presentes...” (Balbi, 2005. p.2)

La realidad histórica, sin embargo, doblegó muchas de esas concepciones y la figura de Eva Perón ocupando el espacio público sirvió de ejemplo a las mujeres y muchas vallas fueron cayendo.

Un momento bisagra lo constituyó la aprobación en el Congreso de la Nación de la Ley de Derechos Políticos de la Mujer en 1947 -mal conocida como Ley de Voto Femenino- y la conformación, en 1949, del Partido Peronista Femenino presidido por Eva, quien invita a las mujeres a ejercer sus derechos como ciudadanas y transformarse en el sujeto político responsable de edificar una Patria proveedora de la felicidad del pueblo.

Rosa fue convocada, quizás en 1950 (la memoria desdibuja las precisiones del tiempo) a una reunión en Buenos Aires. Allí, Eva instruyó a las cientos de mujeres que participaron en la tarea de recorrer los barrios casa por casa para afiliar a las mujeres y explicarles sus nuevas responsabilidades como actores políticos. Rosa repite el discurso de Eva imitando su tono y la gestualidad propia del peronismo.

—*¡Salgan a la calle, compañeras! ¡Salgan a afiliar gente! ¡Que no quede un ladrillo que no sea peronista!*

La fuerza de esas palabras la empujó a una militancia que recorre toda su historia de vida. Pero los cambios para las mujeres pobres como Rosa, promovidas por el peronismo, alteraron sus rutinas de obrera de la confección, madre y ama de casa, pues se vio atravesada por una nueva responsabilidad: cumplir con el mandato de Evita. Ella eligió dónde hacerlo, rompiendo con la matriz tradicional donde se incluía a las mujeres:

—*Me invitaban a las reuniones de la Sociedad de Fomento, me invitaban de la escuela, pero yo nunca fui, yo era una mujer muy*

ocupada, tenía que atender mi casa, tenía que trabajar, ¡qué iba a ir a reuniones! Para mí, lo primero era la militancia.

Frente al nuevo contexto, Rosa asumió su papel como dirigente dentro de la Unidad Básica *17 de octubre*, pero fue su marido quien retuvo el cargo principal. En la lógica organizativa de la UB, Quintero, por ocupar con solvencia el espacio público, será quien asista de manera regular a las reuniones del Partido y, si bien Rosa a veces concurría, era él quien asumía el papel de articulador y negociador con otros espacios y otros dirigentes y establecía las alianzas para posicionarse dentro de la estructura local y supralocal, además de encargarse de entregar las fichas de las afiliaciones (testimonio inapelable de poder).³

Rosa presidía la Comisión Femenina, organizaba las tareas de afiliación y se sumaba a los trabajos de ayuda social. En la división de tareas según los sexos es donde se interponen planteos de género por “constituir una forma primaria de las relaciones de poder”, según lo explica Joan Scott.

En 1953, en un importante acto, le entregaron a la familia Giles-Quintero las llaves de una vivienda en el Barrio Obrero, construida junto a otras 65 casas con recursos aportados por la Fundación Eva Perón y por gestión del intendente peronista Diego García (1949-1953). La emoción se explica cuando Rosa exclama:

—*¡Nosotros que nunca tuvimos nada...!*

La Unidad Básica *17 de octubre* se instaló en el comfortable

3. Un dirigente recuerda que Quintero para validar su exigencia de ser respetado en sus reclamos, exhibió el significativo número de 800 afiliaciones realizadas por la UB 17 de octubre en 1972.

chalet californiano y la cocina-comedor se resignificó para el uso asignado y se construyó una nueva en el patio. En la amplia pared se despliega la iconografía tradicional con los retratos de Perón y Eva, una bandera argentina y modestas guirnalda caseras de papel, con los colores patrios enmarcando los cuadros. Presidiendo el salón y con las fotografías a su espalda, un escritorio sobre el cual se apoya el escudo peronista. El mueble muy sencillo representaba la formalidad del poder, en esas autoridades que no podían ser otras que los dueños de la casa, en los lugares principales y algunos parientes y vecinos en el resto de la estructura organizativa. Así, el espacio público y privado, quedó separado por una línea tan lábil, dificultando definir el límite de uno y otro; y la política y sus prácticas, definieron la cotidianeidad de esa familia.

Rosa organiza la comisión de mujeres con algunas vecinas y parientas como la sobrina, Coty Quintero de Cerminara, su mano derecha. El trabajo social se traducía en la búsqueda de remedios, alimentos, ropa, unas chapas, material de construcción, gestionar un trabajo. Los pedidos se multiplicaban. Las respuestas exigían el recorrido de las redes sociales y gestionar ante dirigentes políticos, gremiales, instituciones, la Fundación Eva Perón, con la que Rosa estaba en contacto como lo testimonió la nota recibida en 1955 de dicha entidad, agradeciendo su donación de 30 pesos mensuales.⁴ La mujer define en pocas palabras tanto trajín:

—La pobreza y la miseria le duelen mucho a uno.

4. Archivo familia Giles-Quintero

Los procesos electorales ponían ritmo frenético a las tareas y rompían las rutinas cotidianas:

—Recorriamos el barrio afiliando.

En ese escenario de campaña política, donde la voz de la mujer se exigía en cada acto, Rosa logró construir un discurso que se impregnó de sentido al reflexionar y expresar en palabras lo que entendía por peronismo. Y es desde esa oralidad que ella se inventó y puede, mínimamente, socavar la desmemoria injusta donde duermen tantas historias de mujeres.

—Compañeras, compañeros peronistas, mujeres y hombres que pertenecemos a este movimiento: prefiero expresarme más que con palabras fáciles de pronunciar, con hechos concretos que desafían con su solidez a los dialécticos caprichosos.⁵ Nosotros nacimos de un Partido Político, nosotros venimos de una causa, una mística, de una Doctrina creada por el general Perón, único líder y creador de este movimiento. La vida por Perón. Esas fuimos las mujeres y los hombres del 45.⁶

Se apaga la voz de Rosa y tras el silencio se le hace la pregunta final:

—¿Qué significa para usted la militancia?

—¡Eso fue lo más grande para mí! Eso es lo que me llevo de mi vida el día que me vaya de este mundo. ¡Es lo más grande!

Rosa es abrazada por la ovación.

5. Palabras que pertenecen al discurso de Eva Perón al inaugurar la Ciudad Infantil el 14 de julio de 1949.

6. Rosa nos ofrece el papel con el discurso guardado celosamente en una caja junto a documentos importantes. Explica que era un intento de escribir su historia.

Este libro se terminó de imprimir en
la ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires
en el mes de febrero de 2021

Ellas no fueron contadas reúne los relatos ganadores del concurso literario propuesto por el Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual en el marco de las acciones por el Bicentenario de la Provincia de Buenos Aires. Se invitó a mujeres y LGTBI+ de todos los distritos a contar las historias de vida de mujeres y diversidades bonaerenses que dejaron huella en sus territorios, que hicieron y hacen historia.

La publicación en formato libro de los relatos seleccionados entre más de 80 participantes, forma parte del premio propuesto en las bases de la iniciativa.

Agradecemos a quienes participaron del Concurso, a las ilustradoras bonaerenses que embellecieron cada historia con su arte y asumimos el compromiso de seguir con la tarea de visibilizar, nombrar, reconocer a quienes forman parte de nuestra historia y nuestro presente.



MINISTERIO DE
LAS MUJERES,
POLÍTICAS DE
GÉNERO Y
DIVERSIDAD
SEXUAL



GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
**BUENOS
AIRES**